

RUBY WEITZEL

TUMBAS

DE



CRISTAL

LIBRO TESTIMONIO  
DE LA VICARIA DE LA SOLIDARIDAD  
DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO

TUMBAS DE CRISTAL



RUBY WEITZEL

*Tumbas de cristal*

LIBRO TESTIMONIO  
DE LA VICARIA  
DE LA SOLIDARIDAD  
DEL ARZOBISPADO  
DE SANTIAGO

1 9 9 1

- 8
- © Vicaría de la Solidaridad. Ruby Weitzel
  - © Ediciones ChileAmérica, CESOC  
Esmeralda 636, Santiago

Inscripción N° 80.134, agosto de 1991  
Diseño portada: Rodrigo Reyes  
Impreso en: Imprenta Gráfica Andes  
Santo Domingo 4593, Santiago.

Impreso en Chile / Printed in Chile

**PISAGUA**

*Como si hubieran muerto ayer*

*Pag. 13*

**CHIHUIO**

*Yo no lo quiero árbol*

*Pag. 121*

**TOCOPILLA**

*La oscura boca de la mina*

*Pag. 177*

## PROLOGO

*Numerosas publicaciones de la Vicaría de la Solidaridad han procurado difundir en la sociedad nacional la más cruel de las formas de violación de los derechos humanos conocida en nuestra historia, la detención de personas por parte de agentes de los servicios de seguridad del régimen militar seguido de su desaparición y muerte.*

*En el año 1979, publicamos la Colección ¿Dónde están? que, en 1.895 páginas distribuidas en siete tomos, resumió la información acumulada hasta esa época sobre las circunstancias del secuestro y desaparición de 478 personas.*

*Aquella publicación había sido precedida y fue seguida por la de reiteradas presentaciones ante la Corte Suprema en las que se reclamó, sin resultados, una respuesta satisfactoria por parte de los tribunales de justicia a la legítima demanda de los familiares de las víctimas que necesitaban saber qué había ocurrido con ellas y cuál había sido su destino final.*

*En marzo de este año se ha conocido el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación que da cuenta de 2.299 víctimas no sobrevivientes de violación de derechos humanos y de la violencia política y que ha venido a dar el carácter de una verdad común, ampliamente compartida por la sociedad chilena y no contradicha, a la verdad reiteradamente sostenida por la Vicaría de la Solidaridad durante tantos años*

*en su labor de asistencia legal y acompañamiento a los familiares de las víctimas y a sus organizaciones.*

*Todas esas publicaciones han consistido en una objetiva relación de las circunstancias y antecedentes probatorios acumulados sobre la desaparición o muerte de las víctimas; sin embargo, ninguna recoge las dramáticas experiencias vividas por las propias víctimas como tampoco el sufrimiento y la angustia que aún se prolonga en su entorno social más próximo, especialmente sus mujeres, sus hijos, sus padres.*

*Este libro, cuya redacción ha sido encomendada a nuestra colaboradora, la periodista Ruby Weitzel, se propone subsanar esa omisión. El se circunscribe a tres casos de hallazgo de fosas clandestinas ocurridas en el año 1990.*

*A comienzos de junio de ese año, la opinión pública nacional fue conmovida por la noticia del descubrimiento de una fosa clandestina en el antiguo campo de prisioneros políticos de Pisagua; allí se encontrarían los cuerpos de siete detenidos desaparecidos, de doce ejecutados y restos pertenecientes a dos o tres personas, cuya identificación no fue posible; no fueron encontrados los cuerpos de otras siete personas cuyas ejecuciones habrían sido reconocidas por la autoridad de aquel campo.*

*A fines del mismo mes, en Chihuahua, en la alta cordillera de la provincia de Valdivia, se denunció la inhumación ilegal de 18 campesinos, todos ellos recogidos en septiembre de 1973 por una caravana que partiera desde la capital provincial y que ascendió la cordillera sembrando muerte. Sus restos, sin embargo, no fueron encontrados en el lugar de su inicial sepultura; según los testimonios recogidos, a fines de 1978 o comienzos de 1979 fueron exhumados tan ilegalmente como*

*habían sido sepultados, muy poco después que, en noviembre de 1978, se produjera el hallazgo de los restos de 15 personas en un horno de cal en la localidad de Lonquén, próxima a Santiago.*

*Hacia fines de julio siguiente se denunció en Tocopilla la muerte de ocho personas, también detenidas en septiembre de 1973, cuyos cuerpos fueron explosionados en el socavón de una mina; los restos de sólo 4 de ellos fueron encontrados e identificados.*

*En este libro se recoge parte de la historia personal de algunas de las víctimas de estas situaciones colectivas, y del sufrimiento de sus familias. Si bien ellas constituyen una proporción muy pequeña de las víctimas no sobrevivientes de la represión, son representativas de los otros cientos de chilenos que corrieron su misma suerte a lo largo de todo el país.*

*Seres idénticos a quienes leemos este libro, con nombres, rostros, familias, sentimientos y aspiraciones. Su lectura debe comprometerlos con sus vidas y con su muerte. ¡Para que nunca más...!*

*Santiago, agosto de 1991.*

*ALEJANDRO GONZALEZ P.  
Secretario Ejecutivo  
Vicaría de la Solidaridad.*



**PISAGUA**

*Como si hubieran muerto ayer*

**L**os pétalos desteñidos de una flor de papel y un zapato viejo recocado por el sol, fueron la primera señal.

Como si desde las entrañas del desierto brotara un grito inacabado, la tierra parió dolorosamente los frutos extraños que durante dieciséis años conservó en su vientre.

Entregó veinte cuerpos de hombres que un día desaparecieron sin dejar huellas. Hombres que alguna vez caminaron sobre la tierra, conformaron hogares y tuvieron hijos; pero que la decisión de un poder hizo desaparecer, matar y sepultar.

El desierto reseco y salino los preservó para que un día, no importaba cuándo, estos despojos contaran la verdad.

El 2 de junio de 1990 surgió el llamado que como un alarido, habló de más de dos mil chilenos que a partir de 1973 se transformaron dramáticamente en detenidos desaparecidos o ejecutados y que hasta el día de hoy vagan como fantasmas en el recuerdo de los suyos y en la conciencia de todos.

En Pisagua, como ocurriera años antes en Lonquén y Yumbel, algunos de estos fantasmas regresaron a sus huesos y tornaron a ser seres humanos, y tuvieron un nombre, un rostro y fueron, una vez más, la prueba cierta de que los detenidos desaparecidos eran una terrible realidad.

Durante años se los negó, se los ocultó y se intentó por todos los medios que Chile entero caminara y viviera sobre la tapa de cristal de una enorme fosa anónima. Pero la tierra finalmente habló.

## FLORES DEL DESIERTO

**E**l viernes primero de junio de 1990, la aislada caleta de Pisagua vio interrumpida su soledad por la presencia de un grupo de personas que apenas hollaba la tierra de costra dura y oscurecida.

Entre ellos, el doctor Alberto Neumann Lagos, callado y visiblemente conmocionado, regresaba a ese escenario de muerte después de 16 años en que fuera testigo de aquellos hechos tan trágicos que lo habían marcado para siempre.

El antiguo cementerio, con sus cruces ennegrecidas por el paso del tiempo, además de servir como punto de referencia, ponía una nota más triste aun a la misión que debía cumplir el doctor Neumann: encontrar esos cuerpos que él había visto en el fondo de una fosa.

Pese a que aquellos dramáticos minutos habían grabado en su mente cada detalle de los hechos y del lugar en que éstos sucedieron, los años transcurridos y la emoción lo confundían.

Recordaba un sector próximo al cementerio, como una entrada de mar cerrada al fondo por cerros muy altos cortados a pique.

Durante largo rato observó atento:

—Aquí es, —dijo decidiéndose— aquí creo que es —re-  
pitió casi en un murmullo.

El resto del grupo integrado por el juez de Pozo Almonte, Nelson Muñoz, el arqueólogo Olaf Olmos, los abogados Héctor Salazar, de la Vicaría de la Solidaridad y Carlos Vila, de la Comisión Chilena de Derechos Humanos de Iquique, además de un par de hombres para excavar, se detuvieron sobrecogidos por la soledad y algunos restos de cadáveres de principio de siglo descubiertos por el viento.

Durante toda la tarde cavaron sin descanso la costra dura que se resistía a ser violentada. Una veintena de excavaciones para tantear el terreno fueron quedando como huellas de un trabajo infructuoso todavía.

La noche de ese día viernes, primer día del mes de junio, los devolvió a Iquique silenciosos y frustrados sin haber encontrado ni una sola pista. El médico casi no cruzó palabra con el resto del grupo. A la angustia y el dolor revividos se sumaba la decepción.

El sábado 2 de junio el principal testigo no regresó con el equipo para continuar con las excavaciones en la caleta de Playa Chica.

Con más hombres, más herramientas y nuevas esperanzas se reiniciaron los trabajos buscando palmo a palmo en el terreno que parecía no querer hablar.

El arqueólogo Olaf Olmos decidió entonces realizar un reconocimiento de la playa confiando en sus ojos de experto. Escaló el cerro que se alzaba a sus espaldas y desde allí observó las distintas coloraciones de la tierra.

Eligió por fin, para una primera exploración una franja de terreno ubicada al norponiente del cementerio unos cincuenta metros más arriba de donde estaban excavando. La zona muy escarpada y cortada a pique, respondía a las características señaladas por el doctor Neumann y era allí donde una enorme roca sobresalía de entre las demás.

En algún momento el abogado Héctor Salazar acudió a un llamado del arqueólogo. Este, mudo, apuntaba a un primer hallazgo: sobre la enorme roca yacía un zapato viejo adornado por una flor de papel, de aquellas tan típicas de los cementerios nortinos.

Y sobre la tierra endurecida, muy cerca de la roca, el trazo dibujado de un número: 73.

Más allá, un montón de latas de conservas arrumbadas les hizo sentir algo extraño y advertir que estaban frente a una señal. Desde allí partía un leve desnivel de la tierra que se extendía como un reguero a lo largo de varios metros.

El arqueólogo les hizo notar que cuando se excavaba una sepultura y se anexaba un cuerpo en ella, siempre sobraba tierra la que generalmente se esparcía formando un borde. Luego, cuando el cuerpo perdía líquido, deshidratándose, se producía una clara depresión a nivel de superficie.

El reloj señalaba la una de la tarde del segundo día de búsqueda, cuando los hombres comenzaron a excavar con renovados bríos en el nuevo sector.

Advirtieron de inmediato que la tierra estaba más suelta y que después de la primera costra resultaba fácil removerla sin necesidad de chuzo.

—Bajo la dirección certera de Olaf Olmos, —relató posteriormente el abogado— se cavó a lo largo de esa depresión de terreno que nos había llamado la atención. Al cabo de una hora de trabajo, los bordes de una larga hendidura quedaron a la vista.

Una actividad casi febril se apoderó de los hombres que ya no sentían ni el cansancio ni el sol que a esa hora caía implacable sobre sus espaldas.

De pronto, el arqueólogo ordenó suspender la excavación. Había detectado un sonido distinto en el golpe de la pala. Taconeó con fuerza en el suelo, y para todos fue claro que estaban sobre una oquedad.

—Aquí, abran aquí...!

Un intenso olor les golpeó, al tiempo que la tierra parecía desmoronarse bajo la acción de los hombres que, apresurados, nada decían, como temiendo que cualquier palabra terminara con la esperanza que se asentaba en sus ánimos.

El juez Nelson Muñoz, atento y expectante, no sólo seguía los pormenores sino que los anotaba paso a paso.

De repente una voz congeló todos los movimientos.

—Aquí hay algo...!

Olaf Olmos, premunido de una espátula y una brocha comenzó a despejar la arena, suavemente, hasta dejar al descubierto un gran trozo de arpillera que se perdía bajo la tierra.

El fuerte olor se acentuó y mientras el arqueólogo limpiaba rápido, pero delicadamente, les explicó que el hedor era típico de los cadáveres momificados.

La forma de una mano cubierta por la arpillera quedó al descubierto. Uno por uno los hombres comenzaron a imitar el trabajo del arqueólogo, separando con los dedos la tierra de lo que ya se distinguía era un cuerpo ensacado de pies a cabeza.

Ahora no les cabía ninguna duda: habían encontrado lo que con tal tenacidad se había ocultado durante tantos años.

—¡Es preciso abrir el saco...! —dijo el juez Nelson Muñoz.

Con un cuchillo se procedió a cortar la tela que cubría la parte superior del cuerpo.

Por debajo del polvo que por tanto tiempo la aprisionó, una mano blanca, de largos dedos, casi intacta, se deslizó fuera del saco como en una súplica.

Pero si aquella mano conmocionó a los hombres, el rostro, cuando quedó al descubierto, los estremeció.

La cabeza echada hacia atrás sobre un hombro, los ojos vendados y la boca abierta en un último grito de horror y de dolor, evidenciaban con toda intensidad los últimos instantes de vida de ese hombre que surgía casi intacto después de dieciséis años en que había habitado esa fosa que pretendía ocultar su muerte.

Durante largos minutos el grupo quedó mudo, atravesada en la garganta cualquier palabra y toda emoción.

—Fue duro —recordó uno de ellos— fue duro para todos porque jamás esperamos encontrar cuerpos tan comple-



tos que nos permitieron enfrentarnos cara a cara con la verdad. El día anterior habíamos comprado en Iquique bolsas plásticas negras. La idea era que si encontrábamos algunos huesitos, los echaríamos en bolsas separadas para no confundirlos.

—Jamás, ni remotamente nos imaginamos que nos enfrentaríamos a algo así.

Debieron hacer un esfuerzo grande para recomponer sus espíritus y luego con delicadeza como si se tratara del cuerpo frágil de un niño, fueron abriendo el resto de la arpillera que lo amortajaba.

Sus ropas estaban intactas y después de limpiar el resto de polvo que lo cubría, pudieron detectar cada detalle.

Suavemente abrieron su chaqueta azul cuyo cierre aún funcionaba, luego su camisa blanca con finas líneas azules, hasta que dejaron al descubierto un pecho delgado que mostraba con terrible claridad el boquete de una bala de grueso calibre, junto a otros de menor tamaño.

Los agujeros de la chaqueta y de la camisa coincidían perfectamente con los impactos de bala en el tórax.

Durante mucho rato, muy lentamente y en silencio, las manos de los peritos recorrieron el cuerpo buscando una identidad. Los zapatos rotos, su ropa sencilla y corriente traslucían su origen humilde. Su rostro contraído revelaba que la vida se le había escapado en plena juventud.

De pronto, la noche del desierto se les vino encima y los últimos minutos de luz natural debieron aprovecharlos en cubrir y proteger esos restos.

Algunos efectivos de Carabineros quedaron de punto fijo en el lugar con la misión de cuidar un cadáver y una tumba que aún tenían mucho que decir.

Con el alma cargada de emociones, los hombres hicieron el trayecto de regreso a Iquique. Metida entre las uñas y adherida en cada poro de la piel, la tierra removida en Pisagua les traía a la mente una y otra vez las imágenes de la terrible experiencia.

El abogado de la Vicaría guardaba silencio. Pensaba en la mano anónima y furtiva que con un zapato viejo, una flor de papel y un 73 escrito en la tierra, les dio la pista para excavar en el lugar preciso. Y a la mente se le vino el doctor Alberto Neumann, que el día anterior, cabizbajo, silencioso, profundamente afectado había recorrido casi con desesperación esa caleta.

El fue... él tiene que haber sido pensaba Héctor Salazar. Después de su recorrido por la playa, ya en un último intento desesperado, tiene que haber identificado el lugar exacto y dejó esas señas sabiéndose incapaz de enfrentar lo que venía.

## UN LLANTO DE CACHORRO

**E**l primer cuerpo encontrado en Pisagua, sepultado a unos 60 centímetros de profundidad, estremeció a Patricio Cabezas Rojas, uno de los excavadores.

Las dramáticas experiencias que comenzó a vivir junto a su familia a partir de 1973 y su profundo duelo aún no cerrado, no lograron aminorar el impacto de esa visión.

Bajo el saco de arpillera, la forma de un cuerpo y la expresión de un rostro aún no develado, se le aparecía como una situación real.

Sin embargo, la certeza de la verdad lo descontrolaba. Ese cuerpo podría ser el de su padre.

El llanto le atenacó el alma y el resto de lágrimas que aún guardaba después de 16 años, se derramó por sus mejillas, mientras su cuerpo temblaba sin control.

Tuvo que alejarse del lugar cuando vio que el resto del grupo con el juez Nelson Muñoz a la cabeza, se disponía a abrir el saco de arpillera.

La caleta árida, encerrada por cerros y mar se hizo borrosa y todo ello fue un enorme lago que le inundó los ojos mientras los recuerdos se agolpaban en su mente.

El 11 de septiembre de 1973 fue un día de aventuras, casi de fiesta para ese muchacho de 14 años. Los militares jugaban, a sus ojos, un papel de héroes de película en ese Iquique tradicionalmente heroico.

Su padre, el abogado Julio Cabezas Gacitúa, le había enseñado a respetar las instituciones armadas.

El día del golpe y los dos siguientes fueron algo distintos. No hubo clases y su padre permaneció en casa escuchando radio y preocupado de que los niños no salieran a jugar a la calle.

Sin embargo, la noche del 13 de septiembre fue inquietantemente diferente. Recordaba que la había pasado casi en vela tratando de escuchar lo que hasta muy tarde conversaron sus padres.

No cabía duda de que algo malo pasaba. Seguramente era el Bando Militar que ese día habían transmitido permanentemente las radios de Iquique y que conminaban a su padre a presentarse ante las nuevas autoridades.

La familia se había alarmado, pero el propio jefe de hogar se había encargado de tranquilizarlos.

Sin embargo, como abogado jefe del Consejo de Defensa del Estado de un gobierno derrocado por las Fuerzas Armadas, sabía que el asunto no podía ser tan simple.

El no ser un hombre político, ni el profesar ninguna ideología de los partidos que apoyaban al gobierno recientemente derribado le daba, no obstante, cierta tranquilidad.

Designado abogado de la Defensa Fiscal durante el gobierno del Presidente Eduardo Frei, más bien se le conocía por sus simpatías hacia la Democracia Cristiana.

Natural de Temuco, había llegado a Iquique entre los años 58 y 59. Allí conoció a Mabel Rojas con quien se casó posteriormente radicándose en el puerto. En 1973, el matrimonio Cabezas Rojas tenía cuatro hijos: Patricio de 14 años, Miriam de 13, Mabel de 10 y Marcela de 6.

A sus 45 años, Julio Cabezas era un respetado profesional. Su nombre, aunque conocido en la región, había alcanzado notoriedad en el último tiempo por poner al descubierto una red de narcotraficantes bastante extendida en Iquique, cuya investigación alcanzaba incluso a funcionarios judiciales, entre ellos a uno de los jueces de esa ciudad.

La red, investigada por una comisión creada por el gobierno, cubría toda la zona y se dedicaba no sólo al narcotráfico sino también al contrabando de mercaderías y al tráfico de dólares.

El caso, bastante difundido por los medios de comunicación de la época, había sido investigado por el periodista Raúl Pizarro quien lo publicó en la revista Documentos Especiales bajo el título de "IQUIQUE, EL PARAISO DE LA COCA" (Editorial Quimantú).

Esta situación, hecha pública, provocó el rompimiento entre el abogado Julio Cabezas y el magistrado Mario Acuña, quien en su calidad de juez del Primer Juzgado prohibió a los secretarios del abogado Cabezas transitar por los recintos del Juzgado, entorpeciendo así sus diligencias.

El día 13, con temor y sorpresa escucharon a través de la radio que el abogado debía presentarse a la Sexta División de Ejército, junto a otros conocidos hombres de Iquique.

El día cargado de malos presagios y preguntas sin respuesta, dio paso a una noche angustiada que pareció hacerse más breve ante la proximidad de una jornada llena de interrogantes.

A las siete de la mañana del 14 de septiembre, el abogado ya estaba en pie. Junto a él, Patricio lo seguía por toda la casa, temiendo que en cualquier habitación, de pronto, su padre se le desvaneciera en el aire.

Lo vio inclinarse sobre cada una de sus hermanas aún dormidas para besarlas en la frente y rozar los cabellos de las niñas que no alcanzaron a despertarse. Luego, emocionado, se despidió largamente de su mujer y sin decir nada se alejó con paso rápido al tiempo que llamaba a su hijo para que lo acompañara.

Durante largo rato caminaron en silencio por las calles del puerto. De pronto el abogado se detuvo y contempló a su hijo como queriendo grabárselo en la mente.

—¿Sabes Pato? no me había fijado que ya me estás pasando en estatura ¡Mira... si ya me puedes poner la mano por encima del hombro...! ¿Te acuerdas cuando me robabas los puros y me hacías rabiarse...?

Lo veía tan vívido caminar ese día por las calles y luego sentir el abrazo apretado contra su pecho.

—¡Déjame hasta aquí no más! —le dijo— Cuida mucho a tu mamá y a tus hermanas. Tú eres el hombre de la casa hasta que yo vuelva. Esto va a ser corto. Unas dos o tres se-

manas y voy a regresar. Traten de cuidar bien la poca plata que hay.

Después, rápidamente y sin darse vuelta a mirarlo se alejó en dirección a la Sexta División de Ejército, acompañado del abogado Tomás Bonilla, presidente del Colegio de Abogados. El regreso a la casa, ya sin el padre, lo sumió en una enorme intranquilidad. La ausencia del jefe de hogar, atrapado por un destino ignorado y rodeado de amenazas, le provocaba una sensación de desamparo.

En algún minuto todo estalló en ruidos, voces de mando y carreras. Como si hubiesen aguardado que el silencio se les adentrara en el alma, efectivos militares irrumpieron violentamente en el hogar del abogado Julio Cabezas.

A grandes voces preguntaban por él, por las armas, pateando muebles, violentando puertas, volcando las mesas y rompiendo cosas sin motivo.

Patricio, tratando de recuperarse de la terrible impresión y sacando hombría de sus 14 años para tranquilizar a sus hermanas, les insistía que no estaba en casa, que ya se había presentado.

De un golpe lo arrojaron al suelo cuando intentó impedir que entraran al dormitorio donde su madre dormía un sueño intranquilo.

Ella los miró aterrorizada y a las preguntas respondió lo mismo que los niños: que su marido no estaba, que se había entregado obedeciendo al Bando. Groseros, altaneros y amenazantes advirtieron que si mentía se la iban a llevar a ella también.

Finalmente, luego de registrar toda la casa se retiraron no sin antes indicarles que serían vigilados. La familia del abogado Cabezas comenzaba también a vivir su propia pesadilla.

Las manos de Patricio, apretadas contra los ojos, absorbieron la nube que empañaba todo y con un esfuerzo se sacudió el peso de los recuerdos.

Cuando regresó junto al grupo de excavadores, el saco que amortajaba el cuerpo ya estaba abierto.

Lo primero y más nítido que vio Patricio fueron las manos blancas de dedos largos y delgados. Denotaban que se trataba de un hombre muy joven.

No era su padre.

Ello lo tranquilizó un tanto. Sin embargo cuando observó la huella de las balas en el pecho, los ojos vendados y el gesto de dolor en un grito jamás escuchado, Patricio llegó de nuevo al borde del desgarró.

Así también iban a encontrar a su padre, tarde o temprano, así lo iban a encontrar.

No podía ser de otra manera. Su padre había muerto fusilado como ese hombre. Y mientras delicadamente extraían el cuerpo de la fosa, Patricio recordó ese 11 de octubre de 1973 que lo había marcado para siempre.

Hacía casi un mes que su padre estaba detenido cuando llegó una de sus compañeras de curso corriendo hasta su casa. Le preguntó si había escuchado la radio. Ante su negativa ella le dijo que la prendiera y luego echó a correr sin agregar nada más.



Sin saber qué escuchar, qué buscar, el niño prendió el receptor y allí se quedó, pegado al aparato, sin entender nada. Hasta que un nuevo Bando interrumpió la música marcial:

Habiéndose constituido el Consejo de Guerra el día 10 de octubre de 1973, se condenó a la pena de muerte a cinco individuos, fallo que fue aprobado por la autoridad militar correspondiente y cumplido en la madrugada de hoy. Los nombres de los fusilados son los siguientes: Juan Valencia Hinojosa, José Córdova Croxatto, Mario Morris Barrios, Humberto Lizardi Flores y Julio Cabezas Gacitúa.

Su llanto de niño herido en lo más profundo de su ser resonó en esa casa vacía que fue testigo de su arranque de dolor. Enloquecido, quiso destrozarlo todo, romper aquello que lo rodeaba, como si esos objetos inanimados fueran los responsables.

Luego, su llanto silencioso, convulsivo y su pregunta de niño... ¿por qué... por qué...?

Sin embargo, en medio de su dolor y pese a sus cortos años, Patricio se obligó a reaccionar y a calmarse. Debería ser él quien diera la noticia a su madre, que en esos 28 días había buscado por todo Iquique ayuda para que su marido recuperara su libertad.

La llave de la puerta lo alertó. Era su madre.

Ella, que no le había creído la noticia a una vecina pensando en un error o en una broma de mal gusto, al mirar el

llanto apenas contenido de su hijo, vio en su rostro retratada la muerte del padre...

¡Está muerto... está muerto! se decía y su mente retrocedía al último instante compartido.

Su marido le había insistido que no se preocupara, que si las nuevas autoridades llamaban a la gente públicamente para presentarse ante ellos, no era de ninguna manera para perjudicarlos.

Y así lo había creído en un comienzo el abogado. Pero cuando ya llevaba recluido algunos días en Pisagua y se enteró que el fiscal que pedía las penas para los reclusos era el magistrado Mario Acuña, comenzó a preocuparse.

No era para menos.

Integrado al Ejército con el grado de mayor, vistiendo uniforme, le correspondía, a partir de ese momento, investigar y proponer las penas para las personas sometidas a la justicia militar en "tiempos de guerra".

Bajo estas condiciones se realizó, según informó la prensa al día siguiente, un Consejo de Guerra en Pisagua la noche del 10 de octubre en la que se condenó a muerte a cinco prisioneros de ese campo.

Pero nada de esto supo en ese momento la familia que sólo atinaba a aferrarse a la última comunicación escrita que habían recibido del abogado, como si de esa forma pudieran asirlo más allá de la muerte que notificaba la radio. La nota consistía en un formulario tipo, en donde Julio Cabezas completaba de su puño y letra los espacios que seguían a preguntas:

Estado de salud y de ánimo: bastante buena, ningún problema de salud, hay suficientes comodidades.

Comunicaciones o asuntos de tipo familiar: Ruego manténganse absoluta tranquilidad y confianza.

Fue lo último que supieron de él. Luego la certeza de su muerte por fusilamiento y el dolor inacabado de no poder recuperar su cuerpo, ni conocer el lugar de su sepultación.

Con un esfuerzo grande, Patricio Cabezas se sacudió del alma los recuerdos y de su ánimo la pesadumbre, para poder enfrentar la situación con calma y ser útil en esos momentos en que los cuerpos comenzaban a emerger de debajo de la tierra.

Casi con amor fue limpiando el polvo que cubría el cadáver de ese hombre desconocido para encontrar la huella, el dato preciso, que le revelara quién había sido en vida y que de alguna forma lo acercara finalmente a su padre.

## AGUJEROS EN LA NOCHE

**E**l descubrimiento del primer cadáver, el sábado 2 de junio de 1990, había comenzado a gestarse hacía mucho tiempo. Múltiples denuncias, testimonios directos y otras situaciones habían permitido ir configurando, paso a paso, la verdad de los hechos y así ubicar el sitio más o menos preciso de la inhumación ilegal (sepultación clandestina) que se había realizado dieciséis años atrás.

Sin embargo, sólo el 30 de mayo, dos meses después de asumir el gobierno democrático de Patricio Aylwin, se dieron las condiciones para hacer efectivos los preparativos legales que llevarían finalmente al dramático hallazgo.

Ese día, el abogado Héctor Salazar, por encargo de la Vicaría de la Solidaridad y Carlos Vila en representación de la Comisión de Derechos Humanos de Iquique, presentaban ante el Juzgado de Pozo Almonte una denuncia por inhumación ilegal en terrenos cercanos al ex campamento de detenidos de Pisagua.

La denuncia señalaba que:

“Dichos cuerpos fueron sepultados en una fosa especialmente excavada al efecto, de unos 15 metros de largo por 2 de ancho, situada fuera del cementerio local, al costado poniente del mismo (...) y a una distancia aproximada de 20 metros del muro del campo santo que mira hacia la costa en su extremo sur...”

Tales precisiones sobre la ubicación de la fosa tuvieron su origen en las denuncias hechas por el doctor Alberto Neumann Lagos, ex prisionero de Pisagua, quien luego de ser recluido había quedado en libertad por un error, a fines de octubre de 1973.

No puede entenderse de otra manera, puesto que el doctor Neumann fue testigo del primer fusilamiento efectuado en el lugar.

Había llegado a Pisagua desde Valparaíso el 18 de septiembre de 1973, junto a otros cientos de prisioneros políticos a bordo del mercante Maipo, de la Compañía Sudamericana de Vapores, y desembarcados en esa caleta abandonada que ya funcionaba como campo de reclusión.

Después del 11 de septiembre, sus escasos habitantes y los reos comunes de la cárcel local fueron trasladados a Iquique y el poblado entero se usó entonces como cárcel. Se encerró a los detenidos en los edificios más amplios que aún conserva: la cárcel, la iglesia abandonada, el hospital, el mercado y el teatro. También se construyeron barracas especiales cercadas con alambre y torres de vigilancia en cada esquina.

El aislado puerto asumía, una vez más, su conocido oficio de campo de concentración para disidentes políticos. Ya había dado pruebas de alta eficiencia en 1947 bajo el gobierno de Gabriel González Videla y en 1956 bajo la presidencia del general Carlos Ibáñez del Campo.

Y es que Pisagua, distante unos 200 kilómetros de Iquique (1.900 kms. al norte de Santiago), es una pequeña caleta rodeada de escarpadas montañas resacas y estériles. Enfrentada a un océano trepidante y azul, con acantilados de muy difícil acceso, es una verdadera cárcel natural que desalienta cualquier intento de fuga.

Salir de allí resulta prácticamente imposible, salvo por un medio de locomoción que debe cruzar más de 40 kilómetros de pampa y desierto inclementes, antes de llegar a la carretera.

Se calcula que no menos de dos mil a tres mil chilenos pasaron por ese campo de concentración luego del golpe militar de 1973. Entre ellos el doctor Alberto Neumann.

—Nos ubicaron —recordó el médico— en la cárcel de Pisagua puesto que aún no estaba habilitado el campo de concentración. Ya había prisioneros del norte, principalmente de Iquique, custodiados por el Ejército.

—Nos encontrábamos hacinados de tal modo que para dormir en el suelo debíamos hacerlo por turnos, porque el espacio físico era insuficiente para ello.

Los días de encierro, tortura, hambre y hacinamiento se arrastraban lentos, temiendo tras cada recodo de la noche que las puertas se abrieran para cualquiera de los elegidos

para recibir lo que los militares denominaban "tratamiento especial".

Así lo recuerda el profesor Haroldo Quinteros, quien durante meses estuvo detenido en Pisagua.

—La tortura era terrible. Nos desnudaban y vendaban la vista. Sólo escuchábamos voces y sentíamos golpes de palos y patadas en todas partes del cuerpo. Medio aturdido, cuando lo único que quería era que me mataran, me pasaron algunos papeles para que firmara una supuesta confesión. Allí inventaban cosas descabelladas como planes para envenenar el agua, hacer atentados y matar a algunas personas.

Por su parte, Héctor González Morales, ex funcionario de la Aduana de Valparaíso, también conducido en el mercante Maipo testimonia su experiencia.

—El teniente coronel Ramón Larraín, contralor del campo de detenidos era muy cruel. Parecía tener un odio irracional hacia todos los que estábamos allí. Los tormentos que sufríamos le provocaron a varias personas trastornos síquicos. La impotencia y la desesperación eran muy grandes pues no se podía huir ni pedir ayuda.

De las mujeres detenidas, Silvia Urtubia, estudiante de Pedagogía de la Universidad de Chile en esa época, rememora:

—Eramos 26 mujeres en la parte superior de lo que había sido un supermercado de donde nos sacaban en forma espaciada para interrogatorio. Un día me llevaron a las caballerizas. Al entrar, lo primero que vi fue a una mujer colgada. Estaba semidesnuda y había sido muy golpeada. Me hicieron detenerme sobre un montón de bosta fresca de

caballo y empezaron a interrogarme en medio de golpes e insultos. Permanecí un día entero sin comer y sin tomar agua.

El profesor Pedro Aravena recluso en Pisagua por casi seis meses, declaró haber presenciado cómo a algunos de los prisioneros los sacaban desnudos a la cancha y los mantenían allí durante toda la noche soportando temperaturas bajísimas.

—Cuando llegaba el día, esta vez con mucha ropa, los sacaban nuevamente y los dejaban al sol sin darles una sola gota de agua.

El 29 de septiembre transcurrió lentamente como cualquiera de los otros en el campo de detención.

El doctor Alberto Neumann recuerda que a la hora en que los presos salían al patio de la cárcel a comer el jefe militar, teniente coronel Ramón Larraín, se dirigió a los detenidos.

—Nos dijo que llegarían más presos, porque no escaparía ninguno (refiriéndose a militantes o personas de izquierda) y que para ello era necesario hacer algunos trabajos de carpintería y otros similares. Solicitó voluntarios para cumplir esas tareas. Se ofrecieron muchos, porque cualquier trabajo constituía un alivio a las inhumanas condiciones en que estábamos y por la posibilidad de abandonar un rato siquiera las celdas.

Fueron elegidos seis.

Ninguno de ellos regresó jamás a su celda.

Sólo se les informó más tarde, que habían tratado de escapar y que sus cuerpos, destrozados a balazos habían sido sepultados en algún lugar del desierto.



A partir de ese momento los prisioneros de Pisagua se convencieron que eran hombres sin futuro, obligados a soportar el preámbulo de la muerte.

Aislados en sus celdas, muchos sólo oyeron hablar de fusilamiento y consejos de guerra luego que uno de ellos fuera testigo directo de tales hechos.

Fue el doctor Neumann, el mismo que 16 años más tarde permitiría descubrir tal horror, quien viviera tan traumática experiencia.

Once días más tarde de la primera ejecución, cuando la certeza de la muerte ya se había anidado en el ánimo de los reclusos, el doctor Alberto Neumann, preso político de Pisagua, oriundo de Valparaíso, era señalado por la baraja del destino.

Su testimonio consignado en una declaración jurada de octubre de 1989, así como posteriores entrevistas personales, permiten asomarse a la tragedia vivida en Pisagua.

—Eran como las cuatro y media de la madrugada del 11 de octubre de 1973 cuando me despertaron imperativamente los golpes y las voces que daban en mi celda unos soldados: “¡Levántese... tiene una misión!”, me dijeron “¡debe salir de inmediato!”.

—Me subieron a un jeep junto a cinco soldados, donde también iba el comandante Larraín, más otros vehículos similares y enfilamos al norte. Hasta ese momento yo ignoraba por completo a qué lugar íbamos ni qué misión especial debía cumplir, como me había dicho el comandante Larraín al subir al jeep. Sin embargo, un conscripto en voz baja me dijo que iban a fusilar a más gente.

—Llegamos al costado del cementerio antiguo de Pisagua en Playa Blanca. En ese lugar se encontraba la casi totalidad de la oficialidad del Ejército asignada a ese campo de detenidos, más suboficiales y clases, todos formados como en una ceremonia militar regular. Al parecer, en Pisagua sólo habían dejado al personal de guardia.

—Pude observar que los suboficiales estaban armados con fusiles automáticos. Había además un grupo de conscriptos, situados como pelotón de fusilamiento, con algunos de pie y otros hincados también armados con fusiles automáticos.

En ese momento un negro presentimiento se le alojó entre pecho y espalda. Miró esa caleta semioscura que se le antojaba amenazante al recordar las palabras que en un murmullo había dejado caer un conscripto: “van a fusilar a más gente”.

Mientras los uniformados ultimaban detalles, el comandante Larraín le confirmó que se fusilaría a algunos prisioneros, condenados por un consejo de guerra.

—Me dijo —continúa con su relato el doctor Neumann— que mi misión consistía en constatar, no en certificar, la muerte de esos condenados para no echarlos vivos a la fosa.

—Un capitán me llevó hasta el borde de una zanja o excavación que recién se había hecho, de unos 15 metros de largo por 2 de ancho. Allí en el fondo, pude ver que se encontraban colocados, uno al lado del otro, las siluetas de 6 cadáveres envueltos en sacos y ya cubiertos por cal o tierra. Uno de los oficiales me comunicó que esos cadáveres eran de

las personas que el día 29 de septiembre anterior habían tratado de huir.

Aunque hasta ese momento todo parecía una más de las tantas pesadillas que en esos días de prisión habían poblado sus noches, el doctor Neumann tuvo la serenidad para grabarse cada detalle, cada palabra.

A lo lejos escuchó la voz del comandante Larraín dirigiendo un discurso a sus hombres y especialmente al pelotón de fusileros, a fin de darles fuerzas y motivarlos a realizar esa acción con la que “estaban limpiando la patria de sus malos elementos”, al tiempo que denigraba a aquellos que iban a fusilar.

—Lo que siguió a continuación se hizo en medio de un tenso silencio, sin voces de mando. Tres prisioneros llegaron caminando hasta el lugar con los ojos vendados y maniatados. Estaban tranquilos como si ignoraran lo que ocurriría, porque no los vi en actitud de sospechar lo que vendría.

Con el corazón sobrecogido, el doctor Neumann los reconoció. Se trataba de Mario Morris, su amigo de Valparaíso a quien conocía desde hacía mucho tiempo, al igual que a su familia. Sabía que se encontraba en comisión de servicio en Iquique cuando lo detuvieron, porque era funcionario de Aduanas.

De él había dicho el comandante Larraín, pocos minutos antes que “había venido a Iquique a organizar el Plan Z que contemplaba la muerte de los soldados, de sus familiares y de sus hijos”.

El doctor Neumann lo miró con cariño. Estaba tranquilo junto a Juan Valencia de quien no tenía mayores refer-

encias. No ignoraba sí que era jefe de la Empresa de Comercio Agrícola (ECA). A él se había referido el oficial como "el hambreador del pueblo".

El tercero era el profesor Humberto Lizardi Flores de quien sabía era dirigente político.

—Los tres, uno al lado del otro, separados por unos dos metros entre sí, fueron ubicados frente al pelotón que estaba apostado en dos líneas, la primera de hincados y la segunda de pie. A mí me obligaron a colocarme en un punto neutral intermedio entre el pelotón de soldados armados y los presos.

En su descripción, el doctor Neumann detalló que los suboficiales, también armados, se situaron perpendicularmente a los soldados en una evidente demostración de presión sobre los que tendrían que disparar cuando se les diera la orden.

Así, maniatados y con la vista vendada, los tres sentenciados quedaron inmóviles, muy erguidos, de espaldas a la fosa abierta, tal cual los habían ubicado los uniformados.

De pronto, sin ninguna voz de mando, un oficial que estaba junto al pelotón de 12 fusileros levantó una mano y rápidamente la bajó. Una descarga cerrada rompió la quietud de la madrugada. Los tres hombres, sin proferir ni un solo grito, cayeron doblados sobre sí mismos.

El doctor Neumann no supo si cerró los ojos o los mantuvo abiertos. Sólo recuerda que el gemido que escapó incontenible de su garganta fue apagado por el sonido de los disparos que retumbó en múltiples ecos en la soledad de la pampa. Luego, como un autómatas, obedeció la orden del co-

mandante Larraín que lo conminó a acercarse a los caídos y verificar si estaban muertos.

Uno por uno les fue retirando las vendas de los ojos al tiempo que cerraba los párpados ya sin movimiento. Estaban muertos. Salvo Juan Valencia que aún respiraba quedamente. Con un hilo de voz y un gesto se lo indicó al oficial que lo acompañaba muy de cerca. Este, rápidamente preparó su arma. Se colocó con las piernas abiertas sobre el caído y desde muy corta distancia le descerrajó un tiro en la cabeza.

Ni toda su experiencia como médico, ni todos sus estudios y práctica profesional le sirvieron al doctor Neumann para mitigar sus emociones.

Eran sus amigos, sus compañeros, hombres como él, cuyo delito no lograba entender.

Entre sus lágrimas impotentes, pudo observar cómo los cuerpos eran introducidos en sacos de arpillera y luego, sin ningún miramiento, lanzados al fondo de la fosa que pareció abrirse todavía más para recibir esos despojos humanos aún tibios y flácidos.

Luego, sin que mediara palabra, otros dos hombres igualmente maniatados fueron ubicados en el mismo lugar, marcado por la sangre aún fresca.

También los reconoció de inmediato. Se trataba de Julio Cabezas Gacitúa, abogado del Consejo de Defensa del Estado, un hombre probo y recto, y el administrador del puerto de Iquique, José Córdova Croxatto, detenido en su oficina de la Empresa Portuaria de Chile.

La escena vivida momentos antes, volvió a repetirse provocando los mismos dolorosos sentimientos. Otra vez de-

bió mirar esos ojos sin vida. De nuevo constatar que de esos cuerpos llenos de energía ahora ya no quedaba ni un hálito.

No supo cómo volvió al vehículo, ni el camino de regreso a la prisión. En sus ojos, la última imagen de esos cuerpos ensacados lanzados al fondo de una fosa se deshacía en un incontenible llanto de hombre.

## TAMBORES EN LA MADRUGADA

**A**l día siguiente, cuando se cumplía justamente un mes del golpe militar, los diarios de la zona en forma escueta consignaban el hecho.

La primera página del diario La Estrella de Iquique, junto con anunciar un nuevo programa para erradicar la extrema pobreza, titulaba en forma menos destacada: "AJUSTICIADOS CINCO EXTREMISTAS" y daba a conocer el Bando N°82 de la Jefatura de Zona en Estado de Sitio de la provincia de Tarapacá a cargo del general de Brigada Carlos Forestier.

Era el mismo bando por medio del cual la familia del abogado Julio Cabezas y las otras familias se enteraban de la muerte de los suyos.

Por su parte, el diario La Prensa de Arica bajo el título de CINCO FUSILADOS EN PISAGUA hacía su propia interpretación de los hechos:

"Cinco extremistas implicados en actos de terrorismo y ataque a las Fuerzas Armadas con resultados mortales,

fueron fusilados en la madrugada de ayer en la localidad de Pisagua (...) Los extremistas de izquierda que pagaron con su vida su acción terrorista contra la patria eran: Humberto Lizardi Flores, José Córdova Croxatto, Juan Valencia Hinojosa, Mario Morris Barrios y Julio Cabezas Gacitúa”.

Este fue el único fusilamiento presenciado por el doctor Alberto Neumann, de todos los que hubo.

A partir de ese momento, por lo menos otras cuatro ejecuciones masivas que cobrarían la vida de casi una treintena de hombres, llenaría de agujeros la noche y el amanecer pisa-güino.

Sucesivos remedos de consejos de guerra -cuyos expedientes curiosamente no han podido ser tenidos a la vista por los tribunales ordinarios- fueron cobrando víctimas, en una farsa sin límites.

El 30 de octubre de ese mismo año eran fusilados los dirigentes del Partido Socialista Rodolfo Fuenzalida Fernández, José Antonio Ruz Díaz, José Sampson Ocaranza y Freddy Taberna Gallegos. En esta oportunidad no hubo testigos.

Sin embargo, como para hacer más creíble toda esta farsa, a los inculpados se les permitió contar con un abogado defensor. A otros, se les asignó por oficio al profesional que lo defendería ante el Consejo de Guerra.

El día previo al juicio llegaron a Pisagua tres abogados, entre ellos Hugo Onetto Urzúa a quien los familiares de Sampson y Ruz habían solicitado sus servicios profesionales.



Una vez en Pisagua pudieron ver por primera vez a sus defendidos.

En una larga declaración, de diciembre de 1988, el abogado Onetto señaló que a los presos políticos que iban a ser sometidos a consejo de guerra se les formó y se les leyó la convocatoria del caso. Lo hizo el comandante Ramón Larraín Larraín, jefe del campamento de prisioneros y Delegado del general Carlos Forestier en los consejos de guerra.

Agrega el abogado Onetto que luego de esta ceremonia fue alojado en la casa de la Comandancia junto a los otros abogados defensores.

“Nos pusimos de acuerdo en pedirle al Señor fiscal Mario Acuña que nos facilitara esa noche el proceso correspondiente para poder estudiarlo con detención, máxime cuando extraoficialmente sabíamos que el fiscal iba a pedir pena de muerte para muchos de ellos...”

Sin embargo, el proceso no les fue facilitado. El juez Acuña les manifestó que aun faltaban por tipear algunas declaraciones e informes, pero se comprometía a entregar el documento a las siete de la mañana del mismo día del consejo de guerra que se iniciaría a las 15.00 horas.

Aquello fue el punto de partida de una serie de irregularidades que no sólo dificultaron el desempeño profesional de los abogados, sino que además, les demostró claramente que no era mucho lo que podrían hacer por sus defendidos.

De nada les había servido alegar -según testimonió el abogado- que ese consejo de guerra en tiempo de guerra ca-

recía de toda legalidad por cuanto vulneraba en muchos aspectos las disposiciones del propio Código de Justicia Militar sobre la materia. El proceso siguió adelante.

“(…) muchas veces fui interrumpido violentamente por el señor fiscal Acuña, quien estimaba que mis argumentaciones eran ofensivas para el honor y prestigio de las Fuerzas Armadas y principalmente del Ejército...”.

Y es que el abogado Onetto, además, tuvo la osadía de reclamar por el hecho insólito de que este consejo de guerra estuviese integrado por un dentista, Andro Mitrovic; un ginecólogo, Werner Gálvez; y los pilotos civiles, Carlos de la Barra y Domingo Márquez.

El día 30 de octubre muy de madrugada comenzaron los preparativos para el fusilamiento.

Algunos reclusos ya enterados de las sentencias de muerte pudieron ver al sacerdote Guillermo Murillo, capellán del Ejército, ingresar a cada una de las celdas cuyas puertas lucían una cruz de tela adhesiva. Allí estaban los que iban a morir.

Alrededor de las cinco de la madrugada los sentenciados fueron sacados de sus celdas y, precedidos por el capellán, marcharon por entre los pasillos de la cárcel recibiendo el adiós de sus compañeros que, impotentes, los vieron marchar hacia la muerte.

En el patio interno de la cárcel se ofició un servicio religioso cargado de emotividad y que se marcó profundamente en el alma del abogado Hugo Onetto.

“La misa fue altamente impresionante porque al costado derecho del altar se encontraban engrillados los cuatro condenados a muerte y sentados, algunos soldados y los abogados defensores...”.

El servicio religioso parecía eternizarse en una plegaria sin fin hasta el momento en que el sacerdote bendijo a los presentes diciéndoles “mi paz os dejo, mi paz os doy”.

Fue en ese instante que el abogado Onetto se dirigió a los condenados a muerte y los abrazó.

“Cuando me enfrenté con Freddy Taberna, con quien en Iquique había mantenido violentas discusiones verbales (...) me abrazó y casi llorando me dijo “Onetto, borrón y cuenta nueva”... Taberna se encontraba con su larga cabellera cortada al rape y con su barba rapada...”.

Desde su celda, Héctor Taberna consiguió divisar a su hermano sintiendo que la misa se hacía lenta, eterna y deseando con desesperación que se detuviera en esa eternidad.

Pocos momentos antes, un guardia lo había ido a buscar a su celda.

—¡Se va a despedir de su hermano! —le dijo— El pidió hablar con usted.

“Al verlo, me lancé a sus brazos y lloré, lloré desconsoladamente. Como niño. Lo amaba tanto, y lo sigo amando aún. Tanto como sólo los hermanos menores sabemos amar a los hermanos mayores, cuando éstos sí

que han sabido merecerse nuestro cariño. Lo amaba tanto...”.

De regreso en su celda Héctor pudo ver entre nieblas a los cuatro hombres.

“Veo que Freddy viste igual. En Ruz, logro distinguir sus lentes, su camisa blanca abotonada al cuello y su vestón oscuro. De Sampson: sus bigotes, su vestón y su pelo enmarañado. Fuenzalida con su poncho, sereno, reflexivo...”

Se despiden hacia donde estamos: Freddy con su puño en alto, saludando. Juan Antonio Ruz, Sampson, Rodolfo Fuenzalida, serenos, con pasos seguros. Comprendemos que nunca más los volveremos a ver. Desafiantes, valientes, franquean la puerta de hierro...”.  
(Pisagua: Héctor Taberna G.)

Lo que siguió lo relata el abogado Hugo Onetto, quien a través de la calle principal de Pisagua acompañó a los cautivos que custodiados y amarrados con cordeles de nylon marcharon desde la cárcel hasta las puertas del cuartel general, al tiempo que un tambor tocaba una especie de redoble.

Allí esperaban los camiones con los fusileros, en los que también serían trasladados los prisioneros y el comandante Ramón Larraín. Hasta él se acercó el abogado con el fin de agradecer su invitación para presenciar el fusilamiento y excusarse de no asistir.

“El comandante Larraín me dijo casi textual: ”lo felicito abogado de su decisión, como nosotros nos tenemos fusileros especializados, el pelotón de fusilamiento lo forman carabineros, militares y navales que no son muy avezados en el uso de las armas. Como se usan fusiles Zig, muchas veces los tiradores en vez de apuntar al corazón que se les señala con un cartón rojo, en su nerviosismo disparan a la cabeza y prácticamente les vuelan el rostro, razón por la cual, muchas veces el Ejército no entrega los cadáveres a sus familiares...”

A las seis y media de la mañana, las descargas de los fusiles llegaron nítidas a oídos de los abogados defensores. Sólo les restó elevar una plegaria por las nuevas víctimas.

Más fusilamientos por consejos de guerra se sumarían a los anteriores.

El primero de diciembre caería Germán Palominos Lamas.

El 14 de enero de 1974, Nelson Márquez correría la misma suerte.

El 11 de febrero, los nombres de Luis Toro Castillo y Alberto Yáñez Carvajal se agregarían a los anteriores.

Sin embargo, estas víctimas que fueron reconocidas por sendos bandos militares, no serían las únicas.

La fosa de Pisagua dejó en evidencia que fue abierta posteriormente para recibir los cuerpos de otros siete hombres cuyo fusilamiento jamás fue reconocido y que figuraban como detenidos desaparecidos.

**C**uando el domingo 3 de junio de 1990 los excavadores regresaron a la caleta, la camanchaca aún no se retiraba del lugar. Un cielo gris los acompañó en las primeras horas de trabajo.

Los estudios y mediciones de los expertos indicaban que la enorme roca sobre la cual habían encontrado el zapato como señal, estaba justamente en el centro de la fosa que debía superar los 10 metros de largo.

Una gata hidráulica, algunas gruesas cuerdas y una camioneta que tiró de ellas fueron necesarias para voltear y arrastrar la roca fuera del perímetro en que se extendía la fosa.

El primer cuerpo ya retirado había dejado su forma casi calcada en la tumba semiabierta. La tierra lentamente comenzó a dejar al descubierto nuevas irregularidades, protuberancias, formas que, ya no cabía duda, correspondían a cuerpos humanos.

Cinco figuras ensacadas, adheridas entre sí y a la tierra, comenzaron a recortarse de cara al cielo.

¡Con cuidado...! ¡Vayan bordeando los cráneos...! ¡No pisen ahí...! ¡Saquen mejor la tierra por este otro lado...! Las instrucciones de los peritos fueron seguidas al pie de la letra hasta que los cinco cuerpos quedaron al descubierto.

Patricio Cabezas, sin sentir el cansancio que se le anidaba en la cintura, en la espalda encorvada, fue raspando lento, suavemente, esos bultos que se veían tan frágiles.

Aunque ninguno de ellos fuera su padre, sabía que cada cuerpo que rescatara llevaría alivio a una familia, descanso, después de tantos años de búsqueda e incertidumbre.

—Era un trabajo tétrico, —reflexionó en los días siguientes, ya más sereno—. Sabía que en eso se iba mucho. Sentía odio por lo que habían hecho, pero también una mezcla de muchas cosas porque los estábamos encontrando. Los fui limpiando con dolor, pero con cariño y muy despacio porque cualquiera podía ser mi papá. Cada cuerpo que fuimos encontrando lo traté con mucho cariño y respeto.

A las cinco de la tarde del domingo 3 de junio se habían recuperado otros cinco cadáveres. Junto al primer rescate del día anterior, comenzaron su viaje a Iquique en una ambulancia cuando ya la noche había caído sobre la caleta. Los restos del abogado Julio Cabezas, aún no aparecían.

Aunque la noticia del hallazgo de cadáveres no fue entregada a los medios de comunicación sino hasta las siete de la tarde, el rumor ya corría de boca en boca en Iquique.

La encargada de difundirlo fue Angélica Palleras, actual presidenta de la Agrupación de Familiares de Ejecutados en

Pisagua, quien a las dos de la tarde recibía un llamado telefónico:

“Los encontramos...”, fue la breve comunicación.

Aunque en Iquique era un secreto a voces que en Pisagua estaban enterrados muchos de los desaparecidos y ejecutados, nunca se había llegado a excavar, en el lugar.

El control militar que existió en la zona hasta fines del 89 había impedido todo intento, pese a que en algunas oportunidades los familiares pudieron llegar hasta la caleta con sus ofrendas florales, sus rezos y sus esperanzas.

Y es que para algunos, encontrar a su ser querido se transformó en la razón de su vida.

Es el caso de Baldramina Flores, la madre del profesor Humberto Lizardi Flores, ejecutado el 11 de octubre de 1973, junto al abogado Cabezas

Detenido por personal del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) el mismo día 11 en la mañana mientras impartía clases en el colegio fue trasladado al Regimiento de Telecomunicaciones.

Su madre sólo pudo verlo desde lejos, al día siguiente, sentado en el suelo junto a muchos otros.

—Me mandó un papelito —recuerda Baldramina Flores— en el que me pedía que le enviara el ajedrez y después me pidió un chaquetón.

Allí supo que sería enviado a Pisagua desde donde recibió varios mensajes durante el corto tiempo en que estuvo recluso. El día 11 de octubre dieron por la radio el bando donde anunciaban su fusilamiento luego de un consejo de guerra.



Fue todo. Algunos días después de su muerte llegaba a manos de su madre una carta escrita un día antes de su fusilamiento:

“Queridos padres: mañana quizás ya esté muerto y es por eso que antes de partir les escribo estas breves líneas (...) Quisiera por última vez expresarles que sólo a ustedes debo todo lo que fui, que gracias a vuestras enseñanzas pude vivir una existencia plena y verdadera (...) Viví plenamente y por eso que no me duele partir, al fin y al cabo muero por lo que es justo. No tengan pena porque a Dios ya me he encomendado y se que está conmigo. Con el amor de siempre. Tito”.

Con su dolor aún a cuestas, Baldramina Flores comenzó su infatigable peregrinar para recuperar el cuerpo de su hijo.

—Empecé de a poquito, visitando casa por casa a los familiares de las víctimas. Así se juntaron cuatro familias que trabajamos en forma constante y otras dos que colaboraban. También fui a pedir misa a la iglesia y se logró hacer la primera el 11 de octubre de 1974, justo un año después del fusilamiento de los compañeros y de mi hijo querido.

—En adelante hubo misa todos los 11 de octubre. Allí intercambiábamos la escasa información y se arrimaban un poco más otros familiares de ejecutados o desaparecidos.

Fue el punto de partida para lo que más tarde sería la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos y Detenidos Desaparecidos de Iquique, corazón y motor que mantendría vivo los hechos de Pisagua, pese a todos los intentos por silenciarlos. Durante 17 años no cejó ni un instante por llegar

al fondo de la verdad y poder recuperar los cuerpos de los suyos.

—El padre Avalos, que hacía las misas, nos ayudó mucho. Su sucesor, el padre Franklin Luza, cooperó igual y nos sigue ayudando hasta ahora en todo.

—También de Santiago la Iglesia nos apoyó. El año 85 le escribí a Monseñor Santiago Tapia, de la Vicaría de la Solidaridad, solicitándole asistencia jurídica. El de inmediato envió al abogado Carlos Fresno y a la asistente social Angela Cofré.

Ambos formaron el equipo inicial que después siguió trabajando en Iquique, con el apoyo y la colaboración de los familiares de las víctimas.

Sólo el año 1987, la recién creada Comisión Chilena de Derechos Humanos de Iquique comenzó a presentar denuncias por los desaparecimientos y homicidios. Todos estos procesos finalmente pasaron a la Justicia Militar, pese a la tenaz oposición del juez Nelson Muñoz y los abogados de la Comisión y la Vicaría de la Solidaridad.

Sin embargo, los familiares jamás se dieron por vencidos, protestando, requiriendo información, pese a la creación de organismos humanitarios que comenzaron a preocuparse de la situación en materia de derechos humanos en Iquique.

—Baldramina Flores —explicó el abogado Carlos Vila— fue el gran pilar para todos. Ella es como un símbolo. Siempre estuvo escribiendo, haciendo recuerdos, organizando romerías a Pisagua, recordando a su gente.

Fue por ello que ese domingo Baldramina Flores fue la primera en recibir la noticia.

Aún almorzaba cuando Angélica Palleras dirigente de la Agrupación llegó hasta su hogar. Mientras esperaba, ensayó una y mil formas de decírselo. Como hermana de un ejecutado en Copiapó (víctima de la caravana del general Arellano Stark), sentía como suyo ese sentimiento confuso que pesaba en su alma.

—Le traigo una noticia —le dijo mirándola a sus ojos infinitos y oscuros—. Se va a alegrar y entristecer.

Baldramina Flores no dijo nada y esperó; esperó como había esperado a su hijo durante dieciséis años.

—Abrieron una fosa en Pisagua y aparecieron los cuerpos...

Ella sólo atinó a llevarse las manos empuñadas contra el pecho y llamar a su hija con un grito desgarrado:

—¡Moirita... Moirita...!, aparecieron los ejecutados de Pisagua!... —y un sollozo le cortó la voz.

A partir de ese momento, la tarde de domingo fue distinta en Iquique. Las quietas y silenciosas calles del puerto a la hora de la siesta se convirtieron en una pista de carreras para el vehículo que de casa en casa fue esparciendo la noticia.

Luego fueron dos, repartiéndose para avisarles a los otros y en las esquinas se cruzaban para intercambiar un breve diálogo:

—¿Le avisaste a los Sampson, y a los Valencia...?

—¡Yo fui donde los Taberna... Faltan los Ruz!

—¡Nosotros nos vamos a Pisagua...!

Y el vehículo azul enfiló hacia los montes en procura del desierto que como un imán acaparaba sentires y emociones en un solo pensamiento: ¡los habían encontrado...!

Fue quizás el exceso de velocidad, los ojos puestos en la carretera, o la obsesión de llegar pronto a Pisagua lo que no les permitió darse cuenta de que, a más de cien kilómetros por hora, se cruzaban con una destartalada ambulancia y un par de vehículos que rumbo a Iquique transportaban su preciosa carga.

A la luz de las velas, espontáneamente encendidas por la población, Iquique pudo observar no sólo los cuerpos, sino también los rostros de los familiares de esas víctimas que durante años habían sido consideradas sólo presuntas.

Seis cuerpos amortajados en su negro sudario de plástico fueron bajados desde una vieja ambulancia, a la que hubo que adosarle una tarima interior para su macabro viaje desde Pisagua.

Las formas se destacaban nítidas y rígidas aprisionadas por las cintas de papel engomado que sellaban las bolsas de polietileno.

Cientos de hombres y mujeres permanecieron velando largamente los restos del que fuera su padre, o su hermano, hijo o esposo o simplemente, su compatriota.

Desde Iquique, muy al norte de la capital, la voz de la Iglesia acortaba kilómetros para hacer oír, una vez más, su mensaje de amor en esas horas de desconsuelos, de acusaciones, de culpas jamás confesadas, de pecados escondidos.

En un improvisado oficio religioso, el párroco de la catedral, Franklin Luza, oraba en lo que él llamaría después “el velatorio de la ciudad”.

## NO HAY DOLOR AJENO

**L**as noticias que comenzaron a difundirse en el país y en el mundo, a partir del lunes 4 de junio de 1990, por todos los medios de comunicación, no sólo estremecieron las conciencias de quienes ignoraban o quisieron estar ignorantes de los hechos denunciados tantas veces por la Iglesia, sino que también removieron las viejas heridas aun no cicatrizadas de quienes lo sufrieron en carne propia.

Hasta el viejo edificio ubicado a un costado de la Catedral de Santiago, nuevamente, como había ocurrido durante todo el gobierno militar, familiares angustiados y demandantes llegaban en busca de respuestas, comprensión y justicia.

¿En qué otro lugar, sino en la Vicaría de la Solidaridad, sentían que podrían ser acogidos, escuchados y comprendidos como lo habían sido durante tantos años?

Como si desde Pisagua un grito hubiese traspasado distancias, tiempos y olvidos, llegaron nerviosos, confundidos.

Y ahí estuvieron, acongojados, tratando de mantenerse serenos en las afueras de la oficina en donde los abogados

Rose Marie Bornand y Sergio Hevia entregaban las primeras informaciones.

La voz de la abogada Rose Marie Bornand les llegaba atenuada a través de los tabique de madera:

—El día viernes primero de junio la Vicaría de la Solidaridad y la Comisión de Derechos Humanos con sede en Iquique presentaron, ante el Juzgado de Letras de Pozo Almonte, una denuncia por inhumación ilegal en terrenos cercanos al ex campamento de detenidos de Pisagua.

—Teníamos conocimiento, por fuentes que ahora nos reservamos de que en ese lugar preciso se encontraban numerosos restos de personas que habían sido fusiladas formalmente, o fusiladas por ley de fuga o sencillamente asesinadas durante los meses de septiembre-octubre y probablemente noviembre de 1973.

Mientras la abogada entrega detalles con voz suave y firme, por dentro siente que algo se va apoderando de su ser. Los largos años dedicados a socorrer a las víctimas de la represión no la han acostumbrado a mirar con indiferencia el dolor ajeno.

Por sus ojos pasan los rostros de los perseguidos, de los torturados, de los detenidos desaparecidos, de los ejecutados, de sus familiares y de todos aquellos que durante 16 años buscaron en la Iglesia un refugio, un lugar de encuentro, un espacio cálido y seguro para sus vidas y sus dramas.

La abogada escoge cuidadosamente cada palabra para dar a conocer los hechos, evitando todo calificativo que pudiera traslucir sus propios sentimientos.

—El tribunal se constituyó en el lugar y se comenzaron las excavaciones con apoyo técnico, médico legal, antropológico y arqueológico. Hasta el día de hoy, lunes 4 de junio, se han encontrado en esa fosa restos pertenecientes a 8 personas que en 1973 y 1974 fueron ejecutados en ese lugar.

—La investigación está recién iniciándose. Las osamentas encontradas han sido trasladadas al Servicio Médico Legal de Iquique y van a ser objeto de pericias odontológicas, antropomórficas y peritajes tanatológicos. Eso nos dará las características exactas de los restos encontrados, los que serán confrontados posteriormente con las fichas antropomórficas que conserva desde hace años la Vicaría.

La pregunta impaciente de un periodista interrumpió el relato, dando origen a un verdadero bombardeo de interrogantes.

—¿Esta es una denuncia anónima o una denuncia responsable?

—Es una denuncia absolutamente responsable.

—¿Es alguien que participó en los hechos?

—No. Nosotros nos vamos a reservar por ahora la fuente.

—¿Es miembro de las Fuerzas Armadas?

—No.

—¿Es efectivo que se trata de una persona que estuvo detenida en el lugar?

—Yo les repito que por ahora nos vamos a reservar la fuente de la información. Lo importante es que esta persona tenía constancia de lo ocurrido y ya está la prueba de ello.



Esto no es un problema que incida en la denuncia puesto que la denuncia resultó efectiva.

—¿Tiene que ver esto con los desaparecimientos?

—En la zona de Iquique y Pisagua hay numerosos detenidos desaparecidos, ejecutados cuyos restos nunca fueron entregados a sus familiares. No podemos determinar en este momento si se trata de detenidos desaparecidos o de ejecutados en distintas circunstancias pero cuyos restos fueron negados a la familia.

—¿Es efectivo que los cuerpos estaban ensacados?

La abogada Rose Marie Bornand guarda silencio. Por un breve instante, que pasa inadvertido, observa fijamente a quien le ha preguntado algo que duele, y al mirar ese rostro no puede dejar de pensar en ese otro rostro que emergió del fondo de una tumba clamando por la verdad. Pero su voz nada dice al responder:

—Es efectivo que estaban en sacos y también es efectivo que algunos de los cuerpos fueron encontrados con los ojos vendados.

—¿Y estaban maniatados?

—Sí. Es efectivo también eso.

—¿Quién estaba al mando de ese lugar de detención?

—En aquella época, Pisagua fue un campo de prisioneros que pertenecía a la Segunda Zona Militar, y el jefe de esa zona era el general Carlos Forestier, comandante de la Sexta División de Ejército. El comandante de Pisagua era el teniente coronel de Ejército Ramón Larraín. El desempeñó en esa época el cargo de comandante y contralor de Pisagua.

—¿La persona que hizo la denuncia estaría dispuesto a colaborar con la justicia?

—Sí. Estamos seguros que sí. Esta es una denuncia formal, interpuesta por la Vicaría y por la Comisión Chilena de Derechos Humanos de Iquique en el tribunal competente.

—A nosotros nos interesa muchísimo, y la Vicaría ha insistido en que lo que le interesa es ayudar a los familiares de detenidos desaparecidos en la búsqueda de la verdad, y también a los familiares de los ejecutados políticos a encontrar sus restos. En esta posición, la Vicaría de la Solidaridad está abierta a recibir testimonios que ayuden a la verdad que no sólo necesitan los familiares sino que la sociedad entera.

Aunque con estas últimas palabras, la abogado Rose Marie Bornand estaba consciente, iba más allá de lo estrictamente legal, no podía evitar repetir una vez más lo que había sido el permanente discurso de la Iglesia en materia de derechos humanos: verdad y justicia para quienes tanto habían sufrido durante esos años.

Quiso decirles que a lo largo de todo Chile había cientos de familias con los ojos puestos en Pisagua esperando que allí estuviera su ser querido buscado por tanto tiempo. Decirles que abogaran, a través de sus medios para que todo aquel que supiera de alguna de estas situaciones lo comunicara de alguna forma, para terminar con el calvario de tantos. Que tenía que ser hoy y no más tarde, que...

Pero calló y los profesionales de la prensa entendieron que era el final de la entrevista. Salieron apresurados con la noticia que procedente de Pisagua acapararía todos los titulares, todos los espacios, todas las conversaciones.

Los cadáveres rescatados y algunos de ellos con nombre y apellido venían no sólo a confirmar los hechos, sino que también a completar una historia.

Como un rompecabezas que recién comenzara a armarse, el hallazgo de Pisagua, la identificación de los cuerpos y el relato de los sobrevivientes permitían asomarse paso a paso a la verdad de lo ocurrido desde septiembre de 1973.

Los nombres de las víctimas, sus datos personales, las fechas de sus muertes, los múltiples testimonios brotados en el curso de las investigaciones y todos los antecedentes y pruebas reunidos a través de los años difíciles, por la Vicaría de la Solidaridad, y a los que ahora por fin se daba crédito y eran acogidos por los medios de comunicación, exhibían la represión en toda su espantosa irracionalidad.

La Morgue de Iquique se había hecho estrecha para acoger los cuerpos y en un contenedor climatizado, fueron colocados algunos de los restos aún ensacados.

Día y noche, desde que se hiciera público el hallazgo, unas 400 personas, muchas venidas de apartados lugares de Chile, velaban en las afueras del Instituto Médico Legal. No sólo esperaban ser autorizados para identificar los restos de su familiar, sino que entendían esa espera también como el sagrado velatorio que esos hombres no tuvieron.

Otra noche iquiqueña se arrastró lenta y doliente para dar paso a un día más, cargado de pesadumbre.

Mientras en Iquique se cumplían los rigurosos métodos de análisis forenses previos a la identificación, en Pisagua eran rescatados los últimos cuerpos.

Tras cada dramático hallazgo, el corazón de Patricio Cabezas parecía escapársele del pecho sintiendo en cada palpitación la presencia de su padre.

La enorme fosa rectangular de más de dos metros de profundidad parecía querer tragárselo. Doblado o hincado, raspando con los dedos, sólo tenía como visión del mundo exterior un trozo de cielo a veces gris, a veces azul, enmarcado por paredes de tierra extrañamente parejas.

De pronto, como si el bulto que acababa de descubrir hubiera dado un grito, algo lo alertó.

Ese era el cuerpo que buscaba, lo presentía. Sintió que esa figura ensacada palpitaba levemente en sus manos como un corazón a punto de desfallecer.

Raspó, raspó, arañó la tierra, rápido pero cuidadosamente. Con sus manos ávidas palpaba esa forma que se le antojaba conocida bajo la arpillera que lo cubría de pies a cabeza.

Sólo días después Patricio Cabezas pudo llevar a las palabras los sentimientos que lo inundaron cuando finalmente descubrió el cuerpo de su padre.

—Cuando vi ese bulto, lo limpié con cuidado y lo palpé recorriéndolo entero, buscando algo que me confirmara que era él. Tenía mis dudas porque yo no podía ver sus facciones, pero busqué en su ropa el detalle. Mi papi era desordenado para vestirse, no coordinaba los botones, y aunque parezca tonto, busqué eso. Y ese cuerpo, que además tenía su textura, lo sentí, lo adiviné casi, desordenadamente vestido. Se parecía tanto a él.

—Cuando fui a la Morgue a identificarlo me di cuenta que efectivamente era él. Lo reconocí por el pelo y por un par de plantillas que tenía en los zapatos.

El cuerpo del abogado Julio Cabezas Gacitúa fue uno de los últimos en ser rescatado.

## SI TUS HUESOS HABLARAN

**E**n el mismo instante en que la asistente social de la Vicaría de la Solidaridad, Cristina Cárcamo, llegó a Iquique y se enfrentó por primera vez con los familiares de las víctimas, pudo medir en toda su magnitud el estado emocional en que se encontraban.

Un estado de extrema sensibilidad se traslucía en cada uno de ellos. Todo les parecía lento, angustiante, la prolongación inexplicable de un martirio.

—Me di cuenta —reflexionó después la profesional— que iban a necesitar mucho apoyo para lo que seguiría. Que iban a necesitar mucho espacio para sus penas y una tremenda fortaleza para enfrentar su dolor.

Sin un lugar físico donde reunirse los familiares -muchos llegados de distintas ciudades- debían mantenerse en la calle con su angustia a la vista de todo el mundo, con sus sentimientos más íntimos ventilándose públicamente, lanzados de un sitio a otro por informaciones contradictorias y datos imprecisos que los confundían y angustiaban todavía más.

Lenta y dificultosamente consiguieron ubicarlos y fijarles horas de reunión para que recibieran informaciones precisas.

El equipo legal y social de la Vicaría, además de la Comisión de Derechos Humanos procuraban con enormes esfuerzos y dificultades satisfacer las demandas. El arribo a Iquique de un grupo de profesionales del FASIC (Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas), permitió finalmente generar el apoyo asistencial y de salud necesarios.

Allí estaban los familiares de Humberto Lizardi Flores, de Julio Cabezas, de Michel Nash, de Marcelo Guzmán, de Freddy Taberna, de José Antonio Ruz y muchos otros, además de ex prisioneros del campo de detenidos de Pisagua que volvían a vivir cada minuto su propia pesadilla.

En cada uno de esos rostros podía advertirse con claridad la vida que les había tocado sufrir.

Testigos, sobrevivientes y familiares se entregaban los unos a los otros datos, señales, cualquier antecedente que les permitiera posteriormente identificar a los suyos y reconstruir, siquiera en parte, los últimos momentos vividos por sus deudos.

En sus dudas, procuraban averiguar hasta los más mínimos detalles, tal vez para hacer más cierta la espera y convencerse de que lo que estaban viviendo era real.

Manifestaban su confianza en el juez. Preguntaban en qué consistiría el reconocimiento; si les iban a entregar los cuerpos; cómo sería el proceso de identificación, demostrando siempre su absoluta confianza en que los reconocerían como si hubieran dejado de verlos sólo el día de ayer.

La pequeña oficina del abogado Carlos Vila fue muchas veces casi un confesionario en donde tanto la asistente social, como los abogados Rose Marie Bornand, Héctor Salazar y Carlos Vila hicieron milagros para generar un principio de organización. "La ayuda prestada por los profesionales del FASIC, Eliana Ortiz y Carlos Corvalán fue fundamental", recordó después la asistente social de la Vicaría.

—Llegó un momento en que fui sobrepasada. Tenía que atender a los familiares, tomar los testimonios que necesitábamos, completar la ficha antropomórfica, contactarme con el médico legista, saber cómo iba a ser el reconocimiento y los trámites previos, saber si llegaban familiares de otras regiones, quien los iría a buscar, dónde los íbamos a instalar.

Afortunadamente con el trabajo en equipo, de una u otra forma los problemas se fueron solucionando en el camino.

Pero hubo algo que no se pudo resolver y que quedó grabado en la mente de la profesional:

No fue posible proporcionarles un lugar adecuado y discreto donde los familiares de las víctimas pudieran llorar.

Lo hicieron entonces en la calle, sentados en la acera, de bruces en el suelo o hincados contra una pared, una vez que comenzaron los primeros reconocimientos de los cuerpos.

Mientras aguardaban su turno en un pequeño hall para ingresar a la sala donde estaban los cuerpos, conversaban entre ellos o con la asistente social del FASIC, Eliana Ortiz.

En el siguiente relato, esta profesional (hermana de Fernando Ortiz Letelier, detenido desaparecido) dejó un tes-



timonio de cómo vivió y compartió dichos momentos con los familiares que muchas veces se aferraron a sus brazos para no caer.

“Ellos intentaban estar serenos, demostrando gran entereza. Deseaban estar lúcidos, claros, ser precisos y controlar lo emocional para poder identificarlo. Se notaba que los esfuerzos que hacían eran enormes”.

El ingreso a la sala mortuoria era devastador. Allí se quedaban, estáticos, incapaces de reaccionar.

Ahí estaba lo infinitamente esperado, lo eternamente rechazado.

“Sobre las mesas, sólo un conjunto de cuerpos momificados, de piel reseca, adherida a los huesos de la cara, de cabellos lacios, oscurecidos e hirsutos... Algunos ya casi osamentas”.

Los familiares, cuyos ímpetus habían sido cortados bruscamente, miraban sin ver, como suspendidos para siempre en ese minuto. Perplejos, vacilantes, deseando encontrar a su ser querido y también no deseándolo.

Y allí se quedaban largo rato, silenciosos, las manos apretadas una contra otra o cubriéndose la boca.

Cuando finalmente conseguían reconocer al familiar, con un gesto lo señalaban y volvían la cabeza hacia el equipo médico. Este procedía a chequear los datos de las carpetas y a efectuar algunas preguntas puntuales.

Las fichas antropomórficas y personales que durante tantos años habían recopilado y elaborado los funcionarios de la Vicaría de la Solidaridad, con paciencia infinita, con dolor reprimido, se transformaban ahora en el testimonio que buscaba hacerse realidad dolorosa en esos cuerpos todavía anónimos.

Luego los familiares, con paso lento, como rehusando separarse de sus seres queridos tanto tiempo perdidos, se alejaban con la mirada prendida en los cuerpos.

Una vez fuera de la sala la reacción no se hacía esperar.

Como regresando de un sueño algunos exclamaban: ¡Al fin lo encontré!... ¡Fue por la chomba ploma que yo le tejí!... ¡Fue por el pelo...! ¡Fue por el pantalón...!

Otros, en cambio, lloraban un llanto triste y silencioso o estallaban en sollozos incontenibles. Habían caminado tanto tiempo por el lado oscuro de la vida buscando la luz, que ahora, al hacerse evidente, se sentían confundidos como si la verdad fuera un nuevo enigma que ocultaba el sentido de la vida. Quizás esto fue lo que sucedió a doña Laura Silva, esposa de Luis Toro Castillo, uno de los últimos fusilados de Pisagua.

Había aparecido silenciosa y aislada en Iquique unos dos días después del hallazgo, pensando que su marido podría estar entre esos cuerpos.

Su rostro moreno, apergaminado por el sol del norte demostraba resolución y entereza, casi dureza, al compararse con los otros familiares que llevaban su dolor a flor de piel.

El día del reconocimiento entró decidida a identificar el cuerpo de su marido a cómo diera lugar.

Sin embargo, el trámite no fue simple; de súbito, el peso de la vida se le vino encima en el instante mismo en que se enfrentó a la verdad. Casi en vilo hubo que sacarla a la calle y gritos desgarradores la estremecieron.

—¡Me quiero ir... me quiero ir...! Sáquenme de aquí... ¡por favor... por favor...!

Doña Laura, vieja comunista de las pampas que en esos años había sido tan fuerte para enfrentar la vida sin su Torito, lavando ropa ajena, empleándose ocasionalmente, caía vencida, agobiada por el peso de la realidad.

De allí en adelante, doña Laurita ya no pudo hablar de su Torito sin que rompiera en llanto.

Los que no habían conseguido identificar al suyo, también vivían su propia angustia. La decepción de una esperanza largamente acariciada se les venía abrumadoramente encima.

Jinny Arancibia, la esposa de Freddy Taberna, cubría su rostro con las manos empapadas de llanto desesperado en el que sólo atinaba a murmurar: "¡Nunca lo voy a encontrar... nunca lo voy a identificar... no soy capaz... no soy capaz...!".

En ese balbuceo doloroso que temblaba en los labios de la joven esposa se traslucía la pena sin límite que había acumulado tras la muerte por fusilamiento de su compañero.

Lo había conocido en la Facultad de Ciencias Pedagógicas de la Universidad de Chile en la capital, a comienzos de la década del sesenta. El ya era un líder universitario, presi-

dente del Centro de Alumnos de la carrera de Geografía y ella “una niñita tonta pijecita” que estudiaba Biología.

Alto, delgado, desgarbado, de mirada intensa, palabra fluida, de larga melena y barba, Freddy Taberna era el símbolo de la juventud universitaria de aquella generación de los sesenta que pretendía cambiar el mundo.

Su fama había trascendido más allá de los límites de su propia Universidad y quienes compartían sus ideas sobre lo que debía ser la universidad y los universitarios, la sociedad y su gente, lo apoyaban y seguían.

Los estudiantes del Pedagógico se revolucionaban ante la palabra de Freddy Taberna, tanto sus adeptos como quienes lo rechazaban. Nadie quedaba indiferente a su presencia.

De alpargatas, largos trancos, chaqueta raída y blue jeans gastado, “el Freddy” no pasaba inadvertido por la vida.

Así lo conoció Jinny Arancibia, una de las tantas jóvenes que se sintió atraída por esa “cara de indio”, cuya figura insolente, para aquellos años, provocaba ira en la gente más formal.

Sin embargo, para esa jovencita de hogar acomodado y tradicional, no fue fácil conquistarlo.

Eran muchas las que veían en ese “fuera de serie” al hombre de sus sueños, un hombre que no sólo se destacaba por sus dotes de dirigente, sino que también estudiantiles.

Sólo su capacidad y esfuerzo le habían permitido llegar a la universidad.

Uno de los numerosos hijos de una humilde familia proletaria cuyos padres eran pescadores artesanales en Iquique, Freddy sabía lo que era la miseria y la explotación. Desde los

ocho años había trabajado, no sólo ayudando en las labores de pesca, sino que también encerando pisos, lavando vidrios o vendiendo mariscos en la calle, para ayudar a los suyos.

La pequeña y humilde vivienda de una sola pieza que compartía la familia, le obligaba a levantarse a las cinco de la mañana para poder estudiar a la orilla del mar. Allí tenía todo el espacio del mundo para él solo.

Su evidente inteligencia, su capacidad para aprender y estudiar pese a todos los escollos, le ayudaron a conseguir el apoyo de sus maestros, quienes le consiguieron una beca para terminar sus estudios medios. Luego, una beca universitaria le permitió finalmente poder cumplir su sueño de llegar a la universidad.

Y allí pasaba los días, entregado a sus estudios, a sus labores de dirigente estudiantil y posteriormente a las de militante del Partido Socialista.

El vivir en el pensionado universitario, en la misma Facultad y comer en el casino estudiantil le obligaba a pasar toda la jornada dentro del campo universitario.

Así pudo Jinny enterarse de sus horarios y actividades. A partir de ese momento, la Facultad también pasó a ser el segundo hogar de la joven, a la cual llegaba los fines de semana con el pretexto de estudiar en sus jardines.

Tuvo la suerte que su sala estuviera en forma diagonal a la de Freddy y se las arregló para ubicarse cerca de una ventana desde donde podía verlo. Así, no era extraño que la universitaria en medio de la clase de pronto dijera "permiso" y saliera despavorida.

Había visto a Freddy dirigirse al casino en cuyo acceso “casualmente” lograban cruzarse.

En 1967 se casaron y se trasladaron a vivir a Iquique, modestamente.

Pese a su calidad de geógrafo y con cuatro años de estudios en Psicología, comenzó a trabajar en el puerto cargando y descargando camiones de cerveza. El tiempo que le dejaba la dirigencia del Partido Socialista regional lo dedicaba a trabajar en los botes con sus hermanos, limpiando pescado, lavando las embarcaciones o ayudando en cualquier faena. Amaba el mar tanto como amaba a su pequeña familia formada por su esposa Jinny y sus dos hijos, Ignacio y Daniela. Posteriormente un empleo en la universidad le permitió no sólo ejercer su profesión sino que también mejorar la situación económica de la familia.

El advenimiento del gobierno popular completó su felicidad y desde su cargo de director de ODEPLAN (Oficina de Planificación Nacional) se esforzó por hacer realidad lo que había sido su permanente discurso en pro de los sectores más desposeídos.

El 11 de septiembre de 1973 fue el final.

Freddy se despidió de Jinny y de sus dos hijos, debía alejarse de ese bando militar que lo llamaba a presentarse a las nuevas autoridades.

Sin embargo, Freddy Taberna, al igual que muchos otros, no pudo escapar del final que habían dispuesto para él quienes manejaban el poder. Al no lograr su concurrencia hasta las dependencias militares y al no encontrarlo cuando allanaron su hogar, los militares optaron por detener a Jinny

a quien le informaron que estaba en calidad de rehén "hasta que su marido se entregara".

No fue difícil conseguirlo. Bastó hacer correr el rumor de que la joven había sido violada y torturada para que el funcionario del gobierno se entregara.

Sin embargo, el sacrificio de Freddy fue inútil porque no la dejaron en libertad. Durante muchos días, detenida e incomunicada nada supo de su marido y de sus dos pequeños hijos que debieron ser acogidos en hogares de amigos.

Tiempo después, cuando la soltaron finalmente, la joven pudo ver a su esposo desde lejos. Sin barba, con la cabeza rapada, demacrado y con visibles muestras de tortura, Freddy la miró y en sus ojos Jinny pudo vislumbrar la pesadilla que estaba viviendo. Su sonrisa no alcanzaba a ocultarlo.

Día tras día vagó alrededor del Regimiento de Telecomunicaciones, de la cárcel, de la Fiscalía en un inútil intento por saber algo de su pareja.

Verlo estaba muy lejos de cualquier esperanza pero ella no claudicaba. Nadie decía nada, ni de su situación, ni de dónde estaba, ni en qué condiciones, ni de qué se le acusaba pese a las miles y miles de preguntas y gestiones. Sólo logró que le informaran que iba a ser procesado bajo cargos que nadie sabía especificar.

La ropa limpia que llevaba cada día y la sucia que le entregaban a cambio, era lo único que tenía de él.

Junto a otras mujeres permanecía por horas frente a los murallones tratando de atisbar o de hacer llegar y recibir una seña, un mensaje, cualquier cosa que le hiciera sentir su presencia.

Pero esa presencia de las mujeres, doliente, acusadora, frente a los recintos carcelarios era molesta para los uniformados. Amenazantes, groseros e insolentes, las obligaban a punta de fusil y de golpes a retirarse de las inmediaciones.

Pero Jinny volvía una y otra vez.

Escondida en las calles y viviendas de una población vecina, aguardaba, vigilaba, tal cual había aguardado y vigilado años atrás los pasos del que se había propuesto sería su pareja.

Una vez que los militares se aseguraban que su acción contra esas mujeres indefensas había sido efectiva, se retiraban del lugar con su misión cumplida. Y Jinny volvía a esperar bajo el sol nortino hasta que la noche y el toque de queda la obligaban a retirarse.

Fue en una de esas oportunidades que lo vio.

Rodeado de militares armados, con las manos amarradas a la espalda, lo reconoció pese a la distancia cuando lo trasladaban a un recinto de torturas.

No pudo resistirlo y ya sin pensar en nada, sin detenerse ante nadie, corrió, corrió como nunca lo había hecho tras los pasos de su compañero. Pero cuando faltaban unos cuantos metros para alcanzarlo fue sorprendida por un militar que le encajó violentamente el arma entre las costillas.

Ella, perdido todo miedo, toda prudencia, de alguna forma logró escabullirse y siguió su carrera desenfadada. Quería abrazarlo, quería sentirlo, necesitaba hacerle sentir que estaba allí y que lo amaba.



El grito de ¡alto! imperioso, amenazador y el ruido del arma presta a disparar no la detuvo, pero sirvió para que Freddy tornara la cabeza y la viera.

El la miró a los ojos largamente, le hizo un gesto con la cabeza y alcanzó a lanzarle un beso antes de trasponer la puerta empujado por los soldados.

Fue la última vez que lo vio.

Su fusilamiento, ocurrido un mes más tarde, lo supo al día siguiente. Le fue comunicado en la cárcel porque una vez más Jinny había sido detenida. Sólo recuerda que fue inyectada con calmante y al cabo de dos días puesta en libertad y expulsada de la ciudad.

El cuerpo de Freddy Taberna no apareció en la fosa de Pisagua, ni tampoco el de los otros tres compañeros del Partido Socialista con los que fue fusilado el 30 de octubre de 1973.

Jinny sólo ha logrado saber que el cuerpo de Freddy fue echado al mar en un saco.

“Cuando yo me muera Jinny, le había dicho una vez Freddy, no quiero que me echen en un cajón, ni que me pongan en una tumba. Yo quiero por último que me incineren y tú eches mis polvitos al mar. Yo quiero terminar en el mar...”

## LOS QUE NO VOLVIERON

**A**l cabo de una semana, 18 de los cuerpos recobrados ya tenían identificación. Sin embargo, sólo 12 de ellos correspondían a personas cuyas ejecuciones habían sido reconocidas y publicitadas en su oportunidad.

El resto eran "presuntos detenidos desaparecidos".

De la primera ejecución, ocurrida el 29 de septiembre de 1973, se habían rescatado y reconocido los cuerpos de Juan Calderón Villalón, Marcelo Guzmán Fuentes y Luis Alberto Lizardi Lizardi. Faltaban empero, los restos de Nolberto Cañas Cañas, Juan Jiménez Vidal y Michel Nash, fusilados en la misma oportunidad.

Del segundo fusilamiento, del 11 de octubre, se tenían los cuerpos de todas las víctimas: Julió Cabezas Gacitúa, José Córdova Croxatto, Humberto Lizardi Flores, Mario Morris Barrios y Juan Carlos Valencia Flores.

Del tercer fusilamiento, del 30 de octubre, no se había recuperado ningún cuerpo. Faltaban los restos de Rodolfo Fuenzalida Fernández, José Antonio Ruz Díaz, José Samp-

son Ocaranza y Freddy Taberna Gallegos, todos del Partido Socialista.

También fueron hallados los cuerpos de Germán Palominos Lamas, ejecutado el 1 de diciembre; Nelson Márquez, fusilado el 14 de enero de 1974; Luis Toro Castillo y Alberto Yáñez Carvajal, fusilados el 11 de febrero de ese mismo año.

Además aparecieron otros siete cadáveres que no se esperaba encontrar en la fosa de Pisagua y que correspondían a quienes hasta ayer eran sólo "presuntos detenidos desaparecidos". Según la autoridad militar, seis de ellos habían quedado en libertad en enero de 1974.

La historia de estos seis detenidos desaparecidos comenzó a escribirse en los días inmediatos al golpe militar, pese a que ninguno de ellos ostentaba la calidad de funcionario o simpatizante del régimen recién derrocado. Por el contrario, algunos de ellos fueron decididos y abiertos opositores del gobierno de la Unidad Popular.

En los primeros días de noviembre de 1973, según consta en sus antecedentes, fueron detenidos en forma separada Orlando Cabello Cabello, Luis Manríquez Wilden, Hugo Martínez Guillén, Nicolás Cháñez Cháñez, Juan Mamani García y Juan Rojas Osega.

Acusados de contrabando y narcotráfico fueron trasladados a Pisagua y encerrados en una misma celda. Según ex prisioneros políticos, todos ellos gozaban de un trato especial y casi no se mezclaban con el resto de la colonia penal.

El 31 de enero de 1974 se informó a través de la prensa y directamente a sus respectivos familiares, que el 15 de enero habían sido puestos en libertad seis presos comunes que

estaban acusados de contrabando y narcotráfico. La información incluía sus nombres.

Ninguno retornó a su hogar, y jamás volvió a saberse de ellos pese a las múltiples gestiones de sus familiares.

En julio de 1974, luego de reiteradas peticiones, cartas y solicitudes de audiencia, la familia de Nicolás Chánez Chánez recibía la siguiente carta firmada por el general Carlos Forestier, comandante en jefe de la Sexta División de Ejército.

“...su esposo fue, junto con otras personas, detenido y trasladado a Pisagua con el objeto de investigar y determinar responsabilidades de una presunta infracción a la ley sobre control de armas.

Por resolución de la Jefatura de Zona en Estado de Sitio de fecha 15 de enero de 1974, su esposo fue puesto en libertad condicional...”.

Agregaba la carta del general Forestier que “a petición expresa de su esposo y de las otras personas relacionadas con él, fueron dejados en la localidad de Huara, continuando el vehículo que los transportaba, su marcha a Iquique...”.

La misma explicación fue proporcionada a los familiares de los otros cinco detenidos supuestamente dejados en libertad junto a Nicolás Chánez.

Sin embargo, el cuerpo de este último y de los otros cinco vinculados al narcotráfico aparecieron en la primera hilera de cadáveres de la fosa común de Pisagua.

estaban acusados de contrabando y narcotráfico. La información incluía sus nombres.

Ninguno retornó a su hogar, y jamás volvió a saberse de ellos pese a las múltiples gestiones de sus familiares.

En julio de 1974, luego de reiteradas peticiones, cartas y solicitudes de audiencia, la familia de Nicolás Chánez Chánez recibía la siguiente carta firmada por el general Carlos Forestier, comandante en jefe de la Sexta División de Ejército.

“...su esposo fue, junto con otras personas, detenido y trasladado a Pisagua con el objeto de investigar y determinar responsabilidades de una presunta infracción a la ley sobre control de armas.

Por resolución de la Jefatura de Zona en Estado de Sitio de fecha 15 de enero de 1974, su esposo fue puesto en libertad condicional...”.

Agregaba la carta del general Forestier que “a petición expresa de su esposo y de las otras personas relacionadas con él, fueron dejados en la localidad de Huara, continuando el vehículo que los transportaba, su marcha a Iquique...”.

La misma explicación fue proporcionada a los familiares de los otros cinco detenidos supuestamente dejados en libertad junto a Nicolás Chánez.

Sin embargo, el cuerpo de este último y de los otros cinco vinculados al narcotráfico aparecieron en la primera hilera de cadáveres de la fosa común de Pisagua.

¿Cómo puede entenderse el caso de estos seis detenidos desaparecidos, cuya huella se perdió en el desierto luego de “ser dejados en libertad...”?

Según señala un amplio reportaje de la revista *Página Abierta* de julio de 1990, a este grupo de nortinos Iquique los denomina “los acallados”: es decir, personas que fueron víctimas de alguna autoridad con poder para determinar su muerte.

Explica la publicación que las autoridades del gobierno de Salvador Allende estaban preocupadas por el contrabando y el incipiente narcotráfico en Iquique.

—Colaboraba con las autoridades regionales en el esclarecimiento de una serie de irregularidades el funcionario del Departamento de Investigaciones Aduaneras Mario Morris Barrios (...) y el conocido abogado iquiqueño Julio Cabezas Gacitúa que había llegado a ciertas deducciones que involucraban a diversos funcionarios del poder judicial local (...)

Agrega “*Página Abierta*” que los antecedentes (...) estaban en conocimiento, no sólo de toda la directiva socialista (Taberna, Ruz, Sampson y Fuenzalida), sino que también del administrador del puerto de Iquique, José Córdova, del jefe de ECA, Juan Valencia y del interventor pesquero Nolberto Cañas.

“Por extraña coincidencia todos los militantes o altos funcionarios mencionados fueron asesinados (...)

Por su parte el abogado Carlos Bonilla en declaraciones al Diario La Nación, señaló que luego del golpe militar “el juez que estaba siendo investigado por conexiones con el narcotráfico, fue designado en esa época fiscal militar y de un modo u otro, tuvo a su cargo el proceso de Julio Cabezas Gacitúa”.

“Yo creo, señala el abogado, más que por razones de orden político, porque no había motivo para ello, al colega Julio Cabezas, esta mafia de traficantes de un modo u otro y con la ayuda inconciente de los militares, le cobró su desquite o venganza a través de este expediente de atribuirle la calidad de un detenido político (...)”.

Pero también fueron ejecutados estos otros seis hombres, cuyas muertes no pueden explicarse en este caso y que, aunque son reivindicados por sus familiares que niegan supuestas conexiones ilícitas, fueron detenidos bajo esos cargos.

Es el caso del comerciante Luis Aníbal Manríquez Wilden.

En múltiples cartas a sus familiares, las que obviamente eran censuradas, deja entrever su inocencia, pero no así su desconocimiento en los hechos.

En una breve y apresurada misiva que logró hacer llegar en forma clandestina a los suyos explica:

“Esta nota es una llave de la verdad para aclarar las calumnias cometidas sobre cinco persona que nos incluyeron (...) por eso no quieren que declaremos en ningún

tribunal para no desenmascarar a un funcionario falso en sus funciones (...)"

Cómplices o testigos, estos seis hombres fueron "acallados".

Un poco más abajo de sus restos estaban los cuerpos de los funcionarios y del abogado que investigaban la red delictual cuando fueron detenidos en 1973 y condenados a muerte.

El último de los cuerpos reconocidos, que paradójicamente resultó ser el del primer rescatado, correspondía a Manuel Sanhueza Mellado, a cuya familia se le había informado que había muerto por inmersión en octubre de 1974.

Había sido detenido en Arica junto a toda su familia en julio de ese mismo año.



## POR LAS LAGRIMAS VERTIDAS

Una semana después del hallazgo de Pisagua, la Catedral de Iquique se desbordaba en una misa, la más hermosa y masiva que recordaba el puerto, en memoria de los 20 cuerpos, ahora ya con sus respectivos nombres.

La Iglesia, que a través de los años de oscuros dolores había sido la depositaria de clamores jamás escuchados, volvía a extender sus brazos para enjugar nuevamente las lágrimas y consolar a los que sin voz, buscaron en ella su apoyo y consuelo.

—"¡Permitidme unirme a las lágrimas para unir con ellas el dolor de Chile...!"

La voz del párroco Franklin Luza se elevó con un temblor hondo por entre los ecos de los rezos y cánticos religiosos, que acompañados por instrumentos musicales del altiplano, precedieron su homilía.

"Duro ha sido este trozo del camino y en este descanso que es la Eucaristía, nos nutrimos del pan de la vida y por amor a Dios, para seguir avanzando, para enfrentar

todavía los dolores que nos aguardan, porque aquí, en nuestra tierra están los muertos de Chile. Por eso seguiremos buscando”.

Ninguno de los presentes dejó de sentirse emocionado por las palabras del sacerdote:

“Hemos venido esta noche a respaldar las instituciones democráticas (...) a exigir que los responsables den cuenta de los actos ocurridos bajo su tutela, a proclamar la dignidad sagrada de todo hombre y el derecho de Dios sobre la vida.

Porque nadie puede determinar el destino definitivo, ni decidir, ni siquiera en nombre de la ley, sobre la vida o la muerte de las personas.

¡Sólo una sociedad enferma, solamente corazones emponzoñados por el odio, pueden atreverse a matar a su hermano...!”.

El sonido quejumbroso de la música del altiplano desbordó de aires ancestrales el viejo templo del puerto. Flautas, queñas y zampoñas, fieles intérpretes del dolor antiguo de los pueblos nortinos, traducían conmovedoramente el sentir de su gente. El abrazo de la paz fue más estrecho, más sentido, más lleno de mensaje que nunca y se prolongó más allá de lo habitual. La bendición del sacerdote, pausada, eterna y sencilla se atesoró como el único consuelo posible.

Luego de la homilía, los sacerdotes, que junto al párroco Franklin Luza concelebraron la misa, encabezaron una romería por las principales calles de Iquique para dirigirse a las dependencias del Instituto Médico Legal.

Las miles de personas que desbordaron el templo y las afueras de la Catedral, marcharon tras los sacerdotes acompañados por la música del altiplano lenta y doliente.

Iquique entero se volcó a las calles, ya sea para integrarse a esa masa compacta de gente, o para abrirle camino en una actitud de honda reflexión y recogimiento. Nadie quedó indiferente ante esa procesión de más de seis mil personas que con velas encendidas hablaba del dolor casi expiatorio de una ciudad, como pidiendo perdón por no saber... por no querer... por no poder.

Retratos de las víctimas, pancartas, lienzos, velas y el canto de quenas y zamponas llenaron la noche nortina haciendo extrañamente viva la presencia y el recuerdo de aquellos que, sobre el frío mesón de la Morgue, aguardaban su última sepultura.

Así los vio aquella noche la asistente social Cristina Cárcamo, sintiendo que dieciseis años de trabajo se resumían en esa marcha fúnebre.

Durante todo el día, abrumada por un trabajo que la exigía entera, requerida por los familiares y urgida por uno y mil trámites, no se había detenido ni un solo instante a mirar en su interior.

Sin embargo, algo quiso que a las diez y media de la noche cuando abandonaba su lugar de trabajo, se encontrara de

golpe con esa columna que como una romería de fantasmas, cruzaba la noche iquiqueña.

—Cuando los vi con sus carteles, con sus rostros angustiados, con los retratos alumbrados por la luz de las velas sabiendo que su familiar estaba allí dentro y pasaron por mi lado en una marcha fúnebre, no pude contenerme.

Los sollozos subieron por su garganta de manera porfiada e inacabable y se deshicieron en lágrimas que parecían no tener fin.

—Me fui por calles solitarias y escondida lloré hasta que quedé vacía. Fue el único momento en que me dejé un espacio para mi pena y me desahugué de toda la carga acumulada en esos días.

Pero no era la carga acumulada sólo en esos días.

Para ella, como para el resto de sus compañeros de trabajo era la carga de toda una vida.

Como funcionarios del Comité Pro Paz primero, y de la Vicaría de la Solidaridad después, el hallazgo de los cuerpos de Pisagua era el final de una larga jornada de consuelo, de búsqueda y apoyo que se había iniciado 16 años atrás cuando el primer perseguido golpeó las puertas de la Iglesia buscando su protección.

La larga columna se detuvo ante la Morgue y un grupo de sacerdotes ingresó al recinto. Allí aguardaban esa última bendición los 20 cuerpos rescatados de Pisagua.

El 13 de junio, diez días después de los hallazgos, el Ejército de Chile hacía oír finalmente su voz.

En una declaración de nueve carillas, junto con expresar que “nos dolemos como todos los chilenos con algunos

hechos del pasado" afirmaba que el 11 de septiembre de 1973 había sido una operación militar, una acción de guerra, enfatizando que "la guerra no es nunca incruenta".

Ese mismo día, y quizás a la misma hora, el Comité Permanente del Episcopado emitía una declaración en donde exigía que "no se justifique lo injustificable aduciendo que entonces se vivía en una situación de guerra".

Bajo el título de "Asumiendo la Verdad" señalaba en alguno de sus puntos:

"La Iglesia, con su autoridad moral en materia de Derechos Humanos quiere contribuir a que se acoja la verdad sin temor (...) Muchas veces llamamos la atención con responsabilidad, sobre los hechos dolorosos que vivíamos. Hoy cuando la dura realidad se nos impone, es sano para todos asumir la verdad (...) Es hora que dejemos de llamar "presunto" lo que todos sabemos es verdad (...) El país necesita conocer lo que ha pasado (...) Es necesario que los muertos sean devueltos a sus familias o que ellas, al menos, sepan donde han sido enterrados...".

## ¿QUE HAN HECHO CON MI HIJO?

**E**n el cortejo fúnebre que esa noche de junio recorrió las principales calles de Iquique caminaba Ana Sáez sintiendo también suyo el dolor de los demás. Su hijo no había aparecido entre los cuerpos rescatados, por eso sus lágrimas eran todavía más amargas.

¿Dónde estaba su Michel...?, se preguntaba una y mil veces como si con ello pudiera rescatar su presencia.

Sabía que estaba muerto. Así se lo habían dicho personalmente a su marido luego que apareciera el bando militar en el diario El Tarapacá de Iquique el 2 de octubre de 1973.

La noticia, una más dentro del caudal informativo que en esos días entregaba la única prensa autorizada, escuetamente señalaba que "seis extremistas que permanecían en el campo de confinamiento de Pisagua fueron muertos por los soldados encargados de la vigilancia al intentar aquéllos huir mientras trabajaban en tareas de acondicionamiento del lugar".

“Se trata de los detenidos que habían sido llevados a ese campo de esta ciudad: Juan Calderón Villalón, Nolberto Cañas Cañas, Marcelo Guzmán Fuentes, Juan Jiménez Vidal, Luis Alberto Lizardi Lizardi y Michel Nash Sáez”.

Hacia sólo cinco meses que el joven Michel Nash había llegado procedente de Santiago, para engrosar el contingente de conscriptos que ese año de 1973 debía hacer su Servicio Militar en el Regimiento Granaderos N 1 de Iquique.

Unico hijo varón del matrimonio formado por el comerciante de origen árabe Michel Nash Mikail y Ana Sáez, era el alma del hogar y la adoración de su hermana Leyla de 14 años.

Sus ideas de izquierda forjadas en un hogar y en un ambiente de clara tendencia política, le habían llevado a militar en las Juventudes Comunistas.

La primera carta de Michel, desde el Regimiento en Iquique les decía que, aunque su pelo ya lucía cortado al rape, su ánimo estaba bien dispuesto para cumplir con sus obligaciones.

Una nueva carta con fecha 4 de agosto, junto con reprocharles el que no le escribieran más seguido, detallaba las actividades diarias del regimiento e incluía un dibujo en donde aparecía el propio Michel tripulando un vehículo militar detrás de una ametralladora y con la leyenda: “je, je, aquí estoy yo”.

Luego de esta carta se produjo un largo silencio provocado por el golpe militar. La natural incertidumbre por la

suerte del hijo abrumó a la familia y doña Ana decidió viajar al norte.

Ese día 20 de septiembre, cuando la madre de Michel Nash llegó a Iquique, el puerto recién despertaba de un sueño intranquilo, custodiado por el toque de queda. Un oficial la atendió en el Regimiento y ella le explicó que era madre del conscripto Michel Nash, a quien quería ver y para cuyo objeto recién llegaba de Santiago.

El uniformado le explicó que el conscripto Nash Sáez no se encontraba allí, sino que estaba detenido en el campo de prisioneros de Pisagua.

Ana Sáez sintió que todos los malos presagios que habían turbado su corazón en esos días, parecían convertirse en realidad. Que su corazón de madre no la había engañado.

Ella sabía que Pisagua era un campo de detenidos, pero igual pidió que le permitieran llegar al campo.

—Señora, yo creo que es bien difícil porque es zona militar ahora. A la gente civil la evacuaron.

Su voz temblorosa y su llanto desconsolado conmovieron al oficial.

Le confidenció que lo único que podía hacer era acompañarla a la Sexta División del Ejército.

—Para que hable con mi general Forestier, —le indicó como posibilidad.

En su propia citroneta el oficial la condujo al edificio en cuestión y él mismo subió hasta las oficinas militares para gestionarle la audiencia.

Pero ello no fue posible y sólo logró que un abogado del Ejército le reiterara la negativa.



—No señora, no lo puede ver porque en esa zona no entra gente civil. Pero no llore, no tiene por qué preocuparse. Ahí donde está su hijo no está mal, está comiendo, tiene su cama, todo. Simplemente está allá para evitar cualquier aventura. Por lo demás, no hay ningún cargo contra él, le aseguré luego de verificarlo en un libro de gruesas tapas.

—Yo le aconsejaría —agregó— que regrese tranquila a Santiago, que no se ponga tan nerviosa porque aquí no se ha sabido que hayan matado a nadie, que le envíe todo lo que quiera mandarle y nosotros se lo haremos llegar a Pisagua.

Diez días después se desató la tragedia.

A las tres de la tarde del 30 de septiembre fuertes golpes a la puerta remecieron la casa de los Nash, en Santiago. Un soldado preguntaba por Michel Nash padre. Como si el hijo se hubiera personificado en ellos, los atribulados padres se miraron con esperanza no disimulada: “debe ser un compañero de Michelito”, pensaron.

Casi con una sonrisa, el padre lo saludó y se identificó:

—¡Yo soy...! ¿Dónde está Michel...?

Un jeep en la puerta con cinco soldados fuertemente armados, muy pronto lo sacó de su error.

—¡Señor, debe acompañarme al Ministerio de Defensa!

Apenas si alcanzó a avisarle a su mujer de su destino cuando ya atravesaban raudos las calles de la capital, entre esos soldados adustos y vigilantes que no cruzaron una sola palabra con él.

En el sexto piso del Ministerio, un oficial y su ayudante lo aguardaban en una oficina.

—¿Es usted Michel Nash Mikail? —preguntó el oficial.

—Si señor, yo soy.

—Señor, tengo que comunicarle una desagradable noticia, su hijo ha fallecido en circunstancias...

De allí en adelante todo fue desesperación, todo fue dolor e impotencia, que hoy sólo puede imaginarse a través de la lectura de unas hojas de papel que con mano temblorosa, pudo algún tiempo después estampar como un desahogo el padre de Michel Nash.

“Iba preparado a recibir incluso esa noticia... Pero otra cosa es cuando un temor se hace realidad. Recuerdo el resto de la frase: "en circunstancias que trataba de fugarse del campamento de Pisagua". Salté del asiento, no sé cuánto. Lo miraba fijamente con estupor e indignación. ¿Por qué me miente...? ¡A mi hijo ustedes me lo han matado! ¿Se sienten bien dentro de ese uniforme que fue del respetado Ejército de Chile manchado ahora con tanta sangre inocente, como la de mi hijo...?"

No lloró allí ni dijo más, y como un sonámbulo bajó las escaleras, salió a la calle sin ver, sin sentir, sin escuchar que la ciudad seguía su vida normal.

“Tomé un taxi y pedí permiso al chofer para llorar. ¿Con qué palabras llevar la noticia a mi mujer y a mi hija...? Sólo pude decirles "lo mataron esos miserables". Ella se revolvió en el suelo gritando: ¡es mi hijo... es mi hijo, es mío...! ¿Por qué me lo quitaron Dios Santo, que han hecho con mi hijo... por qué... por qué...?"

Entre la muchedumbre, doña Ana Sáez mostraba en sus ojos cansados e infinitos su desconcierto y dolor por el hijo no encontrado.

Una y otra vez había ingresado a la Morgue sin aceptar que no estuviera allí. Una y otra vez había mirado esas cuencas sin ojos, esas caras apergaminadas, esas cabezas sólo pelo y huesos que algún día fueron seres con vida, sin convencerse que su Michel no estuviera allí.

Sin embargo, igual oró, igual lloró, igual gritó ¡presente!, cuando los nombres de las víctimas fueron coreadas por la multitud frente al Instituto Médico Legal mientras los sacerdotes le entregaban su postrer bendición.

## PORQUE TE ESPERE HASTA HOY

**M**ichelito...! ¿Dónde estás m'hijo... ¿dónde estás?

La voz del hombre y su paso vacilante entre las fosas abiertas fue una imagen que dolió.

—¿Dónde estás, hijo... dónde estás...?

Sólo los sollozos ahogados de otros tan abatidos como ese anciano y el viento del desierto respondieron al grito desgarrado que encerraba toda la desesperación por el hijo perdido.

Porque Michel Nash no estaba entre los vivos.

Tampoco estaba entre los muertos.

Michel Nash Sáez de 19 años no estaba entre esa veintena de cuerpos rescatados desde la fosa clandestina de Pisagua que ahora esperaban por cristiana sepultura.

El grito del padre de Michel llamando a su hijo el día en que los familiares de las víctimas visitaron por primera vez la fosa, se perdió en la inmensidad del desierto y el mar, pero fue acogido en el corazón de quienes compartieron con él esos instantes.

Cada uno de los familiares vivió allí su propia catarsis y revivió el duelo aun no cerrado que se había cobijado en un doloroso rincón del alma.

Así lo sintió la asistente social del FASIC, Eliana Ortiz que acompañó a los familiares cuando fueron autorizados por el juez para visitar la caleta.

Su relato escrito aquel mismo día recogió una experiencia que jamás podrá olvidar.

“Llegamos allá oscuro. Pisagua se ve tenebrosa porque se sabe que allí fue el lugar de la reclusión y la tortura. De pronto ahí, en una pequeña península está el lugar del cementerio rodeado de precipicios rocas y desierto. La fosa, se comenta, es el recuerdo de la segunda guerra mundial. Son las fosas de los nazis.

Algunos se alejan, meditan, piensan, lloran. Desean llamar a su pariente. Gritar. El lugar sobrecoge por su ubicación, por su amplitud y por sobre todo por saber que ahí, en cualquier lugar, pueden haber otros cuerpos. Tal vez debajo de uno mismo, pisándolo.

En ese silencio respetuoso de unos a otros, de pronto se oye el grito, el triste llamado de un padre que busca a su hijo. Pregunta dónde está y todos lo acogen como su propio grito que no se atrevieron a lanzar”.

La breve pero dramática historia de Michel Nash transcurrida entre el 11 y el 29 de septiembre de 1973 sólo puede

armarse a retazos con los testimonios de quienes compartieron sus últimas horas.

Su amigo Juan Neno, también conscripto del mismo Regimiento, en declaración de junio de 1978 relata que el 13 de septiembre "ambos fuimos detenidos desde el regimiento por personal de esa unidad militar por sospecha de tener militancia política".

Juan Neno contó al padre de Michel que los días 11 y 12 de septiembre les había correspondido, junto a su Compañía, participar en operativos de allanamiento y detención en algunos sectores del puerto, acciones que habían impresionado hondamente a Michel.

Incapaz de seguir obedeciendo estas órdenes que lo violentaban hasta las lágrimas, Michel lo convenció para presentarse ante sus superiores y confesarles su militancia política pensando ingenuamente que de esa forma los darían de baja y los enviarían de regreso a sus casas.

Por supuesto que fueron dados de baja, pero enviados de inmediato a prisión.

El ex recluta Juan Neno relató que ambos fueron interrogados y golpeados en recintos separados. Durante algunos días permanecieron incomunicados, pero cuando tuvieron oportunidad de conversar, Michel le contó que había contestado que "no dispararía contra la gente desarmada" a una pregunta formulada al respecto.

Acusados de traición a la patria y a su uniforme, ambos ex conscriptos fueron enviados al campo de detenidos de Pisagua el 15 de septiembre de 1973 donde ya se encontraban centenares de prisioneros.

El ex prisionero Víctor Carvajal, recluido en la misma celda que Michel, recuerda con amargura que al percatarse de la calidad de ex soldado del joven detenido, previno a los demás para que no alternaran con un presunto espía.

Sin embargo, en las horas de confidencias, de dolores compartidos, Michel Nash le había confesado al doctor Neumann de su condición de verdadero preso político.

—El me dijo en un momento que compartimos la misma celda que había sido detenido por haberse negado a participar en el golpe militar.

Y tuvieron que creerle.

Sus compañeros de celda fueron testigos de sus lágrimas de dolor, de su cuerpo flagelado, encogido en un rincón, de sus sollozos contenidos y de su soledad sólo aminorada en el sueño inquieto que a veces lograba conciliar.

—Tuvimos que aceptar que era tan víctima como nosotros cuando lo vimos regresar del interrogatorio en un estado calamitoso. Lo consolábamos diciéndole que no se desanimara porque esto luego iba a terminar y podría estar de nuevo junto a sus padres, contó Víctor Carvajal.

Por su parte, el profesor Haroldo Quinteros cuenta que para no enloquecer por el encierro y las torturas, los prisioneros hablaban de sus vidas.

—Así conocí al conscripto Michel Nash a quien dieron de baja porque le dijo a un oficial que no podía disparar contra su pueblo. Yo le pregunté si se había insolentado, pero me dijo que no. Y yo le creí porque era de carácter muy alegre, nada violento.

Esos primeros días de encierro, tortura, hambre y hacinamiento darían paso a otros jamás imaginados por esos hombres que creían haber llegado al límite del dolor.

El 29 de septiembre, el coronel Larraín, luego de reunir a los reclusos solicitó voluntarios para realizar algunos trabajos fuera del campo de detención.

Desechando el ofrecimiento de decenas de prisioneros, el comandante Larraín personalmente eligió a seis: Juan Calderón Villalón, Juan Jiménez Vidal ambos ex infantes de Marina, a Nolberto Cañas Cañas, Marcelo Guzmán Fuentes a Michel Nash Sáez, ex conscripto y a Luis Alberto Lizardi Lizardi.

Lo que ocurrió con ellos en las siguientes horas, se ignora hasta el día de hoy. No quedaron testigos del hecho, sólo mudos protagonistas: víctimas y victimarios.

Cuando los reclusos se enteraron de la muerte de sus compañeros, un escalofrío los recorrió y las lágrimas rodaron por las mejillas de los hombres.

—Esa noche, recuerda el doctor Alberto Neumann, el comandante Larraín nos reunió a todos y nos informó que los seis presos mencionados habían tratado de escapar y que como consecuencia de ello se les había dado muerte.

En una larga arenga, y pasando por encima del dolor y la impotencia de los prisioneros, el comandante Larraín les espetó que ya no los miraba como personas, sino que como a perros; que se había decepcionado porque seis de ellos habían intentado fugarse.

—¡Yo soy católico, señores, les dijo, los militares no somos asesinos! Ustedes saben que de aquí es imposible esca-



par. No hay salida. Por mar están los barcos, por aire vigilancia de aviones. Luego abajo, los tanques. Todo está rodeado de ametralladoras. Hubiesen visto señores. Parecía una película como ésos escapaban cuando intentaron fugarse.

La violenta arenga del oficial fue ofensiva y humillante contra los compañeros muertos.

—Vieran cómo saltaban haciéndole el quite a las balas, terminó diciendo, mientras explicaba que el detenido Nash fue el que logró llegar más lejos atribuyendo el hecho a que tenía preparación militar.

Hoy día, los ex prisioneros de Pisagua coinciden en señalar que los seis compañeros, muertos por ley de fuga, no fueron escogidos al azar.

—Esa mañana que pidieron voluntarios, recuerda un ex detenido, sacaron a unos 50 al patio del penal y otro militar comenzó a pasar lista a los hombres que estaban allí. Cada uno de ellos al escuchar su nombre debía alzar la mano. Juan Calderón Villalón y Juan Jiménez Vidal eran los últimos de la lista. Allí se detuvo el militar a pesar de que algunos no fueron nombrados. Yo recuerdo que ninguno de los dos se ofreció, pero igual fueron elegidos.

—Yo pienso que al pasar esa lista, por primera y última vez durante el tiempo que estuvimos allí, lo que pretendían era identificar físicamente a los elegidos para morir.

El doctor Neumann, corroborando lo anterior, explica que entre esos primeros ejecutados estaba Nolberto Cañas interventor de una planta pesquera de Iquique.

—Cuando vinieron a buscar a seis voluntarios llamaron a Nolberto, pero él les dijo que no podía porque estaba re-

cién operado y enfermo de la columna. En ese momento, un estudiante de apellido Prieto se ofreció para reemplazarlo, pero el oficial le respondió que tenía que ser Nolberto porque el trabajo "era para viejitos".

Explica el profesor Haroldo Quinteros que, a su juicio, este grupo fue elegido porque cada uno de ellos era representativo para los efectos de amedrentar a los distintos sectores de la población.

## LAS LAGRIMAS DE TODOS

**E**l sábado 16 de junio de 1990, día de los funerales de las víctimas de Pisagua, Iquique amaneció con sus banderas a media asta.

Sus calles silenciosas y sus habitantes que durante todo el día desfilaron por la Catedral donde se velaban los restos traslucían el duelo que vivía el puerto.

En el centro de la nave del templo religioso catorce urnas aparecían cubiertas de flores y flanqueadas por una guardia permanente de ex prisioneros del campo de detenidos de Pisagua. Muchos de ellos habían conocido a quienes hoy velaban e iban a sepultar.

Un cirio pascual en altura, que siempre permaneció encendido, aparecía como un faro unificador. De él se desprendían entrelazadas catorce cintas amarillas que unían entre sí los 14 féretros.

Coronas de flores secas y de papel, las únicas que permite el desierto, fotografías de las víctimas y objetos persona-

les ponían una extraña nota de color a la escena de por sí dramática.

Todos los familiares, habían colocado algo especial junto a los cuerpos de sus seres amados, como si con ello hubieran podido decirles que habían esperado por ellos.

Los familiares de Nicolás Cháñez le depositaron una Biblia y un terno que en vida usaba; los de Hugo Martínez lo envolvieron en una sábana blanca; a Luis Toro le colgaron un rosario; Nelson Márquez se llevó junto a él una pequeña red de pescar que le había hecho su padre; a Juan Rojas le pusieron en su féretro un autito negro de juguete y a Humberto Lizardi, una paloma de la paz, un juego de ajedrez y aquel primer diente que perdió cuando niño.

Se trataba de recuerdos familiares o de algún objeto que en vida cada uno de esos hombres había amado.

A las tres de la tarde, al iniciarse el servicio religioso, la catedral y sus alrededores desbordaba de una multitud que quería estar presente en la culminación de este largo velatorio que ya cumplía dos semanas.

La misa concelebrada por los obispos de Iquique, Enrique Troncoso; de Arica, Ramón Salas; de Calama, Juan Bautista Herrada y el administrador apostólico de Antofagasta, Ulises Aliaga alcanzó su máxima expresión en los instantes de la homilía.

“No queremos que todo este dolor sea estéril, ni conduzca a la desesperación, odio ni angustia. Al contrario, si ofrecemos y unimos nuestro dolor al de Cristo, hare-

mos que se convierta en un dolor bendito que purifica y une a la familia”.

La madre de Michel Nash oró entonces por esas familias, por la suya, por ella misma como si todos esos rezos unidos pudieran al fin traerle a su Michel y a todos los Michel que faltaban por encontrar.

Quizás ahora, todos juntos y con el país abriendo los ojos a la verdad, después de una larga pesadilla, pudieran hacer el milagro.

Eran tantos lo que exigían verdad y justicia. Parecía que se habían multiplicado por mil aquellos primeros con los que se había encontrado, cuando por primera vez llegó al Comité Pro Paz, alentada por la esperanza que por intermedio de esa institución religiosa pudiera por fin recuperar el cuerpo de su hijo.

Todo había sido infructuoso cuando, a mediados de 1974, en su incansable búsqueda, llegaba hasta la vieja casona de Santa Mónica. Allí pudo comprobar que eran muchas las familias que como la suya vivían situaciones similares.

El Comité de Cooperación para la Paz en Chile había sido formado por la Iglesia Católica, varias denominaciones Evangélicas, la Iglesia Ortodoxa y la Comunidad Judía, en octubre de 1973, explicó el abogado Alejandro González, actual secretario ejecutivo de la Vicaría de la Solidaridad.

Fue creado como una respuesta de amor al sufriente ante la enorme demanda derivada de los acontecimientos iniciados el 11 de septiembre de ese año, dice en su Ponencia

para el Encuentro Internacional 500 años del Cristianismo en América Latina.

—En esos momentos, casi todas las instancias de protección de los derechos individuales dejaron de ser eficaces: los Tribunales de Justicia eran sobrepasados por las acciones militares y por su propia abdicación de sus funciones tutelares de los derechos humanos; el Parlamento fue disuelto; todos los medios de comunicación social fueron intervenidos, igual que todos los organismos intermedios de la sociedad, tales como los sindicatos, universidades, gremios y demás organizaciones sociales de primero, segundo y tercer grado.

—En este contexto, poco a poco, desde el comienzo, las miles de personas que temían por sus vidas, por su integridad o su libertad, ya sea directamente o a través de sus familiares, se fueron acercando a las únicas instituciones que les inspiraban cierta confianza y que conservaban relativos espacios de libertad: las Iglesias.

Al igual que muchos otros familiares de víctimas de la represión, los de Michel Nash Sáez prosiguieron su búsqueda. Cientos de gestiones dejarían el testimonio de una lucha ineludible que se estrellaría contra un muro insensible.

Los cánticos religiosos y la música nortina elevándose por sobre los féretros sacó a Ana Sáez de sus recuerdos y, sumándose al gentío, lentamente siguió el paso de las urnas que sobre los hombros de ex presos políticos se dirigía hacia el exterior del templo religioso.

Ese día la población de Iquique salió a las calles para inclinarse y persignarse al paso lento del cortejo acompañado

por el pausado tañir de las campanas de las iglesias que sonaban a duelo hasta en el último rincón del puerto.

Más de dos horas demoró el cortejo en recorrer los casi tres kilómetros hasta el cementerio. En ese lugar se procedió a la despedida oficial, mientras la luz del día abandonaba lentamente el cielo iquiqueño, sin que nadie lo notara.

Los discursos finalizaron cuando la noche se había dejado caer y entre sombras, tal cual encontraron la muerte, los féretros de los que quedarían sepultados en Iquique, entraron raspando la tierra de los nichos que los acogieron esta vez por separado.

Sin embargo, aún quedaba un cuerpo por identificar, el más completo, el primero en ser rescatado y cuya fotografía que lo mostraba en todo el dramatismo de sus últimos momentos, había ya dado la vuelta al mundo.

Sólo el lunes 18 de junio fue identificado.

La visita de una delegación de parlamentarios entre ellos la diputada María Maluenda, fue el punto de partida que permitió la última identificación.

María Maluenda no pudo evitar que sus ojos se nublaran por las lágrimas y que su voz temblara, al hablar, una vez que abandonó el recinto del Instituto Médico Legal donde se encontraba el cuerpo:

—Estoy segura que es Manuel Sanhueza Mellado, dirigente de las Juventudes Comunistas de Concepción, un joven que a pesar de ser muy humilde, gracias a su gran capacidad, logró desarrollarse hasta convertirse en un hombre brillante.

—Lo conocí lleno de vida, de inteligencia, de gracia, como es la juventud de nuestro pueblo y es terrible ahora encontrarlo así y constatar que ha tenido tan trágico fin.

La voz quebrada de la parlamentaria y sus ojos inmensamente tristes traslucían el dolor de la madre por el hijo cruelmente asesinado. Porque María Maluenda no sólo lloraba la muerte del “Choño” -así lo llamaban sus amigos- sino también la de su propio hijo: José Manuel Parada Maluenda, funcionario de la Vicaría de la Solidaridad había sido asesinado en marzo de 1985.

Ella y sus hijos habían conocido al Choño hacía ya muchos años cuando militaba en las Juventudes Comunistas de Concepción.

Con José Manuel habían compartido no sólo un ideal político, sino que también una sólida amistad interrumpida en julio de 1974 con su desaparición. Jamás imaginó José Manuel que una década después tendría el mismo final de su amigo a manos de los mismos que habían decretado la muerte del Choño.

Secuestrado junto a Manuel Guerrero Ceballos dirigente de los profesores y al publicista Santiago Nattino Allende, el cuerpo de José Manuel Parada apareció en un camino cercano al aeropuerto internacional el 30 de marzo de 1985. Los tres militantes comunistas habían sido degollados.



**A** comienzos de 1973 Manuel Sanhueza Mellado llegaba a Arica, para incorporarse a los trabajos de la campaña para las elecciones parlamentarias.

En Concepción, su ciudad natal, quedaban su padre, sus cinco hermanos, su actividad de dirigente poblacional y su sobrenombre de "Choño", con el que lo conocían su familia y sus amigos.

Fue en sus actividades dentro de la Juventud Comunista donde conoció a Cecilia Rojas, una joven militante, hija del conocido ingeniero Orlando Rojas Vergara, perteneciente a ese conglomerado político desde su juventud.

Poco tiempo pololearon Cecilia y Manuel cuando decidieron contraer matrimonio. Ambos ya maduros y responsables coincidieron en que sus caminos tenían un mismo rumbo y sus objetivos en la vida, igual sentido.

Sin embargo, antes de concretarlo, Cecilia retornó a Santiago para completar sus estudios en la Universidad Téc-

nica, en tanto que Manuel finiquitaba los últimos detalles para trasladarse a residir en forma definitiva en el norte.

En marzo de 1974, Manuel y Cecilia contrajeron matrimonio y se radicaron en Arica en la que había sido la Población "Venceremos", ahora denominada "Once de Septiembre". En el sector también vivía el matrimonio formado por Nieves, hermana de Cecilia y su esposo Patricio Poblete, ambos militantes de las Juventudes Comunistas.

El 10 de julio de 1974, próximo a cumplirse un año del golpe militar, encontró a Cecilia y Manuel con un hogar ya establecido y el anuncio de que el primer hijo estaba en camino.

Pero como si de pronto se hubiera desatado un huracán, el hogar del joven matrimonio Sanhueza Rojas fue violentado ese día por un huracán personificado en militares vestidos de civil.

A empujones fueron subidos a un jeep en donde aún en medio de su espanto, Cecilia pudo percatarse de que también iban detenidos su hermana, su cuñado y la pequeña Xochitl de sólo tres meses, hija de ambos.

En ese mismo instante, en otro sector de Arica, el padre de ambas hermanas, Orlando Rojas Vergara, también era arrancado de su hogar. El resto de la familia quedaría bajo arresto domiciliario y durante 15 días permanecería encerrada en su propia casa, vigilados por efectivos militares.

Sólo las calles silenciosas y solitarias de Arica a esa hora de toque de queda, fueron testigos del paso del vehículo militar que cruzó los enormes portones del Regimiento Ranca-gua los cuales se abrieron prestos para recibir a los cautivos.

Interrogados, torturados e incomunicados en distintos lugares, por diferentes períodos, sólo volvieron a reunirse dos años más tarde cuando fue liberado el último de ellos.

Todos volvieron con sus vidas hechas trizas, con sus cuerpos y mentes flagelados y con sus futuros inciertos.

Cada uno había sufrido lo suyo. Cada uno callaba lo suyo. No era necesario contar nada. Lo que les había correspondido experimentar en esos meses de prisión se les traslucía en las miradas.

Sin embargo, no tenía importancia y ya no dolía comparado con el otro dolor que se enraizó en sus vidas: Manuel no había vuelto.

Manuel se les había perdido en uno de esos recodos que ellos habían tenido la suerte de sortear. Manuel no había regresado del infierno.

Ese 10 de julio de 1974 quedó grabado en forma indeleble en la memoria de cada uno. Aunque los días siguientes fueron tanto o más impactantes, esa fecha era el único punto de partida para buscar la huella de Manuel.

Nieves Rojas, cuñada del Choño, fue la primera en quedar en libertad. Su condición de madre amamantando a su hija de meses le mereció la rara consideración de sus captores luego de tres meses de reclusión.

En su testimonio de junio de 1990, Nieves cuenta:

“Me trasladaron junto a mi cónyuge y mi hija a dependencias del Regimiento Rancagua, dónde fuimos separados. A mi marido no lo volví a ver durante varios meses. Yo y mi hija fuimos conducidas hasta la enfermería del

regimiento. Estando en dicho lugar pude escuchar los gritos que daba mi cuñado Manuel Sanhueza desde una pieza contigua a la mía. Pensé que lo estaban torturando y me desesperé a tal punto que comencé a gritar y a golpear una pared”.

Un médico vestido de blanco ingresó a su habitación para tranquilizarla suministrándole un calmante, cuya receta aún conserva. Casi histérica le preguntó por su cuñado, ¿qué le estaban haciendo? ¿por qué lo torturaban?

“El médico dijo que no era Manuel, sino que se trataba de un enfermo. Pero yo sabía que era él. Estoy segura que se trataba de Manuel, puesto que su voz era inconfundible”.

Esa noche no pudo dormir. El llanto de la niña, los gritos de Manuel aún resonando en sus oídos, el temor por la suerte corrida por su hermana embarazada y su esposo, y su propio miedo, poblaron las largas horas de esa primera noche en prisión.

Al día siguiente muy de mañana y sin ninguna explicación fue sacada de la enfermería por un soldado fuertemente armado.

“Fui conducida a unas dependencias del regimiento que se encontraban en un alto desde donde me mostraron a mi cuñado. Y lo vi tirado en un patio, acurrucado en una frazada. Se veía muy mal”.

Los tres meses siguientes, Nieves estuvo detenida en el regimiento sin tener nuevos contactos ni noticias de su marido ni del resto de sus familiares. Finalmente, un oficial le informó que quedaba en libertad en consideración a su pequeña hija que cumplió los seis meses de edad en prisión.

Al llegar a su casa, nadie del resto de la familia sabía donde estaban detenidos su padre, su esposo, su hermana y su cuñado. Sin embargo, no le era difícil imaginar su situación. Los tres meses de confinamiento dentro del regimiento le habían mostrado muy bien la forma en que eran tratados los prisioneros.

Su esposo Patricio Poblete, también separado del resto de la familia fue sometido a un tratamiento similar al que debió sufrir Manuel Sanhueza.

“En el regimiento fui interrogado acerca de mis actividades en la juventud de mi partido y sobre la persona de mi cuñado Manuel Sanhueza, de las actividades de él y de sus cargos. Todo el tiempo fui apremiado tanto con golpes de puño y pies o con otros elementos contundentes. También fui torturado con electricidad. Esos 17 días que permanecí en el regimiento me parecieron un infierno. Parecían no terminar jamás”.

Una breve salida del recinto militar durante ese lapso a un lugar que Patricio no pudo determinar exactamente, no fue menos terrible.

“Fui trasladado por aproximadamente dos días a un lugar al interior de la región y presumo que se trataba de

un sector del altiplano puesto que el vehículo que nos transportó subía y se esforzaba ante los accidentes del camino y además porque el frío era intenso”.

Patricio Poblete recuerda que llegaron a un lugar que podría ser un poblado, una comisaría o un regimiento, y que fue encerrado en una habitación. El asegura que en una pieza contigua había otro prisionero al que también torturaban y dejaban desnudo a la intemperie bajo el intenso frío del altiplano. “Sin embargo, aunque nunca se dio la ocasión para que pudiéramos hablar porque lo teníamos prohibido, alguna referencia hicieron acerca de Manuel Sanhueza”.

De regreso al regimiento de Arica, el tratamiento continuó con interrogatorios interminables en donde siempre preguntaban nuevas cosas, tales como la existencia de un periódico en el cual Patricio Poblete no tenía ninguna participación.

“Esto provocó que Manuel Sanhueza y yo fuéramos caídos. Cuando lo vi me produjo una profunda impresión ya que se veía en muy mal estado de salud. Estaba demacrado, con los ojos hundidos y apenas caminaba. Lo hacía agachado, tomándose el costado izquierdo del vientre como si sufriera de un agudo dolor que no le permitía caminar erguido”.

Mientras los días transcurrían con lentitud terrible Cecilia Rojas, la esposa de Manuel, sentía que la vida se le escapaba junto a ese hijo que se le iba entre dolores y apremios porque ya no podría nacer.

El 27 de julio, Patricio Poblete no sólo volvió a ver a Manuel, sino que también a su suegro Orlando Rojas, cuando en un jeep fueron trasladados a Pisagua, bajo la vigilancia de un pelotón comandado por un oficial de Ejército.

El tremendo cansancio, el cuerpo llevado a su extrema debilidad y lo avanzado de la hora lo sumieron en un sueño profundo en el que no sintió ni el frío de la noche, ni ruidos, ni la dureza de la tierra.

“Como a las nueve de la mañana del 28 de julio fui despertado violentamente cuando llegó un pelotón a buscarnos para conducirnos al campo de prisioneros de Pisagua distante un par de kilómetros de allí.

Al partir, como faltaba Manuel, mi suegro y yo se lo hicimos saber al oficial. Este fue al interior de la comisaría a buscarlo. Sin embargo, cuando volvió, su rostro era otro, se veía demudado, molesto y en un estilo muy militar nos dijo que a él sólo le entregaban dos prisioneros. Firmó el libro y nos marchamos”.

De allí, tanto Patricio Poblete como su suegro, no supieron más de Manuel. En el campo de prisioneros de Pisagua en donde permanecieron incomunicados por más de un mes y medio perdieron su rastro y sólo pudieron preguntar por él cuando el fiscal de Arica, Hernán Fuenzalida Vicar, se constituyó en el campo.

“El fiscal nos dijo que nada sabía de Manuel y que de hecho, él nunca había ordenado nuestro traslado hasta

Pisagua como se nos había informado y que nunca había tenido conocimiento de nuestra incomunicación hasta que nos encontró en aquella cárcel de Pisagua”.

En la segunda semana de octubre ambos detenidos fueron trasladados a Arica nuevamente y encerrados en dependencias del campo de prisioneros de guerra de esa ciudad, de donde fueron sacados a los pocos días y llevados a la Fiscalía Militar.

Allí, por fin volvieron a encontrarse.

Sin embargo, este breve asomo de felicidad, sólo duró algunos instantes. Su presencia en ese lugar, les explicó un uniformado tenía una razón muy puntual.

“Allí, en una sala y sin explicaciones previas un funcionario nos leyó un telegrama que decía algo así como que “Manuel Sanhueza Mellado había fallecido en un accidente de pesca junto a otros dos reos comunes, salvando con vida sólo el gendarme que los custodiaba en la embarcación en que navegaban”.

Según este telegrama, el accidente habría ocurrido con fecha 2 de octubre de 1974, se informaba además que el cuerpo de Manuel Sanhueza no había podido ser rescatado.

Cecilia sintió que ya no le quedaba vida por vivir. Su compañero estaba muerto, y había perdido a su hijo a punta de golpes y torturas.

La historia del telegrama era absolutamente inverosímil y luego de salir de prisión, meses más tarde se dedicaron sin descanso a buscar a Manuel.



Pero todo fue en vano. No sólo no supieron nada más de él, sino que tampoco su esposa recibió jamás un certificado, un papel cualquiera que acreditara su muerte.

Cuando el cuerpo de Manuel Sanhueza fue encontrado en la fosa de Pisagua en junio de 1990, sólo pudo concluirse que fue el último quizás de los fusilados de Pisagua. O quizás que esa sepultura se abrió por última vez para recibir su cadáver acribillado a balazos.

Al día siguiente de ser identificado, el Arzobispo de Santiago, Monseñor Carlos Oviedo hacía un llamado para orar por quienes “más han sufrido en los últimos años”.

Ese mismo día se realizaban los funerales de otras dos víctimas cuyos restos habían sido encontrados en Colina en marzo de 1990, cerca de Santiago.

Se trataba de dos “presuntos” detenidos desaparecidos el parlamentario Vicente Atencio y el constructor civil Eduardo Canteros, ambos comunistas detenidos por la DI-NA (Dirección de Inteligencia Nacional) en 1976.

Ese mes de junio de 1990 Chile parecía haberse convertido en una enorme fosa clandestina desde cuyas profundidades las víctimas de la represión del gobierno militar clamaban verdad y justicia.

Monseñor Carlos Oviedo, interpretando el sentir de todo un pueblo llamaba a los fieles cristianos y a las personas de buena voluntad a orar por los chilenos, por la patria y por la reconciliación en la verdad.

“Hoy en Santiago, nosotros no queremos ser los Pilatos de la historia. Los detenidos desaparecidos, las víctimas

del terrorismo -civiles y uniformados- y la violación de los derechos humanos, los agravios y las ofensas que nos hemos inferido, tocan a todos los chilenos. Nadie se puede lavar simplemente las manos si queremos caminar en paz hacia el futuro. Que cada uno ore por sí mismo y por sus hermanos, por los que murieron y los que mataron, por los que hablaron y los que callaron...”.

## LAS VICTIMAS DE PISAGUA

**E**n la fosa fueron encontrados los cuerpos de siete detenidos desaparecidos, de doce ejecutados y restos pertenecientes a dos o tres personas que no han podido ser identificados, probablemente por haber sido dinamitados.

### Detenidos desaparecidos

Orlando Cabello Cabello; Nicolás Cháñez Cháñez; Juan Mamani García; Luis Manríquez Wilden; Hugo Martínez Guillén; Juan Rojas Osega; Manuel Sanhueza Mellado.

### Ejecutados

Julio Cabezas Gacitúa; Juan Calderón Villalón; José Córdova Croxatto; Marcelo Guzmán Fuentes; Humberto Lizardi Flores; Luis Alberto Lizardi Lizardi, Nelson Márquez Agosto; Mario Morris Barrios; Germán Palominos Lamas; Luis Toro Castillo; Juan Valencia Hinojosa; Alberto Yáñez Carvajal.

Hasta la fecha no se han encontrado los cuerpos de siete personas cuyas muertes fueron reconocidas por la autoridad de Pisagua: Nolberto Cañas Cañas, Michel Nash Sáez,

Juan Jiménez Vidal, Juan Antonio Ruz Díaz, Freddy Taberna Gallegos, José Sampson Ocaranza, Rodolfo Fuenzalida Fernández.

**CHIHUIO**

*"Yo no lo quiero árbol"*

**E**l 25 de junio de 1990 la Iglesia Católica elevaba su voz para denunciar un nuevo atentado a la vida, ocurrido esta vez en el sur del país, al interior de Valdivia.

Nombres como Chihuío, Chabranco, Curriñe y Llifén emergían desde el seno mismo de la cordillera de Los Andes para revelar historias donde la pobreza, la muerte y la injusticia conformaban un solo drama.

Dieciocho campesinos habían pagado con sus vidas el haber sido "enemigos" involuntarios del poder del momento.

Sus huesos que quedaron perdidos en la cordillera sin una cruz al viento y sus casos que fueron irrelevantes, ahora renacían para denunciar lo suyo.

—¡Quienes han muerto son personas y no perros, y porque son personas necesitan una sepultura digna...!

Las palabras del Obispo de Valdivia, Monseñor Alejandro Jiménez, denunciando el hecho acaecido diecisiete años atrás reclamaban la atención del país.

—Aquí hay un grupo de familiares que han sufrido y debido afrontar la ausencia de los cuerpos de sus deudos y ahora quieren recuperar lo que quede de ellos. La Iglesia quiere limpiar esta herida abierta para que cicatrice y sane el alma de Chile.

De esta forma, el prelado daba a conocer una querrela criminal interpuesta el 25 de junio de 1990 por el Obispado de Valdivia a través de la Pastoral de Derechos Humanos, con la colaboración de la Vicaría de la Solidaridad en contra de quienes resultaran culpables de un entierro ilegal y de un posterior desentierro, también clandestino, de un grupo de dieciocho personas.

Los hechos ocurridos en octubre de 1973 en la localidad de Chihuío, comuna de Futrono y provincia de Valdivia jamás fueron puestos en conocimiento del país.

## SOLO UN POCO DE MIEDO

Aún estaba clarito en la montaña cuando Orlando comenzó a descender hacia el caserío de Chabranco.

Entre profundas quebradas, cerros y una densa vegetación que le obligaba a cambiar constantemente de curso, rehizo el camino de la mañana, el mismo que recorría todos los meses hasta el fundo de Angel Hernández.

Allí trabajaba la María, su hermana menor a la que mensualmente le llevaba algunos pesos de los que lograba reunir "madereando" en el Complejo Maderero Panguipulli.

Debían ser como las seis de la tarde calculó mirando hacia la cumbre de la cordillera iluminada por el sol de octubre que ya estaba pegando firme. Desde la altura alcanzó a divisar la techumbre de la casa patronal del fundo de Américo González y el vapor que despedían las aguas calientes de las termas de Chihuío. El canto de los pájaros, el ruido del viento entre los árboles y, muy a lo lejos, las aguas del estero Chin Chin precipitándose montaña abajo, eran los únicos sonidos que no alcanzaban a opacar su silbido.



De pronto, como salido de la nada, un grupo de soldados apuntándolo con sus armas se interpuso en su paso.

—¡Arriba las manos...! no te movai de ahí o te volamos la cabeza...!

Orlando quedó quieto, sin saber en un comienzo si aquello era verdad o un mal sueño... ¿qué andaban haciendo los milicos por ahí...?

—¡Acércate cabrito... despacio... sin bajar las manos... ¿cómo te llamai...?

—¡Orlando, patrón...! ¡Orlando Garnica, patrón...!

—¿Qué andái haciendo por aquí...?

—¡Vengo de allá arriba, del fundo de Angel Hernández, le fui a dejar una plata a mi hermana que trabaja ahí...!

—¿Y de dónde soi...?

—¡De Chabranco, patrón, yo trabajo ahí, en la madera...!

—¿Cuántos años tenís...?

—¡Dieciséis recién cumplidos, patrón...!

—¿Y conocís bien la zona aquí... a la gente de por aquí... hay más casas...?

—¡Claro, patrón, conozco todo lo de por aquí...!

Orlando algo había escuchado de un golpe militar y de que el Presidente había muerto y que ahora mandaban los militares, pero ahí en Chabranco, dónde él vivía, las cosas habían seguido iguales no más. Para aquella gente "el golpe" era una guerra extraña que nadie parecía entender, una guerra que se peleaba en la distancia y sin saber exactamente por qué. Sin radio, sin luz ¿a quién le podía importar lo que pasara por allá por la capital?

—¡Nos vai a mostrar los caminos, pa'dónde van y todas las casas que hay por aquí... andando!

Respetuoso y servicial, el muchacho hizo cuanto le indicaron y entregó toda la información pedida sin ver en ello nada anormal. Sólo cuando presenció la violencia con que trataban a la gente y allanaban las pobres viviendas pensó que algo no andaba bien.

¿Pero qué podría haber pasado...? ¿qué buscaban los milicos tan lejos de Valdivia...? ¿y por qué se comportaban así con la gente, rompiéndole sus pocas cosas...?

Pese a su simpleza y a su condición de semi analfabeto, Orlando concluyó que eso tenía que ver con el golpe militar ocurrido casi un mes atrás y sólo atinó a obedecer las órdenes sin preguntar nada.

—¡Ahora te vai a venir con nosotros a las termas porque después vamos a ir para otro lado!

De noche llegaron de regreso al fundo de Américo González. El burbujeo de las aguas hirvientes en su descenso desde las entrañas de los montes parecía agigantarse en esa noche fría iluminada por la luz de la luna.

El cansancio de Orlando, sus deseos de dormir y comer algo luego de esa jornada, desaparecieron abruptamente cuando de un empujón lo introdujeron a una estrecha vivienda ocupada ya por otros hombres.

Dieciocho pares de ojos enormes y asustados se prendieron de él en una sola pregunta.

Orlando los miró sin dar crédito a lo que veía. Allí estaba don Segundo Pedreros, don Daniel Méndez, don Orlando Barriga, don Sebastián Mora, el Eliecer Freire, su amigo Car-

litos Salinas, el Fernando y muchos otros amarrados, golpeados y presas del miedo ante lo inexplicable.

Dieciocho hombres contó Orlando, de los cuales él conocía perfectamente a catorce porque eran del Complejo Maderero. El no identificaba a los restantes cuatro.

Los miró sin acabar de comprender la tenebrosa situación. Los había visto recién en la mañana, allá abajo, trabajando desde temprano en la faena como lo hacían todos los días.

Sus ropas manchadas de sangre seca, los rostros demacrados y los cuerpos tirados de cualquier forma en el suelo mostraban a las claras que había pasado algo terrible.

A unos cuantos metros de distancia, el muchacho los miró detenidamente tratando de retener sus nombres, memorizándolos, grabándose cada detalle de esa escena que no lograba entender.

Luego, sin alcanzar a cruzar ni una palabra, ni a recibir una seña, el grupo de soldados lo obligó a guiarlos hasta el fundo de los Oporto ubicado muy cerca de la frontera con Argentina.

Alrededor de las cuatro de la mañana regresaron a la casa de las Termas y nuevamente fue encerrado en el mismo cuarto. Los dieciocho detenidos ya no estaban.

Escudriñó en la oscuridad hasta donde su vista alcanzaba, prestó atención a todos los ruidos nocturnos tratando de oír voces, quejidos, toses, algo que le indicara la presencia de sus conocidos. El sueño lo venció a pesar de su miedo.

Al día siguiente fue dejado en libertad, aunque los militares le prohibieron terminantemente dirigirse a Chabranco.

Le ordenaron regresar a la casa de su hermana insistiéndole en que no bajara de allí por lo menos en una semana. Sin embargo, olvidado el susto, después de tres días Orlando decidió regresar a su hogar.

El cantar de las aguas del río Chin Chin una vez más lo atrajo con fuerzas y se dejó llevar por los deseos de pescar.

Agachándose se adentró por la espesura y con un palo comenzó a buscar lombrices en esa tierra húmeda que olía a tierra y vegetación pura.

De pronto, al mirar entre las ramas, algo lo dejó paralizado.

Sintió que los cabellos se le erizaban y que el corazón se le subía por la garganta en una náusea terrible.

A unos cuantos metros de donde él escarbaba, un montón de cuerpos humanos, desnudos, de bruces o de cara al cielo, se distinguían claramente entre la vegetación.

Sobrecogido por el espectáculo y el terror, Orlando se quedó allí largo rato, silencioso, intentando sobreponerse a las náuseas que sacudían su cuerpo.

Recuperada en parte la calma, permaneció todavía largo rato ocultándose entre las ramas, atento a los ruidos del lugar. El recuerdo de la patrulla militar apareciendo de improviso tres días antes, lo hizo ponerse más cauteloso.

Una vez que comprobó la soledad absoluta en que estaban los cadáveres, lentamente se aproximó a los despojos cubriéndose nariz y boca. Con espanto reconoció allí a sus amigos. Los contó uno por uno... catorce y también aquellos otros cuatro hombres que él no conocía... en total dieciocho

cadáveres, los mismos dieciocho hombres con los cuales había compartido algunos minutos de prisión tres días atrás.

Allí estaba Daniel Méndez y le faltaban los dos brazos. Y Rubén Vargas. Le habían cortado las orejas. Y Rubén Durán, con la mitad de su cara cortada en pedazos. Y Juan González con una puñalada en el pecho y un balazo atravesando sus dos pulmones. Y Segundo Pedreros con un brazo menos. Y Orlando Barriga con sus dos manos cortadas. Y Rosendo Rebolledo, con una pierna menos... y...

Uno a uno fue reconociendo al resto: Carlos Acuña; José Cortés, Sebastián Mora y su hijo Fernando de la misma edad que él; Manuel Sepúlveda; Eliecer Freire y Carlitos Salinas, su amigo... todos horriblemente mutilados, junto a aquellos otros cuatro hombres que él no conocía.

En su inocencia Orlando sólo atinaba a preguntarse qué cosa tan grave pudieron haber hecho aquellos hombres que él conocía como buenos y trabajadores, para merecer tan horrible muerte.

Durante largo tiempo los observó, pasmado, confundido, olvidado ya de toda precaución hasta que un ruido a lo lejos lo sobresaltó. Como volviendo de un sueño miró por última vez el lugar y se alejó, perdiéndose entre las quebradas, sin mirar atrás, sin detenerse hasta llegar esa tarde a Chabranco.

Allí se enteró que el mismo día en que él subió a ver a su hermana cuando fue detenido y encerrado junto a los dieciocho que ahora "eran muertos", una patrulla militar había recorrido todo el valle deteniendo a varios campesinos.

Orlando pudo explicarse por qué se encontraban dramáticamente reunidos gentes de Futrono, de Llifén, de Curriñe, de Arquihue y del mismo Chabranco, localidades cercanas pero que estaba separadas por caminos intransitables por la lluvia caída en los primeros días de octubre.

La intención primera de Orlando Garnica de contar lo visto y vivido, no llegó a concretarse. Todos sus buenos propósitos de lograr cristiana sepultura para sus amigos desaparecieron ante el terror que lo dominó.

La presencia de militares patrullando la zona, el miedo de los habitantes de Chabranco al recordar la detención de los campesinos, el allanamiento de sus viviendas, y el no saber nada de ellos hasta ese momento, lo obligaron a callar y a negar todo ante cualquier pregunta: él, ese día no había visto nada.

Durante varios días, Orlando fue angustiado testigo del dolor e incertidumbre de cada hogar donde faltaba un hombre. El terror lo obligó a borrarse de la mente lo sucedido, como si todo no hubiera sido más que una pesadilla. Durante una semana soñó, noche a noche con esos cuerpos masacrados. No los podía olvidar. Pero de sus labios no salió ni una sola palabra.

El domingo siguiente, no pudiendo resistir más, muy temprano enfiló sus pasos hacia los montes. Iba a pescar, dijo. Entre sus manos, una rudimentaria caña y un tarro para las lombrices avalaron sus palabras.

El mismo no sabía qué fuerza lo atraía hacia allá. Una fuerza que era capaz de sobreponerlo al terror que lo dominaba y que lo había obligado a callar. Sabía que tenía que vol-

ver al lugar, sabía que de una vez por todas tenía que conven-  
cerse que todo lo vivido siete días antes no era sino un sueño  
terrible.

Casi sin proponérselo, sus pasos lo encaminaron por la  
misma senda recorrida una semana atrás. Nada perturbaba,  
como siempre, la paz de los montes.

Al cabo de algunas horas y tomando todas las precau-  
ciones, que la experiencia anterior le había dejado, llegó al  
mismo sitio donde había visto los cuerpos. Pero ya no esta-  
ban allí.

Su curiosidad pudo entonces más que cualquier pruden-  
cia y temor y con un palo comenzó a escarbar el terreno res-  
blandecido que se veía removido en una amplia extensión.

De pronto, como si desde el fondo de la tierra surgiera  
la muerte, un trozo de cuerpo humano, blanco y tumefacto  
quedó al descubierto.

Orlando soltó su improvisada herramienta como si le  
quemara las manos y se quedó quieto, sin saber qué hacer.  
Pero ya no podía detenerse y continuó su macabra tarea que  
ignoraba hasta donde podía llevarlo.

Evitando tocar los restos, los desenterró por completo  
hasta comprobar que se trataba de un brazo humano, sin ma-  
no. Luego, como posesionado por una urgencia sin límites  
escarbó y escarbó. Allí estaban los cuerpos de sus amigos  
apenas cubiertos por la tierra y más allá, toda la ropa confun-  
dida en un solo atado.

Era verdad. Toda esa pesadilla vivida días atrás era una  
realidad indesmentible y ahí estaba él como único testigo.  
Como para esconder un secreto que jamás debió haber sido

develado, el muchacho procedió a cubrir con mucha tierra su hallazgo y se alejó del lugar sobrecogido y confundido en su temor.

Durante varios días las dudas no lo dejaron ni a sol ni a sombra. Una y otra vez, la angustia y los ojos llorosos de las mujeres de su poblado se le cruzaban, empujándolo a hablar.

Una y otra vez, los cuerpos ferozmente mutilados de los hombres se le aparecían, obligándolo a enmudecer.



## UNA MOCOSA DE MIERDA

**A**unque cueste creerlo, durante diecisiete años, Noelia y sus hermanos esperaron con enorme fe y esperanza el regreso del padre.

Nada los convenció de que pudiera estar muerto.

Ni la búsqueda infructuosa, ni los rumores, ni las negativas, ni la verdad despiadada, ni algunas evidencias, debilitaron esa fe casi mágica de los niños, que les hace sentir que mientras crean en algo, ese algo se hace verdadero.

Para esos ocho huérfanos pobres y abandonados, el papá estaba vivo en alguna isla, en algún país, en alguna prisión y un día iba a regresar.

Lo esperaron alegres, muy lavados cuando supieron que algunos presos habían salido en libertad. Luego cuando los exiliados comenzaron a regresar tuvieron la esperanza de verlo aparecer. Y se lo imaginaban más viejito y hacían apuestas de quien lo iba a reconocer primero. Pero pasaron los años y Segundo Pedreros no retornó.

Sus hijos crecieron. Se hicieron adultos en medio de una pobreza y un abandono tal, que sólo la esperanza en el regreso del padre les permitió superar.

Unos a otros se apoyaron, y cuidaron de los más pequeños. Se protegieron y llegaron a conformar sus respectivas familias siempre imaginando en que algún día tendrían que dar cuenta a su padre de lo que habían hecho con sus vidas durante su larga ausencia.

Hoy, si Segundo Pedreros regresara, se sentiría orgulloso de sus hijos que, aunque pobres, campesinos y casi analfabetos, llegaron a convertirse en "hombres y mujeres de bien".

Pero tendría que saber que no les fue fácil lograrlo. Todo lo contrarió. La vida pareció ensañarse con ellos a partir del día mismo en que la fatalidad, casi ancestral de los campesinos, vestida de uniforme verde oliva esta vez, llegó a sumarse a la miseria y a la explotación de décadas.

Al dolor infinito de haber visto al padre, hacía ya mucho tiempo, golpeado y tratado peor que un animal, se sumaron años de hambre y humillaciones, de llantos sin consuelo, de enfermedades sin tratar, de pies descalzos, de navidades tristes jugando a ser familia, de niños aprendiendo a ser papás y mamás.

La voz clara y entera de Noelia Pedreros se ahoga por un instante. Para esconder ese segundo de flaqueza, se levanta y hurguea en la cocina para atizar el fuego de leña olorosa a bosque que impregna su pequeño comedor cocina, en su hogar de Futrono.

Prematuramente endurecida a los 26 años, sin embargo, Noelia es una joven que cautiva por su inteligencia casi sil-

vestre. Profundamente precisa en sus juicios, medida en sus conclusiones, intuitiva, realista y muy segura de sí misma.

Pero hay algo de duelo aún no concluido en sus ojos. Algo de tempestad no desatada en sus palabras; de infancia y juventud nunca vividas en sus gestos. No obstante, algo existe en ella que obliga a admirarla y preguntarse ¿cómo es posible que sobrevivan seres como Noelia, que son lo que son, a pesar de sus vidas...?

Contaba sólo diez años y una infancia normal de niña campesina creciendo a pura naturaleza, cuando la vida se le partió en dos.

Ese día 9 de octubre de 1973, el valle amaneció esplendoroso.

El sol volvía a brillar después de varios días lluviosos que habían empantanado los estrechos senderos que unían los caseríos donde habitaban los trabajadores del Complejo Maderero Panguipulli, expropiado tiempo atrás por la CO-RA (Corporación de Reforma Agraria).

La gente de Chabranco, Arquihue, Folilco y Curriñe, caseríos surgidos en el valle rodeados de bosques y de cerros, aprovecharon para secar sus húmedas viviendas, respirar a pleno pulmón y reanudar los quehaceres propios de la tierra.

La menuda pero numerosa familia de Segundo Pedreros, habitantes de Curriñe, ya había terminado su almuerzo a eso de las tres de la tarde.

La muerte de la madre algunos años atrás había obligado a Luisa, de dieciseis años, a hacerse cargo no sólo de sus seis hermanos, sino que también de sus dos pequeños sobri-

nos de siete meses y un año y medio, hijos de la hermana mayor también fallecida.

Para esos ocho niños, Segundo Pedreros, antiguo trabajador del Complejo maderero y ahora jefe de predio, era padre y madre.

Instalados en Curriñe, los niños pudieron asistir a una escuela y tener su casa y sus terrenos con una pequeña huerta familiar además de algunos animales.

Terminada su faena diaria don Segundo corría a su hogar para compartir con sus hijos y nietos. A tranco largo llegaba a casa, llamándolos por sus nombres o silbándoles para anunciarles su proximidad. Noelia, uno de los menores, se le prendía a los brazos en busca de ese calor materno de que carecía.

Fue por eso que ese día corrió hasta la oficina de la Administración a esconderse entre sus piernas para evitar el castigo de Luisa, por dejar escurrirse estero abajo una prenda de ropa.

Encaramada en un piso, desde la ventana de la oficina divisó a lo lejos una serie de vehículos verdeoscuro que trabajosamente ascendían por el camino.

Junto con la llegada del convoy militar entre órdenes, gritos y carreras, llegó también el fin de una tarde tranquila a Curriñe. Rápidamente grupos de soldados allanaron una a una las viviendas, mientras ordenaban a todos los hombres reunirse en un lugar.

Como una tromba ingresaron a la Administración pateando la puerta y gritando. Noelia sólo atinó a correr a refugiarse en su padre.

Pero esta vez no lo logró.

De un solo golpe uno de los militares la contuvo al tiempo que le gritaba fuera de sí "¡ándate pa'tu casa mocosa de mierda...!".

Segundo Pedreròs, olvidando toda precaución, con los brazos aún en alto saltó en defensa de su pequeña.

Un golpe de fusil en la cabeza lo arrojó al suelo. Allí quedó mientras su sangre manchaba el aserrín del piso.

El terror puso alas en los pies de Noelia que huyó buscando la seguridad de su hogar.

Mientras ascendía la pequeña loma en que estaba enclavada su casa, jadeando entre lágrimas y sollozos, gritó el nombre de su hermana una y mil veces hasta enronquecer. Ella sabía que estaba en el estero aún lavando la ropa y hacia allá corrió en su desesperación. Pero su carrera y su grito quedaron congelados.

Allí estaba Luisa, pero con los brazos en alto y rodeada de militares que le apuntaban con sus armas mientras la ropa recién lavada se la llevaba el estero.

Ambas hermanas, junto con el resto de los niños fueron encerrados en una pieza de la casa, mientras los uniformados se daban a la tarea de registrar y destruir cuanto cosa encontraban.

—¡Las armas, mierda, las armas... ¿dónde están las armas...?!

—Me preguntaban a mí por las armas, —recuerda Noelia— y yo que ni siquiera sabía lo que era un arma les decía "¿y qu'e eso...?"... "¡De estas que ando trayendo yo en la mano, mierda, ¿dónde están...?"

—Ahí vine a saber que las cosas que ellos pedían y que las llamaban armas, eran ésas... ¿cómo iba a saber si yo no había salido nunca del pueblo?

Mientras esta violencia azotaba cada una de las viviendas de Curriñe, los hombres fueron concentrados cerca de la administración. Un oficial, lista en mano, chequeaba sus nombres.

Manos arriba contra el cerco, rodeados por armas amenazantes y golpeados, los campesinos se fueron identificando a medida que escuchaban sus nombres, para luego ser introducidos a patadas dentro de los camiones.

En la cabina de uno de ellos, Américo González, propietario del fundo Chihuío, semiescondido, observaba la escena. El largo viaje desde Futrono, unos 50 kilómetros abajo se había prolongado ya por más de cinco horas. Y una vez más era testigo de hechos repetidos en otros poblados del valle.

Todo había comenzado a desencadenarse esa misma mañana en Futrono.

## CUANDO SE DESATO EL DEMONIO

**A** unos 200 kilómetros al sureste de Valdivia, entre praderas y verdes lomajes a orillas del lago Ranco está Futrono. Sus habitantes jamás se imaginaron que un día de octubre serían despertados por las iras del infierno.

Como si sólo hubieran estado aguardando que saliera el sol, un centenar de militares provenientes de Valdivia, irrumpió esa mañana del 9 de octubre transformándolo en un pueblo sitiado.

Tras las ventanas de sus casas, los perplejos habitantes observaron el paso de los jeeps y camiones del convoy militar y el despliegue de las tropas que rápidamente tomaron el control copando las calles.

Nada escapó a la inspección y el allanamiento. Tiendas, restaurantes, casas particulares, colegios e incluso la iglesia, fueron violentados en busca de armas y terroristas escondidos. El sacerdote francés Jaime Fournier fue expulsado sin miramientos de su parroquia.

Oficiales, conscriptos y hasta un capellán que fusil en mano detuvo a varias personas, actuaron con tal violencia e irracionalidad que los habitantes de Futrono pensaron que ese día a los milicos se "les había desatado el diablo dentro del cuerpo".

Mientras parte de la tropa chequeaba e identificaba a los habitantes de Futrono, especialmente a los hombres, otro grupo recorría distintas casas en busca de un lugareño que conociera la zona para guiarlos por el sector cordillerano.

Fue en la hostería "El rincón árabe" en donde el nombre de Américo González surgió por primera vez.

Américo, dijeron allí, era un conocedor de toda esa región. Su familia poseía un fundo en la localidad de Chihuahú, lugar muy conocido por la existencia de unos baños termales del mismo nombre.

No fue difícil ubicar a Américo González en casa de su madre y conseguir su cooperación.

Conocido propietario de grandes extensiones de tierra, permanentemente había manifestado en forma pública su rechazo a la Ley de Reforma Agraria que en la década del 1960 había expropiado algunos latifundios de la zona. Por tal camino se había llegado a configurar el llamado Complejo Forestal Panguipulli conformado por veinte fundos que abarcaban una extensión de bosques de más de 260 mil hectáreas. En el complejo laboraban unos 600 campesinos.

Uno de los fundos expropiados fue Chihuahú, cuyo propietario había sido precisamente Américo González Torres.

Pasadas las nueve de la mañana, el convoy militar salió de Futrono dispuesto a recorrer todo ese sector cordillerano,



con propósitos que hasta ese instante nadie podía imaginarse.

El convoy, además de los uniformados, incluía a un civil que cumplía el papel de guía y a dos detenidos: los trabajadores Ricardo Ruiz Rodríguez y Narciso García Cancino. Estos habían sido detenidos un par de días atrás por carabineros en sus hogares en Arquihue. No había cargos en su contra pero igual fueron entregados a los militares.

Entre saltos y empantanamientos en el barro los militares arribaron a media mañana a la localidad de Llifén.

Allí, las tropas procedieron a sacar de las celdas del cuartel local a cuatro hombres que Carabineros mantenía recluidos desde hacía algunos días sin que tampoco se conocieran cargos específicos en su contra.

De esta manera, a los dos primeros detenidos se sumaron ahora Rosendo Rebolledo Méndez, Manuel Sepúlveda Rebolledo, Juan Walter González Delgado y José Cortés Díaz, también trabajadores del Complejo maderero.

A las tres de la tarde del mismo día, el convoy militar arribaba a Curriñe. Sin embargo, el tipo de acción que desarrollaron los uniformados fue distinto en ese pequeño y apacible caserío que sin Retén de Carabineros, nada sabía de detenidos, toque de queda, persecuciones ni allanamientos.

Sorprendidos en plena faena, los hombres de Curriñe fueron obligados, a punta de culatazos, a agruparse contra un cerco mientras un oficial leía en voz alta algunos nombres de una lista.

Cargados de una violencia y un rencor inexplicables, los militares no tuvieron contemplaciones para con los habitan-

tes de Curriñe que no alcanzaban a entender lo que estaba pasando. Entre ellos estaba Noelia Pedreros de diez años entonces que con los ojos llenos de espanto había seguido de cerca la terrible escena.

Aunque entre esos hombres heridos y sangrantes estaba su padre, la niña se había contenido para no gritar su nombre ni correr hacia él como lo había hecho en un primer momento. Algo en su alma infantil le dijo que esta vez no podría hacerlo.

La imagen de los militares golpeando a su padre por defenderla o la de su hermana rodeada por uniformados, amenazantes la acallaron de golpe y le grabaron para siempre el doloroso recuerdo.

Hoy, 17 años después, Noelia vuelve a revivir intensamente cada detalle como si el paso del tiempo le ayudara a cincelar esas imágenes fugaces.

—Ese día... ese día, fue un día nuevo lleno de sol después de llover hartazo... Nos acordamos porque ¿no ve que quedamos solos pa'siempre...? Nos quedamos solos en el mundo se puede decir, sin nadie que nos apoyara, sin nadie que nos cuidara y nos quisiera.

Por algunos segundos calla y baja la vista pero luego mira de frente, fijo, prendida su memoria en algo que todavía duele.

—De una lista que tenían ellos, los fueron nombrando. Pero habían algunos no más que estaban y otros que no. A mi papá le preguntaron “¿dónde están?”. Entonces mi papá les dijo, cuando le preguntaron por un González, que no se había presentado a trabajar.

—¡Y tú... ¿cómo te llamai...?, le preguntaron a mi papá.

—¡Yo me llamo Segundo Pedreros...!

—¡Ya, tú pa'bajo!, le dijo y lo ticoó en la lista que andaba trayendo el militar. Enseguida se los llevaron a los camiones.

—De ahí, esperaron un buen rato que juntaran a todos los que faltaban y que fueron a buscar más arriba a un banco maderero de Fofilco. Cuando llegaron con ellos, también venía el Freire y como andaba sin carné, le preguntaron al Américo González que estaba sentado en un jeep si ése era el Freire. El dijo "sí, ése es". Y siempre le iban a preguntar al Américo si ese era tal o cual. Pero él nunca se bajó del jeep.

—Después que los tuvieron a todos juntos los llevaron a los camiones. Llegaban y los empujaban no más. Algunos alcanzaban arriba, los que eran más jóvenes, más ágiles, pero a los otros los subían y empujaban a punta de palos no más.

—De ahí, no lo volvimos a ver nunca más...

Noelia recuerda con claridad que allí estaban don Daniel Méndez, don Carlos Acuña, don Orlando Barriga, don Rubén Vargas, el Eliecer Freire, el Carlos Salinas, don Nefalí Durán... allí estaban...

Uno por uno los fue reconociendo a todos. Eran los padres de sus amigos a quienes conocía, como si se tratara del propio. No en vano los veía diariamente apegados a una pala, curvados sobre las siembras o con su hacha al hombro camino de la faena diaria.

De súbito, recuerda, su corazón dio un brinco y casi se le escapó un grito. Allí, al final de la hilera estaba el Lucho, su hermano grande que recién cumplidos los diecisiete años parecía más niño aún en su palidez y en su temor.

Pese al terror y sin saber cómo, fue acercándose paso a paso hasta su hermano mayor y lo llamó quedo pero con desesperación:

—¡Lucho... Lucho..., no te quedé ahí, no te quedé ahí por favor...!

Pero el muchacho demasiado asustado, sólo atinó a mirar de reojo a su hermana. Toda su atención estaba en esa lista leída por el oficial que condenaba a los elegidos a nuevos golpes y a ser arrojados dentro de un camión donde ya se apiñaban varios cuerpos.

Entre esos cuerpos consiguió divisar al de su padre que herido en la cabeza y empapada en sangre su camisa, se entreveía tras las lonas del camión.

Sintió que la ira subía por su pecho en oleadas de dolor y miedo. Pero una fuerza incontenible le impedía moverse y salir en defensa de su viejo. Bajó los ojos para esconder sus lágrimas de impotencia. Entonces vio que su hermana pequeña aferrada a sus piernas, lo tironeaba con fuerzas.

—¡Vámolo, Lucho... vámolo...!

Ya sin pensar, sin mirar, el joven se dejó arrastrar por Noelia que agarrada a su mano lo hizo correr agazapado entre las ruma de madera cortada y los arbustos que se abrieron cómplices para ocultar la huida de los dos niños.

No se detuvieron hasta llegar a casa. Allí recién Noelia dio rienda suelta a su espanto abrazada a su hermano que tan asustado como ella, se asomaba a hurtadillas a la ventana para cerciorarse de que nadie lo venía a buscar.

Desde allí, como disimulándose en el paisaje, ambos hermanos pudieron seguir segundo a segundo las dramáticas escenas que se desarrollaban cerca de la administración.

Mientras las mujeres lloraban y suplicaban por sus hombres, los niños del poblado, con ojos enormes, miraban sin comprender lo que estaba ocurriendo.

Y fue ese mismo terror a lo desconocido y las preguntas sin respuesta que se formularon, lo que terminó por grabar para siempre aquellas escenas en las conciencias infantiles.

Así las revive Luis Méndez que a los nueve años presenció la detención de su padre Daniel Méndez, a quien ese día vio por última vez.

Convertido hoy en un hombre afable y cálido, regresó después de mucho tiempo a Curriñe. Al recorrer ese valle que un día se enlutó de golpe, se le vinieron encima aquellos recuerdos agarrotados con dolor en el fondo de su alma.

—Eran como las tres cuando llegaron los militares. Yo justo estaba por aquí, porque vine a comprar algo cuando veo que viene una caravana de milicos. Entonces, como cabrito chico que era, corrí para verlos de más cerca. Nosotros vivíamos en el piso de arriba de la administración. Llegué justo cuando se metieron de golpe a la casa. Rompieron cosas, dieron vuelta todo lo que pillaban, las camas, le metían cuchillo a los colchones. Quizás qué buscaban.

—Ya de ahí le dijeron a mi mami “no se preocupe señora a usted no le va a paasar nada, pero su marido ¿dónde está?”. Mi madre le dijo que ahí abajo de la casa estaba, en las oficinas. Entonces se fueron dos grupos para abajo y los otros se quedaron ahí. Cada milico estaba en la ventana apuntán-

donos para que ninguno de nosotros pudiera mirar afuera lo que estaba sucediendo.

—Al ratito, los milicos volvieron y ahí vimos a la gente que trajeron. Ahí traían a mi papi, traían a Eliecer Freire, un cabro que hacía como dos meses que había salido del servicio militar. A punta de palo lo bajaron mientras le preguntaban “idónde tení las armas guevón!”, le pegaban y le pegaban.

—Cuando reunieron a toda la gente, los empezaron a llamar con una lista que tenían. Entonces llamaron a un caballero que estaba abajo, don Orlando Barriga.

—Cuando él llegó arriba le dieron un tremendo palo en la cabeza que le hicieron pedazos el casco que llevaba. Le empezó a chorrear la sangre por el cuello.

—Y entonces le tocó a mi papi. Cuando yo vi por la ventana que le estaban pegando a mi papá, yo traté de abrir la puerta, pero no pude porque todos estaban ahí. Pero de repente se metió un milico y yo le dije que le iba a dejar un vestón a mi papi porque estaba con una camisita así no más, de su trabajo.

El corpachón grande y joven de Luis Méndez parece hacerse pequeño al evocarse de nueve años, corriendo casa abajo con una chaqueta entre las manos para cubrir a su padre herido.

—Yo llegué abajo y me puse a gritar “¡milicos asesinos, van a matar a mi papito, asesinos, asesinos!”. Y ellos me atajaban y me dejaban pataleando en el aire. Entonces salió uno y me dijo: “¿cuál es tu papá?”, y yo le dije “Daniel Méndez”, y él entonces me dio la pasada diciéndome “¡ya búscalo por ahí” y me dejó subir a un camión.

—Yo subí y lo busqué entre un montón de cuerpos que estaban amarrados y tirados en el piso. Y lo encontré. Ahí estaba mi papi. Lo tenían amarrado con vendas, así para atrás, y le corría la sangre por el cuello. Yo lo abracé, le limpié la cara y le dije “papito, yo me quiero ir contigo”. Y él me miró y me dijo “no hijo, cuida a tu madre, porque si tengo que morir yo, voy a morir si así lo quiere Dios”.

Perdida la mirada entre las cumbres de los cerros, sus brazos fuertes cruzados sobre el pecho, Luis Méndez deja rodar por sus mejillas las lágrimas que resbalan hasta su camisa blanca.

Ahora, a los 26 años, mira con pena su pasado, hacia el niño que fue.

—Yo, lo único que me consuela es que tuve la dicha de despedirme de él, el único, porque era tan pequeño. Ninguno más había en la casa en ese momento.

Pero quien no encuentra consuelo es doña Ema Flores, madre de Carlos Salinas. Su hijo también corrió la misma suerte que el resto de los hombres de Curriñe, pese a que aún no había cumplido los 21 años.

Ese día, luego de cumplir con su objetivo militar en Curriñe, la caravana cargando un número indeterminado de prisioneros continuó su camino cordillera arriba.

Alejados ya de Curriñe, los prisioneros fueron obligados a descender de los vehículos para empujarlos en un vano intento por recorrer la huella apta sólo para carretas y animales.

A la altura de Chabranco, entre maldiciones y golpes, los militares debieron darse por vencidos. Pero tenían que

buscar otra solución que les permitiera llegar a Chihuío antes de que la noche se les viniera encima.

Se desplegaron en busca de lugareños que les ayudaran a empujar y de algunas cadenas para que las ruedas no resbalaran en el barro.

Fue así como llegaron a la casa de la familia Salinas Flores ubicada sobre un cerro, a la vera del camino por donde subía el convoy militar.

Doña Ema, con su vientre hinchado por la próxima llegada de su octavo hijo, corrió a espantar los perros. Quedó sorprendida al ver al grupo de soldados que golpeaba el portón sin trasponer la cerca.

Muy abajo en el camino alcanzó a divisar varios vehículos militares y gente moviéndose a su alrededor.

Qué lejos estaba de imaginar doña Ema que esos hombres eran prisioneros camino a la muerte y que entre ellos iba su hijo Carlos, de veinte años, a quien ella suponía trabajando en Curriñe.

—Ese día, los militares pasaron a mi casa a pesar de que estaba apartada del camino que seguían en dirección a Chihuío. Había que subir cuestras y todo para llegar a la casa. Después que espanté los perros les pregunté que necesitaban. Ellos me preguntaron si tenía cadenas y alambres porque estaban empantanados. Después se fueron, sin preguntar por nada ni por nadie.

Sólo esa noche, cuando su marido llegó a la casa, supo que Carlos había sido detenido junto a otros hombres de Curriñe y que los soldados que llegaron a su casa en busca de cadenas, eran los que se llevaban a su hijo.



El mayor de nueve hermanos, Carlos Salinas Flores había asumido junto a su padre la responsabilidad de jefe de hogar de su numerosa familia.

Sin embargo Carlos Salinas no fue el único joven que la caravana militar detuvo ese día.

El ascenso del convoy cada vez más penoso a medida que se adentraba en la cordillera boscosa y húmeda fue seguido con curiosidad por algunos lugareños disgregados por la zona.

Muchos de ellos, ignorantes de la misión que estaban cumpliendo los efectivos militares, corrieron a colaborar empujando los camiones.

Fue lo que hizo el joven Fernando Mora Gutiérrez, de diecisiete años, quien junto a otros hombres del lugar ayudaron a sacar los vehículos de su empantamiento.

Mientras empujaba ganoso desde atrás, pudo divisar espantado que en el interior, amarrado junto a otros detenidos iba su padre, el trabajador Sebastián Mora Osses.

—¿Por qué se lo llevan...? ¿pa' dónde se lo llevan...?  
—pudo preguntar cuando se recuperó de su sorpresa.

—¡Empuja no más cabrito, a vos no te importa, así que empuja no más...

—¡Pero no se lo pueden llevar, él no ha hecho nada... ¿qué van a hacer con él...?

—¡Si querí saber pa' dónde va, ándate con él, súbete al camión...!

Y Fernando Mora subió al camión junto a su padre, desapareciendo tras la lona.

Fue la última vez que lo vieron los testigos, esos otros hombres que luego de sacar al vehículo del barro se fueron a sus casas, sin preguntar nada, y sin siquiera intentar mirar al interior de los vehículos.

El convoy desapareció tras la última empinada curva entre explosiones y jadeos de motor, rumbo a las termas de Chihuahúo.

Aquella noche del 9 de octubre transcurrió lenta en el valle. En cada hogar en donde faltaba un hombre, se contaban las horas a la espera del amanecer.

Cónfundidos, atemorizados, inquietos, los habitantes se mantuvieron en vela escuchando, tratando de percibir los ecos del ausente en la cerrada lejanía.

Sabían que la noche córdillerana, repitiéndose en ecos por las quebradas, podía traer desde muy allá cualquier sonido que perturbara la normalidad del valle.

La llegada del nuevo día trajo, sin embargo, esperanzas al corazón de la gente que desde muy temprano aguardó el regreso de los vehículos militares.

Alrededor de las nueve de la mañana, el sonido lejano de los motores bajando por los cerros los puso en alerta. ¡Ahí volvían...! ¡Ahí tendrían que traerlos de vuelta y con ello, el final de un mal momento!

Los niños corrieron hasta el final de la cuesta en tanto que las mujeres, secándose las manos en el delantal, compusieron su mejor sonrisa para recibir a sus hombres y hacerles olvidar lo que estaban ciertas, había sido un error. Otras llevaban frazadas, paquetes para que los militares se los hicieran llegar a los detenidos.

Doña Ema Flores con su vientre pronunciado próxima a dar a luz, bajó hasta la vera del camino para esperar a su Carlitos. A lo lejos divisó el primer camión y se interpuso en la senda para avisar que la casa de Carlos estaba ahí!; no fuera a ser cosa que pasaran de largo hasta Curriñe. Pero el camión no disminuyó la marcha en la pronunciada pendiente y la mujer debió saltar a un lado con el corazón en la boca ante el paso arrollador del vehículo. Seguido de los otros, rápidamente se perdió a lo lejos.

Doña Ema se quedó en el camino con las manos extendidas y una pregunta por su hijo que quedó sin respuesta.

El paso del convoy militar por el caserío de Curriñe en donde sus habitantes aguardaban también esperanzados, no fue diferente.

Luis Méndez recuerda que desde muy temprano se instaló a la orilla del camino para esperar a su papá. Estaba seguro que lo tendrían que traer de vuelta... ¿para qué? se preguntaba ¿lo iban a dejar allá arriba en las termas...?

De pronto los escuchó... ¡Ahí venían, ahí venían!, y se paró sobre un gran peñasco para que su papá viera de lejos que lo estaba esperando.

—Venían todos los camiones despacito y cuando no se detuvieron, yo corrí detrás de ellos y les grité por mi papá. Pero ellos me miraron y no me contestaron ninguna cosa. Yo seguí corriendo atrás un buen rato, insistiéndoles por mi papi, pero ellos apenas me miraban. Entonces de repente uno se agachó y me dijo ¡toma cabrito!, y me pasó un montón de tarros de conserva de esos que comen ellos.

—Yo me acuerdo haber quedado parado en medio del camino con "la chompa" llena de tarros y la chorrera de vehículos llenos de milicos yendo por el camino. Sería pa'que yo me olvidara de lo que había visto. Seguramente me los dieron donde vieron que yo gritaba y les decía "¡¿a dónde me dejaron a mi papito... a dónde lo dejaron...?!"

La voz de Luis Méndez se enronquece y los brazos se cruzan sobre el pecho como para calmar ese corazón que duele al recordar la angustia y el miedo de aquellos momentos.

—"No sabemos nada", me contestaron. ¿Y cómo no iban a saber dónde estaba?

—Yo le llevé los tarros a mi mami y ella, que en ese momento estaba sufriendo tanto, no me los recibió. Me dijo que los botara. Los boté todos. Claro, yo como niño que era los había recibido.

Luis Méndez jamás volvió a ver a su padre. Tampoco Noelia Pedreros, ni ninguno de los otros habitantes del valle. Nadie volvió a saber de ese familiar que un día se llevaron los militares.

Sólo Américo González volvió a hacer su vida de siempre en ese lugar. En esa zona que jamás volvería a ser lo que había sido.

## YO NO LO QUIERO ARBOL

**E**l hallazgo de 30 a 40 piezas óseas, incluido un pie que se conservaba completo, restos de ropa, un reloj y botones, encontrados a 30 y 60 centímetros de profundidad de la fosa, constituyeron las primeras evidencias de la existencia de restos humanos. Ellos correspondían a dieciocho campesinos detenidos desaparecidos y que fueron ejecutados en octubre de 1973 en la precordillera de la Décima Región, a unos 70 kilómetros de Futrono.

La información proporcionada por el abogado Mario González, diez días después de presentada la querrela, sólo venía a confirmar la denuncia hecha por el Obispado de Valdivia el 25 de junio de 1990, a través de la Vicaría de la Solidaridad y la Pastoral de Derechos Humanos de esa ciudad.

Junto con dar a conocer los hechos ocurridos casi diecisiete años atrás, que culminaron con la detención de dieciocho campesinos presenciada por numerosos testigos, el profesional reveló la forma en que habrían ocurrido las ejecuciones.

Luego de llegar a Chihuío, a las personas se les mantenía en la casa patronal bajo vigilancia. Los testimonios indican que estaban amarrados, algunos con alambres, porque primero se había pasado a una casa a solicitarlos.

A 50 metros de la casa patronal se ubica una vivienda de cuidadores los que fueron obligados a encerrarse en su casa y a no asomarse. Una mujer mayor, sin embargo, observó a través de una rendija que los hombres eran golpeados en la terraza de la casa patronal. Contó dieciocho antes de que la oscuridad cayera sobre el lugar.

Y fue esa noche, precisamente en medio de la oscuridad cuando los hombres fueron ejecutados.

Así puede concluirse, pese a que no existen testigos del hecho y a que testimonios de terceros coinciden en señalar que esa noche no se escucharon disparos. Tal es la aseveración de Orlando Garnica quien vio con vida a los detenidos la noche del nueve de octubre, cuando lo llevaron al mismo lugar de reclusión que compartió con ellos.

¿Qué fue lo que ocurrió aquella noche en Chihuío...? ¿Cómo murieron esos hombres entre cuyos restos óseos rescatados 16 años después no se encontró ni una sola vainilla de bala...? ¿Por qué los cuerpos estaban mutilados con evidentes muestras de haber sido cercenados muchos de sus miembros?

Algunas hipótesis señalan que los hombres del valle fueron muertos con bayonetas, corvos o cuchillos luego de haber sido torturados.

Otras, basándose en algunas declaraciones plantean que las víctimas murieron lentamente, a causa de las torturas. Na-

da de ello, sin embargo, ha podido probarse porque finalmente los cuerpos no fueron encontrados en las fosas indicadas por el principal testigo.

Está claro si que desde el inicio mismo de las excavaciones no eran muchas las esperanzas que se tenían. Existía el conocimiento y las pruebas de que a fines de 1978 o comienzos de 1979, las fosas habían sido removidas por un grupo de civiles no identificados que llegaron en vehículo a Chihuahú y se retiraron de allí al día siguiente, con algunos bultos, después de trabajar toda la noche en forma misteriosa.

Un testimonio publicado por el diario LA EPOCA, del 28 de junio de 1990, relata de la siguiente forma los hechos:

“Américo González estaba solo en su casa con su esposa. Era cerca de la una de la madrugada a fines de 1978. De pronto varios golpes retumban en la puerta. González se levanta y sale a abrir. Dos civiles de mediana estatura lo encaran.

—¿Usted es Américo González? —le pregunta uno de ellos.

—¡Sí! —responde.

—¿Sabe dónde están los cadáveres? —agrega el civil.

—No sé —responde el hombre luego de algunos titubeos.

—¡Usted sí sabe! —insiste uno de los hombres—  
¡Muéstrenos dónde!

González y los hombres caminan unos 500 metros en medio de la oscuridad que esa noche caía sobre Chihuahú.

Los hombres se detuvieron en un pequeño lugar eriazo.

—Aquí es —dice González.

—Váyase para su casa —le ordena uno de los hombres desconocidos.

A la mañana siguiente, otros civiles tocan nuevamente la puerta para pedir agua caliente para hacer café. Todos habían llegado a Chihuío poco después de conocerse en Santiago el hallazgo de osamentas en un horno de cal de la localidad de Lonquén".

Efectivamente, en esa fecha, cerca de Santiago se descubría la primera sepultura clandestina que denunciaba la verdad de lo ocurrido luego del golpe de 1973.

Lonquén, distante 30 kilómetros al suroeste de la capital mostraba en toda su cruda realidad la represión del régimen militar, al rescatarse los cuerpos de 15 campesinos sepultados en una mina de cal.

Sus cuerpos que jamás fueron vistos por sus familiares, aparecieron luego que la Iglesia Católica tuvo conocimientos de que en los hornos de cal de la cooperativa agrícola El Triunfador en Lonquén, había restos humanos.

Tras la comprobación de la denuncia se informó a los tribunales de justicia del hallazgo, los que finalmente lograron establecer la identidad de las víctimas.

Sin embargo los restos rescatados jamás llegaron a poder de sus familiares.

Mientras los deudos aguardaban en las afueras de Instituto Médico Legal para su velatorio y posterior sepultación "agentes de la CNI (Central Nacional de Informaciones), los



sacaron secreta y subrepticamente y los arrojaron a la fosa común del cementerio de Isla de Maipo”.

Nunca más se les pudo recuperar.

Fueron estos hechos los que motivaron que, a fines de 1978 o comienzos de 1979, civiles no identificados llegaran hasta Chihuío para, en una operación relámpago, sacar los cadáveres de estas víctimas y borrar definitivamente las huellas de esta nueva masacre.

Si los remotos hornos de Lonquén y la acción de la cal no habían sido suficientes para ocultar un crimen masivo, menos lo podría hacer una superficial tumba en la cordillera que apenas fue cubierta por tierra.

Sin embargo, no fue solamente el hallazgo de los cadáveres de Lonquén lo que motivó a los “civiles no identificados” a borrar las pruebas de este otro crimen ocurrido al sur del país.

Fue aproximadamente en esta misma fecha, cuando Orlando Garnica, el principal testigo de lo de Chihuío, habló por primera vez y contó lo que había visto tres o cuatro años atrás.

Durante todo ese tiempo guardó celosamente el secreto.

—Fue por miedo —reconoce hoy— yo era un cabro chico y eso de ver tantos cadáveres me impresionó mucho. Además, después comenzaron a venir militares para acá, a patrullar, a disparar por ahí.

—Yo soñaba todas las noches que me venían a buscar por haber hablado y por eso no hablé.

Aunque muchas de las familias afectadas recibieron un certificado de defunción con fecha 9 de octubre "por causas no precisadas", la incredulidad y la fe reforzaron sus esperanzas.

Doña Pura, la esposa de Orlando Barriga, con sus cuatro hijas pequeñas, la mayor de 8 años y la menor de meses, había recorrido, junto a las demás mujeres todos los retenes, todas las cárceles, los regimientos buscando a sus hombres.

El día entero se les iba aguardando tras los murallones y puertas militares que no escuchaban sus súplicas ni se conmovían ante el dolor y la pobreza de esas mujeres que obsesionadas volvían, una y otra vez hambrientas y cansadas.

—Alrededor del regimiento, —recuerda hoy doña Purísima Martínez— habían militares que nos mandaban de una parte a otra: ¡que allá tienen que estar! y para allá partíamos, total que echábamos el día entero y no lográbamos nada.

—Hasta que como veinte días después que se los habían llevado, nos mandaron a la guarnición y allí nos hicieron pasar para adentro. Ahí nos dieron a algunas un vaso de agua y una pastillita chiquitita, y a otras las inyectaron. Entonces una señora que parecía visitadora y que estaba acompañada por soldados armados nos dijo que ella iba a hablar y que nosotras íbamos a escuchar y que no teníamos derecho a hacer ninguna pregunta. Nos pasó una lista y nos dijo que los nombres que estaban con una cruz roja, eran todos muertos.

—Y ahí estaban todos. Todos con una cruz roja.

Doña Pura calla. Pero ya no llora. Sus ojos, dice, se quedaron secos de tanto llorar. Fueron tantas las privaciones y

las miserias a partir de ese momento que ya ni se acuerda lo que le daba de comer a sus cuatro hijas pequeñas.

—De ahí nos arreglaron la libreta, poniendo al lado de él: “fallecido”. Como a los tres meses nos llegó el sueldo. Eran como cien pesos.

—Yo me acuerdo que me atreví a preguntarle que si era cierto que estaban muertos, que me dijera donde estaba enterrado. Ella me dijo “tu marido está muerto y está sepultado como cristiano”. Y yo le dije llorando “claro, muerto puede estar, pero no sepultado como cristiano...”.

Doña Pura, al igual que el resto de los familiares de los detenidos ya habían sabido de los rumores que corrían en torno a los desaparecidos.

Eran rumores terribles que nunca habían querido creer, hasta ahora.

Pero aún así, con certificado de defunción en mano, no les era fácil aceptar la muerte de sus seres queridos.

¿Por qué...? era la pregunta que más se hacían. ¿Por qué no les entregaban los cuerpos...? Y esas preguntas sin respuesta eran las que las impulsaban a mantener viva la llama de la esperanza.

Cuando Orlando Garnica volvió a Curriñe cuatro años después de los hechos (se había ido a la Argentina) se vio en la obligación de enfrentarse cara a cara con la verdad.

Una vez más debió escuchar el dolor desgarrado de uno de los hermanos de su amigo Carlos Salinas, reviviendo el recuerdo de su hermano mayor desaparecido un día de octubre de 1973 cuando el convoy militar asoló lo que ahora llaman “el valle de las viudas”.

—Yo todavía tengo la esperanza de que el Carlos esté vivo, —le dijo el Juan Salinas— yo no puedo aceptar que lo hayan matado así no más como a un perro, si él no tenía na' que ver.

La voz monótona de Juan Salinas, con su historia de siempre, impacientaba a Orlando Garnica.

—Yo sé que a mi mamá le entregaron la defunción y que le dijeron que estaba muerto. Pero yo no les creo. Por eso lo sigo buscando. El otro día me dijeron que a mucha gente las habían llevado a unas islas. A lo mejor ahí está el Carlos y no lo han soltado porque nadie ha ido a preguntar por él. Por eso yo quiero ir a ver...

—Sabí que más, Juan..., —le interrumpió Orlando— ino busqué más al Carlos!

Orlando sintió que algo comenzaba a aliviarse en su pecho.

—¿Por qué no lo voy a buscar más, si la esperanza es lo último que se pierde...? —le replicó Juan.

—No guachito... no lo busqué más... al Carlos lo mataron los milicos...

Y como si todo volviera de golpe, como para limpiarse de tantos años de silencio, lo contó todo. Miles de detalles que creía ya olvidados, completaron la historia de 18 hombres que ya no existían y que había quedado suspendida en el tiempo.

**NO ES POSIBLE, NO ES POSIBLE...!**

**A** partir del día en que los uniformados arrasaron con la paz de Futrono y su gente, nada había vuelto a ser lo mismo.

La desconfianza, el temor, la burla y prepotencia de algunos, y el llanto de otros, habían terminado con lo que hasta entonces era un pueblo de amigos.

Una historia de muertos y mutilados recorría los caseríos por donde el 9 de octubre había cruzado el convoy militar.

Como aquellas leyendas campesinas que se cuentan en las noches de luna y que perduran en el tiempo, Chihuío fue un nombre que corrió de boca en boca.

Hasta la pequeña casa del padre Jaime Fournier, junto a la parroquia de Futrono, comenzaron a llegar humildes mujeres de los caseríos vecinos a solicitar su ayuda.

Los militares -contaron- se habían llevado a sus maridos y nunca volvieron a aparecer.

Luego, el testimonio de hombres aterrorizados y huidizos que pidieron guardar sus identidades terminó por confi-

gurar una historia. Una historia horrorosa que el sacerdote francés no quería aceptar como cierta.

¡No era posible tal barbarie. No era posible que seres humanos fueran capaces de cometer tales atrocidades con hermanos indefensos y tan humildes... No era posible...!

Pero finalmente tuvo que aceptar la verdad.

Poco a poco y pese al temor de unos, la incredulidad de otros y el interés de algunos que intentaron desvirtuarla, la verdad se impuso. Una verdad que, sin embargo, debió manejarse sólo a nivel de secreto y confesión.

La presencia de patrullas militares en la zona, los helicópteros sobrevolando las noches con su ojo inquisidor, los bombardeos lejanos en la cordillera hicieron del nombre de Chihuío, algo vedado. No había que hablar, no había que contar, no había que llorar.

El padre Fournier, con la verdad mordiéndole en el pecho, sufría la impotencia de no poder hacer nada. Todas sus gestiones por saber, por rescatar a las víctimas, vivas o muertas, se estrellaron contra un muro insensible y mudo.

Una y mil veces venían a su mente esas escenas que él no había visto, pero que por repetidas y descritas, no eran difíciles de imaginar.

Y le parecía ver a Daniel Méndez con sus brazos cortados, a Rubén Vargas con sus orejas cercenadas, a Rubén Durán con la cara cortada a pedazos, a Juan González con una puñalada en el tórax, a Segundo Pedreros sin un brazo, a Orlando Barriga sin sus manos y sin nariz, a Rosendo Rebolledo, a Ricardo Ruiz, a Sebastián Mora, a...

Hombres que él había conocido llenos de vida, esforzados y humildes campesinos, convertidos en un montón de cadáveres mutilados.

El sacerdote no comprendía cómo algunos hombres habían sido capaces de semejante atrocidad. Así se lo había hecho saber al comandante Pantoja, quien respondió que a veces tenían que utilizar esos métodos para hacer hablar. El le había respondido que se debía respetar la dignidad del hombre, cualquiera que éste fuera.

Tampoco había podido creerle la explicación que el oficial le dio para justificarse, diciendo que los prisioneros se habían arrancado.

¿Cómo iban a huir, si maniatados y golpeados habían sido subidos a un camión para ejecutarlos al final de la noche...?

Pero el final de esa noche se extendió por muchos años. Pese a que en los primeros tiempos, los familiares empobrecidos hicieron cuanto estuvo a su alcance por encontrarlos, por saber la verdad y nada lograron. Sólo algunos certificados de defunción, una miserable pensión de viudez para algunas, y aquello de que "estaban enterrados como cristianos".

Luego callaron y ya no buscaron más.

Fueron tantos los ruegos, tantas las preguntas sin respuestas, las esperas, los temores y las humillaciones, que finalmente, con ese fatalismo propio de la gente humilde, se convencieron de que ya no podían esperar nada.

Con su dolor a cuestas, con sus miserias al hombro, uno a uno se alejaron del lugar de la tragedia. La mayoría desalo-

gados de sus tierras y de sus casas. Los otros, incapaces de subsistir en esas tierras que ya no les eran generosas.

Con el tiempo, los muertos fueron olvidados y los años llenaron el vacío dejado en esas pequeñas comunidades campesinas. Los sucesos de Chihuío, que no alcanzaron a hacerse públicos en Futrono, no pasaron a ser más que una leyenda inventada por "esa pobre gente y por los enemigos de Chile".

El aislamiento de la zona, la pobreza e indefensión de los familiares -muchos de ellos analfabetos-, los poderosos patronos dueños de los fundos y de la verdad, fueron importantes razones para que, finalmente, no quedaran testigos ni pruebas de lo sucedido.

La ciudad de Valdivia, distante casi 300 kilómetros de las Termas de Chihuío, ignoró durante más de 15 años lo ocurrido al suroriente de sus tierras: ella vivía su propia represión.

Como base de la Cuarta División del Ejército, una de las más grandes del país, no sólo fue especialmente golpeada (la cuarta o quinta del país en número de víctimas), sino que también estuvo muy huérfana de atención solidaria.

Al igual que en el resto del país, las Fuerzas Armadas asumieron el control de la zona e iniciaron una violenta represión contra las autoridades, dirigentes sociales, políticos, sindicales y partidarios del gobierno de la Unidad Popular.

La ciudad, bajo el mando del general de Ejército Héctor Bravo Muñoz como jefe de Zona en Estado de Sitio, fue ocupada completamente e interrumpidas las actividades de los centros vitales de la Décima Región.



Durante los primeros meses, luego del golpe, el trabajo de asistencia fue casi nulo en materia de Derechos Humanos. Sólo existió un esbozo de filial del Comité Pro Paz de Santiago, constituido por dos o tres personas que trabajaban bajo el alero de la Iglesia Católica, acción a la que se sumaron algunas gestiones del pastor luterano Helmut Frenz.

—Pero no fue un trabajo organizado, con solidez, sino que más bien se trató de una iniciativa personal de católicos, luteranos y una pastora metodista, —explicó Roberto Arroyo Ríos, jefe de la Pastoral de Derechos Humanos del Obispado de Valdivia.

—Por eso pasó tanta cosa terrible en esta zona al igual que en otros sectores rurales del país.

El campesinado sufrió en silencio la más brutal de las represiones y las familias aterrorizadas callaron y no hicieron denuncias de las muertes que pasaron inadvertidas. La acción protectora de los organismos de defensa de las víctimas no alcanzaban a llegar a los sectores alejados del centro del país.

Los sucesos de Chihuío se perdieron rápidamente en el tiempo. Ni siquiera fueron consignados en 1978 cuando por primera vez otro grupo, con el respaldo del padre Ivo Brasseur, recogió las primeras denuncias de la zona, luego de cuatro años de vacío de asistencia solidaria.

A comienzos de 1980, el Servicio Paz y Justicia, organismo no gubernamental de inspiración cristiana encargó desde Santiago crear una filial de SERPAJ en Valdivia.

Pero no fue sino hasta 1982 cuando se creó dentro del SERPAJ una subcomisión de Derechos Humanos, cuyo traba-

jo comenzó a vislumbrar parte de lo que había sido la represión en la zona.

Pese a que por esos años ya funcionaban en una sala de la Parroquia El Sagrario, cedida por el padre Ivo y que el Obispo José Manuel Santos otorgó el apoyo institucional de la Iglesia, el accionar del grupo no estaba exento de riesgos. La creación de la Pastoral de Derechos Humanos en 1984 luego del nombramiento de Monseñor Alejandro Jiménez como Obispo de Valdivia, se tradujo finalmente en un efectivo y organizado trabajo en favor de las víctimas y sus familias.

Ese mismo año, Roberto Arroyo comenzó a recibir los primeros antecedentes de las muertes en las Termas de Chihúo.

—Y aunque eran muy vagos, muy sueltos, me di cuenta que era algo muy grave y que iba a ser muy difícil de destapar. Las personas involucradas en los hechos eran personajes que aún estaban en los altos mandos del Ejército.

Finalmente en 1986 se intentó reconstruir, ya en forma sistemática, la historia de las violaciones a los derechos humanos en la zona.

—Hasta ese momento, —explica Roberto Arroyo— yo sólo manejaba una lista de la Vicaría de la Solidaridad con los nombres de los ejecutados y los detenidos desaparecidos de la zona de Valdivia. Al poco andar, esa lista se había duplicado.

Pero no fue cosa fácil lograr la verdad en plena dictadura. No sólo fue quemada misteriosamente la prensa de la época de la Biblioteca Regional, sino que además los familia-

res de las víctimas no querían hablar por temor, desconfianza y decepción.

—Ahora, cuando uno analiza lo de Chihuío o lo de otras partes rurales de Chile, se da cuenta de lo terrible que fue para ellos. Por eso guardaron tanto tiempo su tragedia sin compartirla con nadie.

Otro aspecto que era importante de considerar era el de los testigos.

Sólo en el verano de 1988 tuvieron antecedentes de la existencia de Orlando Garnica como testigo directo de los hechos. A la espera de lograr un contacto más directo con alguna persona que lo conociera bien y pudiera entregar referencias respecto al grado de confiabilidad de su testimonio, fue pasando el tiempo. Recién a comienzos de 1990 pudieron establecer relación con un testigo tan importante.

—Uno de los familiares de las víctimas finalmente nos hizo el contacto y pudimos conversar con Orlando. Sólo entonces comprobamos que su testimonio era muy exacto y preciso respecto del lugar donde habían ocurrido los hechos. Además, Garnica nos agregaba otros detalles: el haber visto con vida a las víctimas poco antes de su ejecución para luego encontrar sus cadáveres antes de ser sepultados.

**D**esde lejos, Noelia Pedreros observó el movimiento de los hombres que, a unos 200 metros de donde se encontraban los familiares de las víctimas, comenzaban a despejar el área donde se excavaría.

Era la primera vez que iban a ese lugar y, silenciosos, miraban con ansiedad, unidos en un solo pensamiento: ¡allí los habían matado...!

El juez Nibaldo Segura, Ministro en Visita en el caso, no les había permitido acercarse durante ese primer día de excavación para evitarles un mayor dolor. Y allí estaban, trémulos, humildes y callados esperando que algo les enviara un mensaje, un dato, un secreto.

Noelia no quería pensar en su padre allí. Lo quería vivo, lo quería entero, tal cual lo recordaba como cuando era una niña y juntos habían recorrido toda esa zona de los baños de Chihuío.

Se veía de la mano con él ese verano de quizás qué año en que Segundo Pedreros llevó a sus seis hijos a acampar a

ese sector, como una forma de hacerles olvidar la reciente muerte de la madre.

Se habían bañado en las termas y chapoteado en el río Chin Chin, habían cabalgado, se habían perseguido y entre todos habían cocinado y comido a la luz de una hoguera que de nuevo le iluminó de sonrisas el rostro.

Sentada junto a su padre, Noelia se le apegó friolenta buscando el calor seguro y protector, sintiendo que era feliz pese a la falta de su madre.

Un sonido hueco y profundo que pareció extenderse bajo sus pies la sobresaltó de golpe y la volvió a la realidad. Había comenzado la excavación y lo que ella quería olvidar estaba ahí presente. Esos hombres buscaban el cadáver de su padre y el de otros diecisiete hombres desaparecidos dieciséis años atrás.

¡No, ella no lo quería allí...!

Noelia no quería a su padre convertido en tierra. Noelia no lo quería árbol, no lo quería huesos, no lo quería polvo. Ella lo quería vivo, tal cual se lo llevaron un día sin razón, sin un por qué.

Se mordió los labios para no gritar y apretó los puños para contener el sollozo tanto tiempo contenido.

La imagen de su padre con las manos atadas a la espalda, su camisa manchada de sangre, la sangre de su cabeza enrojeciendo el aserrín del suelo y su carrera frenética de la mano de su hermano se mezclaban con otras no menos angustiosas.

Veía a sus hermanos y a ella misma descalzos en el invierno, morados de frío, luego de una jornada recogiendo pa-

pas que les era pagada con unos cuantos kilos que apenas les alcanzaba para tres o cuatro comidas, su único alimento por semanas.

Sentía en los labios el sabor agrio de las manzanas verdes que comían para acallar los reclamos de sus tripas cuando escaseaban las papas, y el frío cordillerano que se les adentraba por sus venas.

La soledad, el hambre, el frío y el abandono en que quedaron luego que los militares se llevaron a su padre y a ellos los desalojaron de la casa que ocupaban, se avivaban en sus recuerdos al ritmo de los chuzos golpeando la tierra blanda y generosa. Durante mucho tiempo Noelia había acallado esos recuerdos que la herían y violentaban tanto, pero ahora junto a los otros familiares, no los podía controlar.

Sentía odio, odio contra todos aquellos que le habían arrebatado, no sólo la vida de su padre, sino que toda su propia vida.

Y la mirada dolida de Noelia Pedreros se sumerge hacia el fondo de las tres fosas que, no muy profundas, han quedado como mudos testigos de una búsqueda que ya terminó.

Durante una semana equipos de peritos trabajaron intensamente excavando tres fosas donde según testigos habrían sido sepultados los restos de los dieciocho campesinos ejecutados en Chihuío.

Uno de estos especialistas, la arqueóloga y antropóloga Ximena Navarro, acostumbrada a este tipo de trabajo sentía sin embargo que todo era distinto. Una historia muy reciente se anidaba en esos trozos de huesos que cabían en su mano.

A la distancia podía ver a los familiares que no obstante estar ya informados de que los cuerpos habían sido sustraídos de su fosa original hacía ya varios años, conservaban las esperanzas de encontrarlos. El recuerdo de los recientes hallazgos de Pisagua reforzaba sus ánimos.

Luego de los primeros descubrimientos, la profesional ya se había convencido de que ello no era posible. Los huesos fracturados y algunos objetos esparcidos desordenadamente estaban diciendo a las claras que si allí no había habido respeto alguno por la vida, menos lo hubo por la muerte.

Ella sabía que cuando arqueológicamente se encuentran cosas, objetos materiales, se los puede situar en el tiempo, de acuerdo a la ubicación de las capas estratográficas. Lo que importa en un sitio arqueológico es el respeto del tiempo por la cultura. Ello hace posible reconstruir la memoria histórica.

En esa tumba, sin embargo, no se podía reconstruir nada. Sólo las huellas de la irrupción de un momento terrible. Sólo pedazos para reconstruir una historia negra, maldita, una de esas historias que los hombres quisieran olvidar, pero que no se puede borrar.

—Cuando empezamos a sacar los troncos que se encontraban dentro de la fosa, nos dimos cuenta que había sido excavada y tapada muy rápido y descuidadamente. Dentro de la misma tierra que salía de los troncos empezaron a aparecer fragmentos de huesos y de objetos.

—Era evidente que usaron esos troncos para llenar más pronto la fosa cuando sacaron los cuerpos.

Así lo decía la presencia de la esfera de un reloj. Igual cosa ocurría con la ropa. Fragmentos de un chaleco muy particular se encontraron en la parte superior y restos de la misma prenda en otros sectores más profundos de la excavación. Así los objetos se iban repitiendo pero en distintos lugares.

—Eso nos iba diciendo —explicó la arqueóloga— que se trató de una sustracción apresurada de cuerpos. No hubo allí respeto por nada. Y eso también es terrible porque los seres humanos siempre hemos mantenido un culto especial por los muertos. Aunque no lo queramos, lo llevamos en forma muy íntima e intensa y lo seguimos conservando. Y ese respeto aquí fue quebrantado sin piedad.

En los días siguientes y luego del trabajo de análisis de los peritos, se logró establecer que a lo menos hubo diez cuerpos enterrados de los dieciocho denunciados en el sector de Chihuío en la comuna de Futrono.

El abogado Mario González, de la Vicaría de la Solidaridad confirmó que se habían encontrado más de 200 piezas correspondientes a restos óseos, botones, restos de tela, pedazos de cierre de cremallera, la esfera de un reloj y un reloj. Destacó que entre los restos óseos figuraban más de veinte rótulas, lo que permitía establecer que ahí hubo a lo menos diez cuerpos. Aparte de esto, también se desenterró una mandíbula con dientes y huesos.

Por su parte, el juez titular del primer Juzgado, Juan Harold Ríos, que llevó el proceso hasta el nombramiento de un ministro en visita, señaló que estaba acreditada la participación de patrullas militares en las detenciones y posterior ejecución en el fundo Chihuío.



En los certificados de defunción que se entregó a algunos familiares en 1974, consta que la inscripción de las muertes se hizo por orden de la Fiscalía Militar de Valdivia, y en 16 de los 18 casos figuran los mismos testigos: dos personas que aparecen domiciliadas en el Regimiento Cazadores.

Este vínculo, según el abogado Mario González, no ha sido desmentido.

La noche del 26 de agosto de 1990, los familiares de las víctimas pudieron finalmente reencontrarse con los restos de los suyos. Habían transcurrido casi dos meses del hallazgo.

Un solo féretro había en el centro de la capilla evangélica. El solitario cajón acaparó los rezos del masivo velatorio nocturno. Dentro de él ya sellado, nada más que un puñado de despojos de lo que habían sido dieciocho hombres.

Durante largas horas los deudos permanecieron allí dolientes e incrédulos ante esa visión que resumía diecisiete años de duelo. No podían entender, no podían conformarse, que en ese solo cajón estuvieran todos los restos y, de a poco, fueron manifestando su necesidad de reconocer lo que tanto habían esperado.

—El ministro en visita había estimado no llevar a cabo un reconocimiento por parte de los familiares por cuanto aquellos pequeños huesos fragmentados sólo les iban a provocar un enorme dolor, —explicó la asistente social de la Vicaría de la Solidaridad, Sara Carrasco.

A ella le había correspondido asistir a los familiares de las víctimas a partir del momento mismo del hallazgo y junto a ellos había recorrido todo ese largo camino.

Dudas, temores, sospechas ocultas comenzaron a anidarse en el corazón de algunos, hasta que uno de ellos se atrevió: "yo creo que allí dentro, no hay nada".

Fue suficiente para que al dolor y recogimiento de ese instante se sumara la desconfianza. A las tres de la mañana ya se había tomado una decisión luego de una dramática votación en que participó casi la totalidad de los familiares de las víctimas de Chihuahó: abrirían el féretro.

Una caja de cartón de unos cincuenta centímetros de largo firmemente adherida para evitar su desplazamiento dentro de la urna resumía finalmente una vida de espera. Dentro de ella, los restos óseos en pequeñas bolsas de plástico caratulados y selladas mostraban en toda su trágica evidencia la verdad a la que se veían obligados a enfrentarse los familiares.

Confundidos, casi avergonzados y con un sentimiento de desesperanza imposible de definir, retornaron a sus oraciones una vez que todo fue colocado en su sitio y el féretro vuelto a sellar.

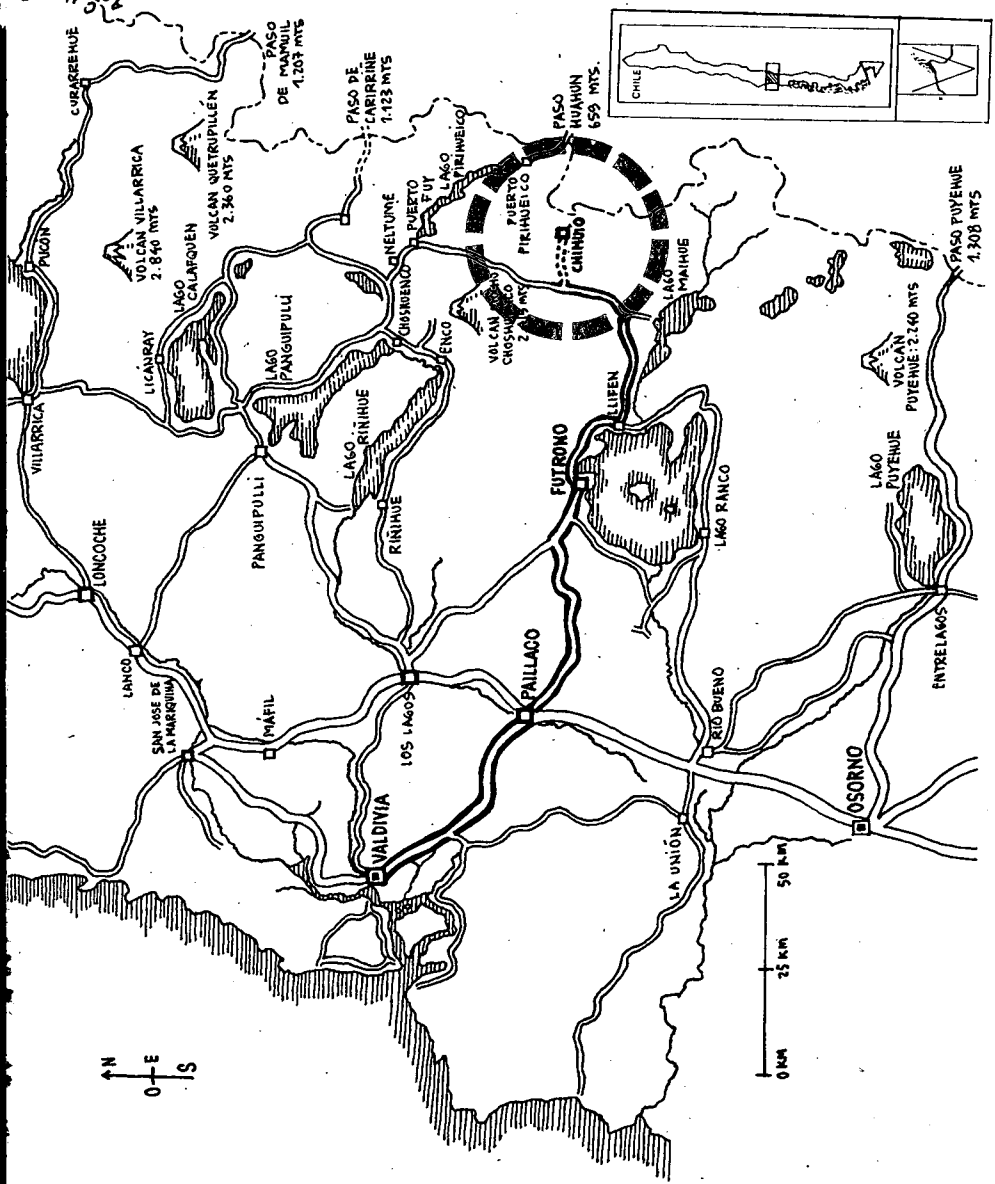
Ya no había nada más que hacer y muchos de ellos sintieron que en ese puñado de huesos estaba el final de una historia sin concluir.

## VICTIMAS DE CHIHUIO

Carlos Acuña Inostroza; Orlando Barriga Soto; José Cortez Díaz; Rubén Durán Zúñiga; Luis Ferrada Sandoval; Eliecer Freire Caamaño; Narciso García Cancino; Juan González Delgado; Daniel Méndez Méndez; Fernando Mora Gutiérrez; Sebastián Mora Osses; Segundo Pedreros Ferreira; Rosendo Rebolledo Méndez; Ricardo Ruiz Rodríguez; Carlos Salinas Flores; Manuel Sepúlveda Rebolledo; Rubén Vargas Quezada.

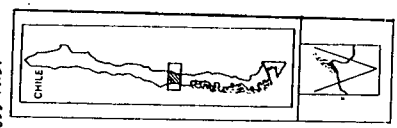
También fue encontrado el cadáver de otro campesino que fue muerto en la zona de Sichahue, cercana a Chihuío y que pertenecía a Andrés Silva Silva.

ARGENTINA



N  
O-E  
S

0 KM 25 KM 50 KM



PASO DE CABRERÍA  
1.123 MTS

PASO HUAHUIN  
659 MTS.

VOLCÁN VILLARICA  
2.840 MTS

VOLCÁN SUETRUPILLÉN  
2.360 MTS

VOLCÁN CRUZADO  
2.400 MTS

VOLCÁN PUYEHUE  
2.640 MTS

LAGO PANGUIPULLI

LAGO RINQUIHUE

LAGO MAIHUE

LAGO PUYEHUE

SAN JOSÉ DE LA MARIQUINA

MÁFIL

LOS LAGOS

PAILLACO

LEDO BUENO

OSORNO

ENTRELagos

LA UNIÓN

LANCO

PANGUIPULLI

RINQUIHUE

FUTRONO

LAGO RANCO

PASO PUYEHUE  
1.308 MTS

VILLARRICA

LICANRAY

LAGO CALAQUÉN

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

LIFÉN

ENTRELagos

PUCÓN

CUPARERHUÉ

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

VILLARRICA

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

PUERTO PUYEHUE

PUERTO PANGUIPULLI

ENTRELagos

**TOCOPILLA**

*La oscura boca de la mina*

**L**os pirquineros dicen que hay “penadura” en esa mina.

Que se oyen gritos, tierra inexistente que corre por el pique, llamados, susurros, papeles que vuelan misteriosamente y que los distraen y sobresaltan en su oscuro y solitario laborar.

Sin embargo, no sienten miedo. Todo lo contrario.

Con más optimismo y ahínco buscan la veta. Hurgan y se adentran, palmo a palmo, en esas madrigueras estrechas que bajo cientos de metros de la superficie, los atraen con fuerza inexplicable.

—¡Es buena suerte! —dicen seguros y agregan— “sólo en las minas de oro, y de oro güeno, hay penaura; en éstas de cobre puede que en algunos casos, pero nunca tanto”.

Están convencidos que los espíritus de los finados, cuyos despojos fueron desparramados en distintos niveles del pique, no sólo van a ayudarlos a encontrar buen mineral y en gran cantidad, sino que además, los protegerán de los accidentes.

—Es que los finaítos están agradecidos de “losotros” que los encontramos.

Y es posible que sea así. Los restos de un número indeterminado de hombres, y que ellos recuperaron, aguardaron por 16 años ser rescatados de esa tumba de más de 500 metros de profundidad a cuyo fondo fueron arrojados, algunos de ellos aún vivos.

La mina, profundamente vertical, es sólo un hoyo en la tierra y una más de las miles que yacen bajo la vastedad desértica de cerros pelados y pedregosos del Norte Grande.

Protagonista involuntaria de hechos que estremecieron de horror a la ciudad de Tocopilla, había mantenido su anonimato por más de una década y media.

Todos hablaban de una mina. Todos sabían de la mina y su historia. Muchos le dieron un nombre: la Veleidosa, la Escondida, la Descubridora, la Tres Puntas, pero nadie sabía exactamente donde ubicarla.

Finalmente fue hallada, y aunque no resultó sencillo penetrarla y desentrañar sus laberintos subterráneos cegados por las tinieblas y obstruidos por derrumbes, tuvo que ceder y soltar las presas que un poder inclemente arrojó a sus fauces.

Fue difícil recomponer la historia. Más aun recuperar los restos e identificarlos y, lo que es peor, aceptar los hechos.

Al conocer la mina y asomarse a su boca amenazante y tenebrosa, es inevitable el no pensar en aquellos hombres que desaparecieron en las profundidades y sobre todo en aquellos otros que se atrevieron a empujarlos.

**E**l doctor Claudio Tognola, con el oído pegado a la espalda de su paciente, escuchó atento los sonidos de su respiración, tomó su pulso, miró su garganta y finalmente diagnosticó: "tienes bronquitis...".

Juan Marabolí respiró aliviado. Menos mal que sólo era eso. Había temido que con tanto golpe, tanta electricidad aplicada a su cuerpo y la falta de abrigo y comida, se tratara de algo más grave.

Calculó que serían como las once de la mañana del tres, cuatro o seis de octubre. Había perdido la cuenta de los días transcurridos en esa celda que sólo había abandonado unas cuantas veces para ser interrogado.

Sentado en el suelo del calabozo, con la espalda apoyada en la pared, miró a sus compañeros de cautiverio con los cuales llevaba encerrado casi veinte días. El once de septiembre lo veía muy lejano, como si toda la vida la hubiera ya gastado.



Sólo el 16 de septiembre, día de su detención le parecía más vívido. Había sentido tanto miedo inexplicable en ese momento (pero tan justificado después) que lo rememoraba sin esfuerzo.

Eran casi las once de la noche y él ya se había ido a la cama.

Golpes imperiosos a la puerta retumbaron en el interior de su hogar, silencioso a esa hora. Efectivos de Carabineros, Investigaciones y un oficial de Ejército, se presentaron como sus inesperados captores.

La camioneta verde oscuro de Codelco, manejada por un carabinero, se le antojó más conocida aun cuando, de un empujón, fue lanzado en la parte posterior. Al instante pudo vislumbrar en el piso del vehículo los cuerpos maniatados del alcalde de Tocopilla, Marcos de la Vega y del funcionario hospitalario, Adriano Naveas.

Otros detenidos, a quienes también pudo reconocer, ya copaban la Guardia de la Comisaría hasta donde fueron trasladados. De frente contra una pared y con las manos en alto fueron registrados minuciosamente y luego arrojados al suelo a punta de patadas y culatazos que los efectivos de Carabineros no se cansaban de propinarle.

Más tarde, conducido a una pequeña sala y mientras permanecía sentado junto a una señora que no conocía, Juan Marabolí se dio cuenta, en ese momento, de la realidad y de la magnitud de la pesadilla que estaba sufriendo.

Y sintió miedo. Un miedo que le desató temblores incontrolables que sacudían su cuerpo de pies a cabeza, al pun-

to que sus músculos abdominales parecieron reventar bajo su camisa.

¡Tranquilo, tranquilo... respire por la boca... profundamente...! La mano de la atractiva y joven mujer, apoyada sobre la suya, le provocó deseos de llorar. Había tanta preocupación en su voz, tanta calidez en esa mano suave que intentaba tranquilizarlo, que poco a poco logró calmarse.

Se trataba de la esposa del doctor Patricio de la Paz, también detenido, que estaba allí para saber de su marido. Pero no fue mucho más lo que alcanzaron a conversar. A empujones se lo llevaron hasta una celda en donde ya había otros ocho prisioneros.

El 18 de septiembre fueron trasladados a la cárcel de Tocopilla. Juan Marabolí pudo contar 92 detenidos en una pieza muy amplia que incluía sólo un baño y una ducha.

En el recinto penal había reconocido a mucha gente de Tocopilla, entre ellos al doctor Claudio Tognola Ríos, de quien sabía que era cirujano obstetra del hospital de la ciudad y también médico de Soquimich.

Los recuerdos de Marabolí fueron interrumpidos de golpe. La puerta de la celda se había abierto y al trasluz se recortaba la figura del teniente de Carabineros, Alex Cantín, al que ya conocía muy bien. No en vano dirigía las permanentes sesiones de interrogatorios y torturas que cada noche los llevaba al borde de desear la muerte.

Escortado por otros dos carabineros, con voz autoritaria gritó los nombres de tres detenidos:

¡Carlos Garay Benavides...! ¡Luis Segovia Villalobos...!  
y luego de una larga y tensa pausa... ¡Claudio Tognola Ríos...!

Era extraño, pensaron, que a esa hora de la mañana y apartándose de la rutina, vinieran a buscarlos para interrogatorios.

Sin embargo, nada era normal en ese lugar y menos en esos momentos en que una especie de demencia parecía haberse apoderado de sus captores.

¿De qué otra manera, pensó Juan Marabolí, se podía entender ese odio irracional que brillaba en los ojos de los que hasta ayer constituían la respetable autoridad de la ciudad y que ahora veía transformados en guardianes implacables?

Porque había odio en sus ojos, en sus palabras, en sus golpes, en sus torturas. Un odio tan intenso que se manifestaba a veces en actos apartados de la más mínima lógica. Como esa situación del 19 de septiembre, recordó Juan Marabolí, cuando los carabineros, armados de metralietas y bajo las órdenes de un teniente, obligaron a todos los detenidos a subir a un camión con toldo de lona manejado por su propietario Pedro Gálvez.

Serían como las tres de la tarde cuando los dos últimos detenidos fueron arrastrados hasta el vehículo: Julio Brewé, profesor de Educación Media y el joven supervisor de Codelco Carlos Garay Benavides, habían sido sacados de sus celdas con evidentes huellas de terribles torturas.

El camión atiborrado de detenidos, incluidas las mujeres, enfiló hacia el sur, en dirección a Antofagasta, por un camino polvoriento lleno de pendientes, cuestas y curvas que bordeaban el océano.

Juan recordaba con intensidad los quejidos de los dos torturados, en cada salto del camión, y el llanto silencioso de María Vergara que no se consolaba por la muerte de su compañero Reinaldo Aguirre, ejecutado algunos días atrás.

A la altura de Cobija, el convoy fue detenido por una patrulla de la Fuerza Aérea al mando de un capitán, quien en forma muy enérgica exigió credenciales e identificación al teniente que iba a cargo del transporte.

Los detenidos no pudieron captar la conversación que se entabló entre los oficiales próximos a la camioneta repleta de carabineros armados con sus metralletas. Pero de pronto, escucharon la voz del capitán de la FACH replicando en forma airada:

—¡No señor, no se lo permito...! ¡Le pongo de inmediato un avión encima...!

Así ocurrió. El resto del trayecto, hasta Antofagasta, lo hicieron con un avión sobrevolando sobre sus cabezas. Llegaron de noche a la ciudad para dirigirse a un regimiento que, por encontrarse completamente a oscuras, no pudieron identificar. Tampoco consiguieron cruzar sus portones porque fueron derivados a un cuartel de Investigaciones y desde allí a la cárcel. Al día siguiente, muy temprano, retomaron increíblemente el camino en dirección a Tocopilla.

Los detenidos sólo pudieron concluir, analizando los hechos, que aquél capitán de la FACH les había salvado la vida. Estaba claro que se había orquestado un frustrado asesinato masivo. No podía entenderse de otra forma.

Del dramático suceso ya habían transcurrido varios días, muchos de los cuales Marabolí quería olvidar, pero una y

otra vez esas horas de interrogatorios y torturas acosaban su mente.

Sin poder evitarlo recordaba esa especie de ritual que comenzaba con los nombres de los detenidos gritados siempre con voz terrible:

¡Carlos Garay Benavides! ¡Breno Cuevas...! y luego la sádica pausa... ¡Juan Marabolí!

—El miedo que sentía —recuerda hoy el detenido— era terrible mientras esperaba en una sala muy pequeña. Miedo a lo inesperado, miedo al dolor, miedo a no poder resistirlo.

—Al rato apareció un carabinero apodado Jhonny, quien procedió a ponerme un capuchón café en la cabeza. Otros dos carabineros me llevaron a los patios interiores. Entramos a una pieza y me amarraron de pies y manos en forma de cruz sobre una litera. Allí estaban el teniente Alex Cantín, el cabo Omar Valdivia, alias “el Cacho”, el cabo Carlos Abarca y otro que nunca pude ubicar. Fueron mis torturadores y los reconocí por sus voces.

Golpes, corriente eléctrica, patadas, insultos, más corriente y preguntas dirigidas a involucrar a otras personas en ocultamiento de armas. Les interesaban, en especial, los nombres de los doctores Tognola y Cepeda.

Fueron siglos vividos en esas condiciones. Algunos detenidos eran llamados casi todos los días. Tal era el caso del doctor Tognola y de los otros dos que se llevaron poco después que el médico le diagnosticara la bronquitis.

Ese día transcurrió sin que los tres detenidos regresaran. Ya avanzada la noche, Breno Cuevas, compadre del doc-

tor Tognola, autorizó a Juan Marabolí a utilizar la colchone-  
ta del facultativo, agregando que le extrañaba que esa noche  
no hubiesen ido a buscar a nadie para interrogatorio.

El doctor Claudio Tognola, Carlos Garay y Luis Segovia  
no regresaron esa noche. No lo hicieron nunca más.

A las seis de la mañana del día siguiente, los pasos arras-  
trados de los reos comunes, muy cerca de su celda los desper-  
taron temprano: todos los días salían a barrer las calles de  
Tocopilla.

De alguna forma, uno de ellos se las arregló para apro-  
ximarse a la puerta y por entre los barrotes, con voz temblo-  
rosa pero audible les susurró al interior lo que jamás habían  
imaginado:

—Ayer en la tarde, los pacos se pitaron a los tres que  
sacaron...

—Salté como un resorte —recuerda Marabolí— de la  
cama del doctor Tognola. Estaba asustado, todos estábamos  
asustados y algunos lloraron en silencio.

## CORTANDO LAS RAICES

**L**uego del golpe de estado, Tocopilla se convirtió para sus habitantes en un gran campo de concentración.

Acorralada entre el mar y el macizo cordillerano bastaron dos retenes instalados en las entradas norte y sur de la ciudad para controlar sin dificultad sus dos únicos accesos.

Nadie podía entrar o salir de Tocopilla sin que fuera fiscalizado por la autoridad.

Considerada por muchos como la cuna del movimiento obrero, Tocopilla es también la ciudad de Luis Emilio Recabarren, padre del sindicalismo chileno. Desde allí "don Reca" empezó la gran hazaña de enseñar, unificar y organizar a la clase obrera a través de las páginas de "El Trabajo", periódico de una de las primeras mancomunales obreras que impulsaron y dieron origen al sindicalismo.

Pero ningún rastro de esa gesta de los tiempos del salitre existe hoy en Tocopilla. Ni un nombre de sus calles, ni de sus plazas, ni sus monumentos la recuerdan.

Tocopilla ya no es aquella ciudad de la que hablaban los viejos, históricamente conocida por su movilidad política, sindical y social.

Tocopilla, dicen los tocopillanos, está muerta desde el 11 de septiembre de 1973. La mataron de miedo.

El paramédico Hugo Alvarado, que ha reunido informaciones sobre la represión en la zona, sostiene que el régimen militar se preocupó de asestar un buen golpe a esta ciudad.

—Conociendo la tradición combativa y el alto nivel político alcanzado por los tocopillanos, se desató una feroz persecución contra los cuadros dirigentes sociales, políticos y sindicales. No se explica de otra forma las ejecuciones de su gobernador, su alcalde, regidores, profesionales y trabajadores de CODELCO, SOQUIMICH y de otras empresas estatales.

Una fuerte represión a la vista de todo el mundo, y más aún, publicitada, se ejerció contra toda persona que hubiera participado en el sindicato, en la organización social o simplemente hubiera sido un vecino partidario de los cambios, según declaró Marisol Ramírez, presidenta de la Comisión de Derechos Humanos.

La comisaría de Tocopilla y la cárcel se repletaron con centenares de vecinos considerados enemigos peligrosos para el nuevo orden instaurado. La mayoría de ellos se presentó voluntariamente al ser requerido por Bandos. Otros fueron detenidos en sus hogares o en sus trabajos sin que se les diera ninguna explicación.

Aunque varios de estos tocopillanos murieron en los días inmediatos al golpe, como son los casos de Freddy Navarro, Iván Morán Araya y Manuel Muñoz Cornejo, el terror y



la muerte sólo se adueñaron de Tocopilla en forma pública a partir del 6 de octubre de 1973.

Ese día el diario La Prensa publicaba un escueto comunicado:

“Se pone en conocimiento de la ciudadanía que hoy a las 08.30 horas en circunstancias que personal de las Fuerzas Armadas y Carabineros cumplían una diligencia en la mina ubicada a 15 kilómetros al norte de Tocopilla, aprovechándose de que este personal desenterraba una gran cantidad de dinamita amongelatina, los prisioneros Carlos Garay Benavides, Luis Segovia Villalobos, Claudio Tognola Ríos, Freddy Navarro Araya y Reinaldo Aguirre Pruneda se dieron a la fuga hacia el interior de la mina”.

El comunicado firmado por el teniente coronel de Carabineros, Luciano Astete Almendras, agregaba que a pesar de las múltiples órdenes de alto los prisioneros no obedecieron, motivo por el cual se disparó contra ellos.

“A consecuencia de lo anterior fueron dados de baja Freddy Navarro y Raimundo Aguirre. El resto logró huir hacia el interior de la mina (...) se estima que huyen lesionados...”.

El rastro de estos tres supuestos fugados: Garay, Segovia y Tognola se perdió para siempre en el interior de la mina. Nunca más se volvió a saber de ellos... Ni vivos, ni muertos...

Durante muchos años la madre de Carlos Garay Benavides se aferró a esa posibilidad de la fuga y creyó al comandante Astete cuando le aseguró a su marido, en enero de 1974, que Carlos había logrado huir junto a los otros detenidos.

Auxiliar de Enfermería del Hospital Trudeau de Santiago, doña Adriana se sentía responsable de la suerte corrida por su hijo.

Quizás, se decía, si hubiesen viajado a Tocopilla inmediatamente después del golpe... a lo mejor si no hubiesen dejado pasar tanto tiempo sin saber de Carlos... tal vez si hubiese ido ella a hablar con el comandante... Y se culpaba por haber sido temerosa, por haberse dejado llevar por quienes le aconsejaron no viajar a Tocopilla inmediatamente después de quedar en libertad. Porque ella también había sido víctima de la represión en esos mismos días.

Doña Adriana con toda la dulzura de su voz, con su aire de mujer sencilla y maternal que trasunta en sus ojos y en sus gestos, sabía también lo que era estar detenida.

Manos en alto la habían sacado del hospital, el 21 de septiembre, junto a otros centenares de funcionarios que fueron llevados al Estadio Nacional.

Durante cuarenta días, doña Adriana compartió el cautiverio con los miles de chilenos que luego del golpe militar de 1973 pasaron por el principal centro deportivo del país, transformado en una extraña cárcel de graderías, tribunas y camarines.

Aunque jamás le tocaron un pelo, como dice ella, no estuvo ajena a la realidad de los otros detenidos políticos para

quienes fue la mano que curó las heridas y el hombro que acogió los llantos.

Ella pensaba en su Carlos y en las cartas que habían dejado abruptamente de llegar después del 11 de septiembre. En casa, los otros tres hijos, a cargo del marido que se prodigaba en la doble función de padre y madre, sentían la ausencia de sus seres queridos.

¿Llegó carta de Carlos...? ¿Han ubicado a alguien en Tocopilla que lo conozca...? ¿Contestan algo de Codelco...? Las breves y esporádicas visitas de sus familiares al campo de reclusión la dejaban sin respuesta a sus preguntas.

Sabía que Carlos estaba detenido. No sólo se lo decía su corazón, sino que también las cartas que no llegaban y los miles de presos que se hacinaban en el Estadio. Si la habían detenido a ella, pensaba, la más modesta de las funcionarias hospitalarias... ¿Cómo no iban a detener a Carlos que era un administrativo estatal? Sin embargo, nunca se le pasó por la mente que la vida de Carlos corriera peligro.

Intentaba tranquilizarse para superar esos días angustiantes recordando la última vez que había estado con su hijo a comienzos de abril.

Su trabajo en Codelco como supervisor en la planta de Tocopilla le había permitido llegar cargado de regalos para sus hermanos y de utensilios para la casa.

—Dentro de un tiempo viejita, —le había dicho— vas a poder dejar de trabajar. No quiero que hagas más esos turnos de noche.

Y en las noches oscuras, frías y atemorizantes que transcurrían en el Estadio, le parecía escuchar la voz melodiosa de

Nino Bravo llenando el comedor en esos días que compartieron por última vez.

—¡Qué pena, mamita, que haya muerto tan joven! —le había dicho— ¡Qué triste debe haber sido para su madre...!

El 30 de octubre, sin cargo alguno en su contra, doña Adriana quedó en libertad. Su trabajo en el Hospital la aguardaba y se reincorporó de inmediato. El dinero ya escaseaba en el hogar de don Exequiel Garay, cuyo oficio como obrero mueblista no le permitía mantener a la familia sin la ayuda de su mujer.

Como si Tocopilla estuviera en una región remota, los hechos que acontecían en ella no alcanzaban a trasponer sus límites geográficos y la ciudad vivía hacia adentro su particular realidad.

Así, la familia de Carlos Garay Benavides nada supo ni de la supuesta fuga, ni del Bando Militar emitido que involucraba su nombre.

Sólo en enero de 1974, don Exequiel Garay pudo viajar al norte. Hasta esa fecha nada se sabía de Carlos.

Tocopilla se le mostró hostil.

Las puertas se le cerraron, las voces enmudecieron en su presencia y don Exequiel Garay debió regresar a Santiago llevando como única respuesta la escueta y cortante explicación del oficial de Carabineros Luciano Astete Almendras.

El oficial, junto con acusar a Carlos de ser un terrorista, que agravaba su culpa al escapar junto a otros extremistas al interior de una mina, conminaba al padre a entregar a su hijo si se presentaba en su hogar.

Ni una palabra más logró el agobiado padre. El miedo había enmudecido al viejo y combativo puerto.

Sus habitantes habían sido testigos del traslado de cadáveres por su calle principal. Habían visto los rostros y los cuerpos de los torturados trasladados a pie para los interrogatorios. Habían sabido de la muerte de cinco tocopillanos, entre ellos su alcalde, su gobernador y un regidor acribillados en la quebrada El Way, la que se conocería después como "la caravana del general Arellano Stark". Sabían de allanamientos, detenciones arbitrarias, prepotencias, amenazas, soplonajes y escarmientos.

Los tocopillanos estaban aterrados.

La historia de hombres arrojados vivos al pique de una mina los había paralogizado.

Sin saber nada de esto, doña Adriana comenzó su peregrinar tras la huella de su hijo fortalecida con la esperanza que únicamente una madre puede cobijar. Mendoza, Luján, Arica, Tacna, Iquique, San Juan supieron de los pasos de doña Adriana tras una sombra por siempre evasiva.

La fotografía de Carlos, sonriente, apuesto, vivo, que completaban sus palabras, moldeando el físico de su hijo, quedó prendida en cada estación, en cada terminal: "¡te busco hijo... te busco...!".

Fueron cinco años reprochándose cada comida, el techo que la cobijaba y el lecho tibio que la recibía, mientras quizás su Carlos estuviese pasando hambre, sufriendo frío, y miedo.

A fines de 1979, una carta procedente de Dinamarca puso fin a las esperanzas de doña Adriana. La familia debió aceptar finalmente la verdad:

“Lamento muy de veras tener que comunicarme con usted, aunque sea por carta en circunstancias tan aciagas y angustiantes (...) La versión de que su hijo se había fugado junto a los otros es una mentira, es falso”.

La carta firmada por Pedro Rojas Jorquera explicaba pormenores del hecho ocurrido cinco años atrás, a la vez que identificaba a su autor como a un ex detenido, que no sólo había compartido la celda con Carlos Garay sino que además una profunda amistad.

“Cuando Carlitos fue detenido y pasado a la cárcel, de inmediato se cobijó a mi lado hasta el fatal día en que junto al doctor Tognola y su compañero de trabajo, Segovia, lo sacaron de la cárcel y nunca más lo vimos...”.

Explicaba Pedro Rojas que sólo mucho tiempo después, a través de datos proporcionados por unos mineros de Michi-lla, pudieron imaginar el destino de sus tres compañeros de celda y otros detenidos.

“Estos mineros habían visto los cadáveres de seis personas en la mina San Juan y habían reconocido al doctor Tognola. Fue tanta la sorpresa, y más que nada, el miedo a sufrir la misma pena por ser testigos de lo que habían visto, que no atinaron a identificar los demás cuerpos.

Luego, otros mineros se encontraron con el mismo hallazgo, pero estos anduvieron contando por ahí que eran más de 15.

Fueron detenidos posteriormente, les dieron una tunda y los dejaron en libertad, amenazados de muerte si volvían a comentar el asunto".

Posteriores viajes a Tocopilla, y ayudada por el tiempo que contribuye a calmar temores y aliviar dolores pasados, le permitieron a doña Adriana ir reconstruyendo los últimos días de su hijo.

El 11 de septiembre, Carlos Garay, junto a su amigo y compañero de trabajo, Luis Segovia, aconsejados por otros camaradas optaron por refugiarse en casa de una familia amiga.

Aunque militante del Partido Comunista desde hacía poco más de un año, Carlos no entendía por qué debía esconderse, por cuanto nada tenía que ocultar o temer e incluso se había opuesto terminantemente a huir en una lancha junto a otros militantes de más experiencia.

Sólo a regañadientes aceptó abandonar su departamento que compartía con Segovia para alojarse esa noche en casa de la familia Huerta.

El día 12 de septiembre, le contaron posteriormente a doña Adriana, Carabineros comenzó a llamar por altoparlante a todos los trabajadores de Codelco, Soquimich y otras empresas a presentarse en la Comisaría con el solo propósito de verificar sus identidades, asegurándoles, al mismo tiempo, que nada les iba a ocurrir.

Carlos decidió presentarse, le contaron a doña Adriana, y convenció a su amigo para hacerlo, en la seguridad de que nada tenían que temer.

—Esa mañana temprano abandonaron su refugio y me dicen que Carlos vestía un pantalón plomo, camisa blanca, chaqueta de cuero negra, cortita, prendas que recién estaban llegando de la Argentina y zapatos mocasines.

—De ahí, nunca más supieron de él, ni de Segovia hasta que fueron mencionados en el Bando del 6 de octubre que decía que se habían escapado.

Infructuosos fueron los esfuerzos por recuperar el cuerpo de su hijo.

En los años siguientes, nuevos testigos hablaron de “ruinas de cadáveres en una mina” que no se lograba precisar geográficamente. Los controles militares impidieron su localización exacta. Con ello el anonimato del crimen y sus autores se hizo más absoluto aun.



## NI UN SOLO GRITO

**L**a mina "Tres Puntas" llamada también erróneamente "Veleidosa" y "Encubridora", le hizo honor a estos nombres.

No sólo ocultó durante muchos años su real ubicación geográfica, sino además la verdad de los hechos de que fue testigo y que aún encubre en las tinieblas que se agazapan en su pique.

Muchos de los detenidos desaparecidos de la zona encontraron su última morada en esa mina, a juicio de varias personas que han intentado desentrañar sus laberintos y develar la historia que se ocultó en sus profundidades.

Así lo afirma Juan Marabolí, ex prisionero político. Pacientemente se ha dado a la tarea de armar ese rompecabezas, no sólo para escribir el capítulo, inconcluso, de los que él conoció, sino también como única forma de reconfigurar su propia vida.

Fueron varios los prisioneros que vio marchar un día golpeados, humillados, amemorizados, pero vivos para volver

a encontrarlos convertidos en un puñado de huesos, dieciseis años más tarde.

Entre ellos podría haber estado él o cualquiera de los otros, piensa, mientras se afana en su tarea como un deber que no podría dejar de cumplir.

Gran parte de sus investigaciones ya están incorporadas a un manuscrito al cual tuvimos acceso y que en parte reproducimos. Su principal testigo es un suboficial de Carabineros del cual, insiste, no puede revelar su nombre.

—Ocasionalmente viene por Tocopilla. Hemos conversado varias veces, incluso en mi casa, pero él me ha pedido como favor que no dé su nombre. Me ha advertido que si alguna vez lo llaman a declarar a una Fiscalía o a un Juzgado, él va a negarlo todo por dos razones: por lealtad a su institución y porque lo acusarían de traidor.

Explica Juan Marabolí que por una dolorosa necesidad de descargar su conciencia, este uniformado le ha transmitido antecedentes que la gente y él mismo ignoraban.

Ese día 6 de octubre, el mismo en que sus tres compañeros fueron sacados de la celda, aún estaba claro a las seis de la tarde, cuando un furgón de Carabineros comenzó a ascender por los pronunciados cerros que se yerguen a espaldas del puerto de Tocopilla.

A la zaga del furgón, la camioneta de Codelco B-210 transportaba a un grupo de carabineros, entre los cuales viajaba el suboficial anónimo que relataría los hechos a Marabolí.

—Al llegar a la cumbre, el motor del furgón se sobrecalentó y hubo que colocarlo de frente al viento para que lo en-

friara rápidamente. Pronto se continuó el camino sin más problemas porque arriba es bastante plano.

—Más de media hora les tomó llegar a una mina, una de las tantas que horadan esas tierras de cerros y curvas café claro sin asomos de vegetación que se extienden sin límite y en donde ni un alma, a kilómetros a la redonda, rompe la quietud y soledad del lugar.

—El furgón se detuvo frente a la mina, más o menos a unos 30 metros de la boca del pique. Un cartón en la ventanilla posterior del vehículo había impedido que los prisioneros pudieran reconocer el sitio al que habían sido llevados. Los efectivos de Carabineros descendieron y se ubicaron junto a la puerta posterior por donde bajarían los detenidos.

Al primero que sacaron, relató el testigo a Marabolí, fue a Carlos Garay. Dos carabineros lo tomaron, uno de cada brazo, un tercero del cuello de la ropa y entre los tres se lo llevaron en vilo.

—El dice que no vio nada porque lo dejaron custodiando el furgón pero que escuchó un solo disparo. Cuando regresaron los tres carabineros, más el teniente Alex Cantín, el cabo Valdivia traía en sus manos la chaqueta de cuero de Garay. (El suboficial le contó que 2 ó 3 años después visitó la casa del “Cacho Valdivia” y advirtió que la esposa usaba esa chaqueta).

—Después se llevaron a Segovia Villalobos que prácticamente iba llorando. En esta oportunidad no sintió disparos y los carabineros volvieron para llevarse al doctor Tognola.

—El suboficial me contó que al médico también lo sacaron en vilo y que por detrás lo llevaba tomado el cabo Gui-

llén. El doctor Tognola muy sereno les dijo "al menos déjenme ver donde me van a matar". Pero le contestaron "no se preocupe, sólo le vamos a mostrar las armas que ustedes tienen escondidas". Llegaron a la boca del pique de la mina y el cabo Guillén le puso un pie más abajo de la cintura y lo empujó. El doctor Tognola se fue de cabeza... vivo. Esto último, me dijo el suboficial, lo presencié porque en esa oportunidad él iba detrás de los que llevaban al doctor.

Juan Marabolí nos pide detener la grabadora y guarda silencio por un rato. Aunque ha ido leyendo de un relato escrito hace ya bastante tiempo, igual lo afecta hondamente y trata de ocultarlo.

El cigarrillo tiembla en su mano y una larga inhalación le ayuda a esconder el temblor de su voz.

Aun cuando quedan muchos vacíos e interrogantes que no se han podido esclarecer, el tiempo, las investigaciones y entrevistas le han permitido a Juan Marabolí ir configurando lo ocurrido.

Según le relatara su informante, las minas comenzaron a ser utilizadas como tumbas colectivas a partir del 13 de septiembre de 1973, cuando llevaron a dos funcionarios de Codelco cuyos nombres ignora. Posteriormente, el día 14, fueron conducidos Agustín Villarroel y otro señor.

—El 18 ó 19 de septiembre, como siempre lo hacían cuando se iba a ejecutar gente, los reunieron en una sala y un oficial les dio una charla en la cual se les incitaba a cumplir con su deber porque de esa forma se estaba limpiando a la patria del marxismo podrido.

—Ese día —me relató el uniformado— fueron llevados a una mina siete pampinos que él no conocía y una mujer, también desconocida. Estaba ya oscuro pero las linternas que llevaba cada uno de ellos iluminaba perfectamente el lugar.

Según relata Marabolí, el uniformado le confesó que la cuarta o quinta persona la arrojó él. Se trataba de la mujer.

—"La llevé yo solo, me dijo, porque al igual que el resto no opuso resistencia. Cuando llegamos a la boca del pique me miró fijo, de frente, harto rato y yo la arrojé. Nunca me voy a olvidar de su mirada".

—En otra oportunidad, él me confidenció que le había llamado la atención que en todas las ejecuciones las víctimas no oponían resistencia, "se entregaban mansitas" y que tampoco gritaban al caer, como mostraban las películas; "sólo se sentía un golpe hueco, como quien deja caer desde lo alto una caja de zapatos vacía...".

Explica Juan Marabolí que en el caso de Reinaldo Aguirre Pruneda, está sepultado en el Cementerio de Tocopilla y su muerte aparece como ocurrida el 4 de octubre, en circunstancias que hay testigos de que lo mataron antes, en la vía pública.

—A Aguirre lo detuvieron el 17 de septiembre en su departamento y lo llevaron a la comisaría. Este joven, efectivamente trató de fugarse y le corrieron balazo. Su cadáver fue introducido en un furgón y dejado posteriormente en un frigorífico de Soquimich, cuando se les llenó el vehículo con gente detenida en esa empresa.

—Alguien le colocó una lona encima y durante varios días permaneció allí congelado. Se vinieron a acordar de él

en los primeros días de octubre, cuando mataron a Freddy Navarro, y a ambos se les hizo pasar como ejecutados por ley de fuga en la mina.

—Sin embargo, conversando con la mamá de Freddy Navarro, ella me contó que, el 4 de octubre, cuando su esposo fue a retirar el cuerpo de su hijo vio el de Reinaldo Aguirre a su lado. A él le llamó la atención que estuviera húmedo, en circunstancias que también, como le habían dicho, había muerto en la mina. El lo tocó en un brazo y constató que estaba frío y duro, cosa que él no pudo explicarse.

—Hoy —afirma Marabolí— lo podemos entender: se estaba descongelando.

Las muertes de sus tres compañeros de celda que lo sumieron en el dolor y el miedo, no serían sin embargo las últimas que tendría que llorar Juan Marabolí. Algunos días después cuando la presencia de Carlos Garay, Luis Segovia y Claudio Tognola aún se sentía en cada rincón del calabozo, visitas importantes se apersonaban en aquella celda.

—Como a las diez de la mañana de un día veinte y tanto de octubre, entraron Luciano Astete que era jefe de Plaza, el capitán Silva, el teniente Cantín y otro teniente, armados con metralletas.

—Astete nos hizo formar a todos dentro del calabozo y nos preguntó nombre y profesión. Vicente Cepeda dijo “médico cirujano”, entonces, Astete nos propuso “si ustedes prometen no meterse más en política yo los dejo libres ¿qué dicen?”. Todos respondimos afirmativamente.

—¡Qué hipocresía...! —reflexiona hoy Juan Marabolí.

—Como a las 4 de la tarde sacaron a Vicente Cepeda, Carlos Gallegos, Breno Cuevas y Julio Brewe. Ninguno de ellos llegó esa noche ni nunca más.

—Como a las 08.30 del día siguiente, un guardia pidió las cosas personales de Breno Cuevas y yo mismo se las entregué. Me senté en el suelo y lloré, lloré por ellos y por miedo. La noche anterior había dormido en la colchoneta de Breno Cuevas.

Ese mismo día, pocas horas después, Juan Marabolí fue sacado de su celda y llevado a la comisaría por el cabo Valdivia, quien le ordenó que no se pusiera las manos en la nuca al caminar por la calle.

—Al entrar a esa unidad escuché los gritos de una señora que estaba parada enfrente: “¡pacos asesinos... pacos asesinos...!”. De un solo culatazo en la espalda traspuse las puertas pero alcancé a ver que quien gritaba era la madre de Julio Brewe.

—Ese día se demoraron mucho en torturarme...

Una semana más tarde, Juan Marabolí quedaría en libertad. Parte de su alma y de su vida quedaba en esos calabozos y en los compañeros que no volvería a ver nunca más.

## UNA "RUMA DE CADAVERES"

**F**ueron varios los que vieron los cadáveres en la mina, pero ninguno quiso hablar. Los que se atrevieron, sufrieron las consecuencias como los pirquineros.

Sólo en 1986, cuando se constituyó en Tocopilla la Comisión Chilena de Derechos Humanos se comenzaron a recoger los primeros antecedentes de un rumor que se mantuvo como tal hasta esa fecha.

El temor que aún persistía y la falta de coordinación dificultaron enormemente el trabajo para recolectar datos verídicos que permitieran configurar los hechos y su localización, aclaró la presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de Tocopilla.

—A mediados de 1986, mientras muy asustados participábamos en una romería —recuerda Marisol Ramírez— se nos acercó un joven rubio y nos dijo que él había visto los cadáveres en la mina a fines de 1973.



—Contó que en esa fecha se internó junto a otros dos pirquineros en la mina Tres Puntas ubicada a 17 kilómetros de Tocopilla.

“Bajamos y en uno de los tablonos que cruzan el pique principal había dos cadáveres. Uno de ellos estaba enredado de los pies, colgando cabeza abajo. Era el doctor Claudio Tognola. Estoy seguro que era él porque yo lo conocía muy bien. Sus características físicas, además, lo hacían muy identificable. Tenía el pelo crespo y colorín. El otro no sé quién era”.

“Enfoqué mi lámpara hacia la profundidad y más abajo vi una ruma de cadáveres. No sé cuántos, pero eran muchas manos y pies amontonados. Encima de ellos había una mujer. Sentí tanto miedo que me fui de Tocopilla y no regresé más”.

La declaración del joven fue grabada por los miembros de la Comisión que por primera vez podían confiar en datos fidedignos y en un testigo directo que, finalmente, convertía en verdad el rumor que todo Tocopilla compartía.

—Sin embargo —cuenta Marisol Ramírez— fue tanta nuestra emoción y nerviosismo que olvidamos tomar el nombre y la dirección de nuestro confidente. Debieron transcurrir varios años antes de poder concretar nada.

—Un día, por esas casualidades de la vida, me lo encuentro en la calle. Aunque había cambiado físicamente lo reconocí de inmediato y me acerqué. ¡Había anhelado tanto volver a encontrarlo y allí estaba!

La aparición de Ramón Casanga como testigo de los hechos, no sólo permitió tomar finalmente la punta de la madeja, sino que un nuevo testigo, con el ejemplo del primero, se atrevió también a corroborar lo dicho.

Reacio a querer dar su nombre, Abraham Bórquez, experto en seguridad minera, sin embargo, contó lo que con tanto celo guardó durante muchos años.

—En el verano del año 76 llegamos a una mina en forma equivocada. Yo andaba con un grupo de geólogos realizando exploraciones mineras entre el río Loa y Mejillones, cuando arribamos a ese lugar en el que había unos 5 ó 6 trabajadores. Se nos acercaron a preguntarnos qué andábamos haciendo, advirtiéndome por lo bajo que no me metiera al pique porque abajo, habían cadáveres.

—Yo entré entonces por el camino auxiliar hasta el nivel 45. Allí estaban los cuerpos. Eran varias personas. Pude constatar que la mina estaba cerrada por el pique. Subí y no le dije nada a nadie. A los geólogos les expliqué que las condiciones eran malas por lo que no era aconsejable trabajar ahí.

—En esa oportunidad yo vi a dos personas colgadas de los palos, uno de ellos era el compañero Tognola. Unos 15 metros más abajo estaba el resto.

—Cuando subí, uno de los trabajadores, Ricardo Díaz, me dijo “¿viste los cuerpos...? nosotros estamos re asustados”. Yo le contesté “quédate tranquilo no más, no pasa nada”. Después nos fuimos y ni a mis amigos les conté lo que había visto. Todo el mundo sabía, pero todo el mundo se ha-

cía el tonto. No convenía. Sabían que no era muy beneficioso comentarlo, por las condiciones que existían.

En 1982, Abraham Bórquez regresó a la mina por segunda vez. Sin saber por qué, volvió a descender.

Todo estaba en las mismas condiciones: el pique cerrado y los cuerpos exactamente en la misma posición.

Ya en esa época el rumor se había generalizado y era tema obligado en las conversaciones de los tocopillanos que comenzaron a hacer conjeturas acerca del número de víctimas, sus identidades y sus victimarios.

—Esto comienza a correr de tal manera —explica Marisol Ramírez— que el sector de Sierra Tres Puntas es declarado Zona Militar, y su custodia a cargo de infantes de marina. Posteriormente Carabineros se hace cargo de ella.

—En algún momento nos enteramos que la mina es dinamitada y su obstrucción fue casi completa. Nosotros tenemos la fecha exacta porque a un compañero le correspondió llenar una boleta por “una cantidad de explosivos para Carabineros para minas varias”. Incluso él mismo es requerido para realizar este trabajo, pero era tanto su miedo que se excusa de aceptarlo. Posteriormente buscan a otra persona y lo obligan a dinamitar. La presidenta de la Comisión de Derechos Humanos explica que aunque era Carabineros la institución que en esa fecha estaba encargada de la seguridad, no realizaron este trabajo porque probablemente no tenían gente especializada. Ello los obligó a recurrir a civiles.

Finalmente, la aparición de Ramón Casanga como testigo dispuesto a declarar y la información que se tuvo de que la

mina había sido entregada a un contratista para su explotación, decidieron los siguientes pasos.

—Sabíamos que ya no podíamos esperar más. Luego de visitar la mina interpusimos la denuncia por “inhumación y exhumación ilegal de cadáveres”, a fines de julio de 1990.

Por tercera vez, Abraham Bórquez descendió a esos infiernos en tinieblas, pero esta vez comprometido por la Comisión de Derechos Humanos y por un familiar de una de las víctimas: la joven Paola, hija del doctor Claudio Tognola.

—La mina estaba bombardeada. El pique se había incendiado y los cuerpos ya no estaban. Más o menos 40 toneladas de material estéril obstruían todo. Se notaba que habían arrojado neumáticos prendidos con el fin de que se incendiara toda la madera que hubiera allí. Se veía claramente que el objetivo había sido borrar toda huella.

—Cuando salí a la superficie le dije a Marisol: “esto no es Pisagua, va a ser muy difícil; la mina tiene más de 600 metros de profundidad”.

Pero no era sólo esa la dificultad con que se toparían.

Los hermanos Nico, Marcos, Jorge y Manuel Rojo, contratistas de la mina desde hacía ya algún tiempo, la habían acondicionado y adecuado para trabajar en la explotación del mineral y no estaban dispuestos de buenas a primeras a postergar su trabajo por algo que no les importaba demasiado.

—Ellos —explica Marisol Ramírez— nos pidieron un documento mediante el cual los autorizáramos a trabajar todo el sector. A cambio, se comprometían a avisarnos de inmediato si encontraban algo.

—Por supuesto que nos negamos. No teníamos recursos, no teníamos nada, así que decidimos hacer la denuncia y como la Comisión no era persona jurídica, tuve que hacerla yo como persona natural.

A los tres días, el juez de Letras del Juzgado de Tocopilla, Jorge Cortez-Monroy de la Fuente, se constituía en el lugar y se iniciaban los trabajos.

—Hubo que conseguirlo todo —explica Marisol Ramírez—. Incluso tuvimos que llegar a un acuerdo con los pirquineros, de trabajar con ellos y comprometernos a pagarles porque toda la instalación que había fuera de la mina les pertenecía. Además, no existía ninguna posibilidad de que nosotros, que no conocíamos el lugar, pudiéramos llegar abajo. Tampoco teníamos recursos para contratar a alguien que lo hiciera.

El 30 de julio comenzaron los trabajos en el interior de la mina. El nivel cuarenta era el objetivo. Allí, coincidían los testigos, habían visto colgando los cuerpos de dos personas.

—Pero se notaba al tiro que esto lo “torpiaron” pa’ charquearlo, —explicó el pirquinero Marcos Rojo, “el Pato”, que fue uno de los que descendieron.

—La línea del pique, por ejemplo, que era de madera estaba quemada hasta los 80 metros. Se destruyó todo. Quedó el puro cerro pelado. Donde “torpiaron” arriba se fueron pa’ bajo piedras, palos, restos de máquinas, fierros, pura mugre. Casi medio cerro se fue pa’ bajo y todo quemado.

—Incluso en el nivel 500 hay pedazos de línea quemada donde cayeron tizones prendidos. Usted pesca un poco de

tierra en la mano y trae un 60 por ciento de carbón donde fue quemado.

Desde las profundidades, los pirquineros comenzaron a enviar en un gran balde la tierra que extraían. En la superficie, tres mujeres, con sendos harneros, revisaban prolijamente cada terrón.

Delia Estay, Drina Cortez y Marisol Ramírez, miembros de la Comisión de Derechos Humanos, no sólo hacían de improvisadas arqueólogas, también eran cocineras, lavanderas, mineras.

—Era la primera vez que hacíamos algo así —explicó Marisol Ramírez— y era desesperante ver como se iban amontonando cerros y cerros de tierra que nosotras teníamos que harnear. Debíamos concentrarnos en cada pequeña piedrecilla porque podría ser un huesito.

—Lo primero que encontramos fueron unas cosas largas de plástico como serpentina. El juez, que subía todos los días, nos explicó que eso era parte de las camas de las cajas donde venía la dinamita y que la juntáramos.

—Luego aparecieron restos de ropa y una corbata que era muy inusual encontrar en una mina.

Sin embargo, los días fueron transcurriendo y pese a que sabían que el asunto no iba a ser sencillo, sentían que las esperanzas se iban un poco tras cada sol que se les escondía más allá de los cerros.

Con los ojos aferrados a esa tierra que las cubría de pies a cabeza, las tres mujeres, no obstante, no cejaban. Habían esperado tanto tiempo por esa mina que ahora no podían darse por vencidas tan pronto.

El 3 de agosto, el hallazgo de los primeros restos óseos luego de siete días de búsqueda, venía finalmente a avalar una denuncia que por momentos había parecido escapárseles de las manos.

—Ese día el juez Cortez-Monrroy llegó acompañado por el señor Gómez, experto en prevención de riesgos, autorizado por una empresa particular para evaluar el terreno. Y de pronto, él lo encontró: era una mano.

—Se había pasado muchas veces por ese lugar y nadie se había fijado que allí mismo, encima, había algo.

Al observar esa mano, ya en la superficie, un sentimiento extraño se apoderó de las mujeres. Un sentimiento confuso en donde la alegría y la pena no daban cabida a otro pensamiento.

—Alegría, porque por fin los encontrábamos. Estaban ahí. Era cierto. Despedazados, triturados tal vez, pero estaban ahí. No nos habíamos equivocado. Y esto no era un fraude ni un invento. Estaban ahí. Y pena, porque constatábamos que todo eso terrible sobre lo que se había especulado que había ocurrido en la mina, era cierto.

La mano era muy semejante a la de un maniquí. Se encontraba en buenas condiciones. Absolutamente hueca pero manteniendo todavía el color natural de la piel.

Luego fue un antebrazo, con el codo incluido y una variedad de pequeños huesos.

—A la otra mano —explicó Pato, el pirquinero— le faltaban como dos o tres dedos, pero tenía el hueso hasta el codo. Peladito no más, puro hueso, el cañoncito no más y en la mano tenía cuero pegado.

Las noticias del hallazgo de osamentas publicadas en los diarios locales y regionales conmocionaron a Tocopilla. Sin embargo, en Santiago y en el resto del país los recientes hallazgos de Pisagua y Chihúio parecían haber agotado ya la capacidad de asombro de un país que comenzaba a vislumbrar la historia verdadera del pasado régimen.

Todo Tocopilla miraba hacia los cerros de más de 800 metros de altura como queriendo traspasar esas moles que acechan a sus espaldas y anhelando llegar hasta más allá, donde se había tronchado el paso de muchos hombres.

La noche del sábado 4 de agosto, el viejo puerto que hasta ayer había mantenido una complicidad temerosa, se encendía en antorchas que seguían la huella ascendente hacia la mina.

Decía la prensa tocopillana en esos días:

“Sorpresivamente la noche del sábado, un amplio sector de la Huella Tres Puntas se iluminó en varios puntos en un espectáculo que a la distancia se veía maravilloso pero cuyo significado era el póstumo homenaje a los desaparecidos de 1973 (...) Una interminable hilera de velas y “chonchones” puestos a la vera del camino (...) para rendir un póstumo recuerdo a aquellos desaparecidos cuyos cadáveres podrían ser los que en estos momentos buscan en las profundidades del pique minero (...)”.



## TE QUISE BESAR

**E**n los últimos días de julio doña Adriana Benavides se acercó una vez más, como todas las semanas, a la Vicaría de la Solidaridad. Allí, a través de los años, había encontrado un poco de consuelo junto a otras mujeres que, como ella, se habían unido en un mismo dolor.

Pero esta vez venía a algo nuevo. En sus manos, que aún temblaban al hablar de su hijo, portaba un trozo de esperanza concretado en un recorte de periódico.

Por primera vez, después de casi una década, aquella fatídica mina que le había arrebatado la posibilidad de recuperar el cuerpo de su hijo, volvía a ser mencionada en los medios de comunicación.

Se informaba que en Tocopilla se estaban practicando excavaciones exploratorias en una mina, tratando de rescatar los cuerpos de los ejecutados en la zona en 1973 que, según antecedentes, estarían en algunas de sus galerías dinamitadas años atrás.

—Allí tiene que estar el cuerpo de mi hijo, tiene que estar... —terminó diciendo entre lágrimas sin poder articular ninguna otra palabra.

La información aparecida, proporcionada por Carmen Frei, senadora de la región, no entregaba más datos, pero para la madre de Carlos Garay Benavides, detenido desaparecido, fue el comienzo del final de una larga y dolorosa incertidumbre.

Contactada telefónicamente, en ese mismo instante, la senadora Carmen Frei confirmaba los hechos y junto con enviar su comprensión solidaria a esa madre, aportaba mayores antecedentes:

—La mina de más de 600 metros de profundidad está dinamitada. Los pirquineros intentan por otros conductos acceder a su interior. Pero faltan recursos y equipo porque el trabajo es muy riesgoso. Sin embargo, ya se han encontrado evidencias, tales como cabellos y trozos de tela. La gobernadora Norma Tejada está prestando todo su apoyo y colaboración para poder realizar los trabajos.

Los ojos de doña Adriana, anegados por las lágrimas, transmitieron agradecimiento, esperanza y fe infinita, como si todo aquello pudiera devolverle a su hijo... vivo. Pero es que había soportado tan dolorosamente la vida, con su hijo desaparecido y negado tantas veces, que la esperanza de encontrar su cuerpo era una forma de recobrarlo.

Esa misma semana los padres de Carlos Garay Benavides llegaban a Tocopilla. Esta vez el puerto y sus habitantes abrían sus puertas, sus corazones y sus labios para ir hilvando casi minuto a minuto las últimas horas de su hijo.

Tocopilla volvía a ser la de antes, solidaria, afectuosa, comprensiva para esos dolores que ya comenzaban a ser de muchos.

Las antorchas nocturnas, prendidas a lo largo de la senda que conducía a la mina, demostraban a los padres de Carlos Garay y a los familiares de las otras víctimas que 600 metros bajo tierra había sido, paradójicamente, una frágil tumba que se negó a ocultar sus restos.

Al igual que en Pisagua y en Chihuío, la mina era otra tumba de cristal.

No es fácil imaginar lo que son 600 metros. Habría que pensar en algo así como en un edificio de más de 200 pisos.

Esa es la profundidad que tiene la mina donde fueron arrojados y explosionados los cuerpos de un número indeterminado de ciudadanos que un día cruzaron por las calles de Tocopilla, camino al trabajo, como tantos otros.

Seiscientos metros que se adentran verticalmente bajo la superficie de la tierra en un largo túnel y cuyo diámetro no sobrepasa el metro y medio en varios lugares de su irregular trazado.

Seiscientos metros a los que hay que agregar una infinidad de pequeñas y estrechas galerías perpendiculares, paralelas y oblicuas, túneles ciegos, socavones y pozos oscuros, en donde el oxígeno comienza a escasear y la temperatura se eleva por sobre lo tolerable.

Sin embargo, ni las profundidades, ni las tinieblas, ni el tiempo ni las distancias, ni la dinamita, ni el fuego fueron capaces de borrar las huellas del crimen.

Una semana después del hallazgo de los primeros restos, que ya indicaban que se estaba tras los pasos de la verdad, el cuerpo íntegro de un hombre vino a corroborar los hechos.

—Nuevamente —contó Marisol Ramírez— ya casi habíamos perdido las esperanzas tras los cerros y cerros de tierra que habíamos harneado sin que apareciera nada más. Los pirquineros a esas alturas, ya no querían saber de búsqueda. Estaban impacientes por dedicarse a la extracción de su mineral.

El 15 de agosto, como lo había hecho durante dos semanas, Marcos Rojo, el pirquinero, inició su descenso hacia las profundidades del socavón.

Desde dentro del enorme balde que lo llevaba y que hacía descender “el winche” por la estrecha boca del pique, miró hacia arriba: la entrada de la mina no era más que un punto de luz que más semejaba una estrella infinitamente distante.

El balde, balanceándose de un lado a otro, golpeaba de pronto contra las paredes que parecían estrecharse a medida que se adentraba en las profundidades de la mina.

En una de las galerías del nivel 300 decidió descender esta vez, y tiró de la cuerda para anunciar en la superficie que ya podían izar su improvisado ascensor. El pequeño haz luminoso de la linterna de su casco, recorrió lentamente el lugar deslizándose por las paredes, siguiendo la huella de sus ojos.

Una vez más tornó a mirar hacia arriba y su lámpara, de pronto, modeló las formas de un bulto en el cual no había reparado: colgando de uno de los tajamares había un cuerpo.

Fue la prueba concluyente de que aquella era una de las tumbas de hombres que un día de 1973 desaparecieron de esa zona.

El cuerpo prácticamente intacto que fue encontrado colgando en el nivel 300 y al que sólo le faltaba una pierna, de la canilla hacia abajo, fue el punto de partida para la recuperación de restos que permitirían finalmente identificar los cuerpos de cuatro personas. Ellos eran Carlos Garay Benavides, Luis Segovia Villalobos, Claudio Tognola Ríos y Agustín Villarroel, detenido desaparecido que jamás había figurado como ejecutado en alguna mina.

Sólo cuatro meses después pudo constatarse que el cuerpo que se encontró colgando correspondía a Carlos Garay Benavides, cuyos restos pudieron sepultarse, finalmente, en el Cementerio General de Santiago junto a la mano que había logrado ser identificada con anterioridad.

En octubre de 1990, dos meses después de los primeros hallazgos, un pequeño cortejo llegaba a la mina recorriendo el mismo camino que habían hecho las víctimas 17 años atrás.

La identificación de los restos había sido lenta y difícil, como difícil y lento había sido encontrarlos y rescatarlos de la mina.

En esos días, los familiares fueron anidando la necesidad urgente, no sólo de reencontrarse con los restos de los suyos, sino que también con aquella mina que les había servido de sepultura.

El reducido cortejo, que a las 17.00 horas de ese sábado de octubre desapareció tras la última empinada curva de los

cerros que amurallan el puerto de Tocopilla, fue observado desde la planicie por centenares de tocopillanos.

Los tres vehículos ascendiendo los pronunciados 800 metros de la cadena montañosa les recordaba aquellos otros que en 1973, en algún día y en algún momento ya difuso, tomaron ese mismo camino para cumplir una misión de muerte.

Desde la cumbre, doña Adriana Benavides contempló Tocopilla a sus pies, flanqueada por el mar, antes de que el vehículo se adentrara hacia la pampa. Su Carlos, pensó, también tuvo que haber observado por última vez ese paisaje de postal hermosa sin imaginar, quizás, que la vería por última vez.

En los otros vehículos, los familiares del doctor Claudio Tognola, Luis Segovia y Agustín Villarroel, guardaban también silencio, sobrecogidos por ese desierto que se extendía más allá del horizonte. La soledad geográfica se les había adentrado en el alma haciendo más intensa la emoción.

Pese a su dolor, abrían los ojos y observaban concentrados cada curva del camino, cada montículo, el cielo, la tierra, el horizonte, para empaparse y grabarse esa desolada comarca que pasaría a formar parte de sus vidas para siempre.

—¿Por qué tan lejos...? ¿por qué tan lejos los vinieron a matar... y en estas soledades...?

Aún, sabiendo la respuesta, doña Adriana necesitaba convertir en voz su desesperación, como si el viento que se colaba por la ventanilla y luego escapaba, pudiera llevar el eco a su hijo a través del tiempo y las distancias.

Media hora más tarde los vehículos se detuvieron en un recodo del cerro pedregoso. A lo lejos un trípode, de cuyo extremo superior pendía un gran balde, señalaba el lugar.

Con los ojos prendidos en la estructura metálica y en sus brazos acunando fuertemente un ramo de claveles rojos, doña Adriana comenzó a ascender muy lento.

Junto a ella, la asistente social de la Vicaría, María Luisa Sepúlveda, aferraba su brazo sintiendo que en toda ella se prolongaba el temblor doloroso de esa madre que iba tras los últimos pasos de su hijo.

El resto de los familiares, asistidos por miembros de la Comisión de Derechos Humanos, del Obispado de Antofagasta y el SERPAJ, completaba el pequeño grupo, que sin quererlo, rompía la quietud con las piedras que rodaban cerro abajo sin ningún destino.

Al contemplar aquella inmensidad apiastante y sin límite, María Luisa Sepúlveda no pudo evitar sentir una oleada de agradecimiento y admiración hacia los miembros de la Comisión de Derechos Humanos de Tocopilla.

—Ahí pude valorar su enorme trabajo, el esfuerzo y la entrega de ellos que finalmente hicieron posible el hallazgo de los cuerpos. Ellos habían estado allí durante dos meses, de sol a sol, harneando la tierra, preparándole la comida a los pirquineros, consiguiendo implementos, equipos y adivinando en esas miles de piedrecillas la pista que los llevaría finalmente a descubrir y demostrar que lo ocurrido allí, era verdad.

A unos cuantos pasos de la boca del pique, el grupo se detuvo y por algunos segundos hubo desconcierto. Luego, cada uno de los familiares vivió a su manera su dolor.

—Ellos dieron rienda suelta a su pena y emoción como pudieron y quisieron, —comprobó la funcionaria de la Vicaría de la Solidaridad.

—No fue una pena tranquila, sino que desesperada, en donde los por qué y lo irreversible de todo se acumulaban primero, e irrumpían luego, sin freno.

Finalmente, un dolor cansado, desahogado, de quienes por fin atisbaban un remanso en un largo camino de desesperación y búsqueda infructuosa por tantos años.

Tomados de la mano, todos formaron un círculo en torno a la oscura entrada de la mina que, en el centro de aquella ronda de oración, absorbía las voces trémulas y las miradas ansiosas que intentaban trasponer las tinieblas.

Lentamente y en silencio, como no queriendo desprenderse del paisaje, comenzaron a descender la loma, tornando la cabeza una y otra vez hacia el pique que volvía a mimetizarse en la tierra pedregosa.

De pronto, en el cielo azul intenso del desierto, una nube pequeña, grisácea, ocultó la luz del sol. Por unos instantes, el sector se ensombreció y unas gruesas y aisladas gotas de lluvia rozaron los rostros confundiendo con tanta lágrima rezagada.

Doña Adriana alzó los ojos y una nueva plegaria asomó a sus labios. Había encontrado a su hijo... fragmentos, ciertamente... primero una mano y luego lo demás. Pero le eran suficientes.



El haber podido recuperarlo significaba haber torcido la voluntad de los autores de su muerte que se habían empeñado en ocultar su crimen para siempre.

¡No lo habían logrado...!

## VICTIMAS DE TOCOPILLA

**D**e los ocho detenidos desaparecidos de esta ciudad sólo fueron encontrados los restos de cuatro de ellos: Carlos Garay Benavides, Luis Segovia Villalobos, Agustín Villarroel Carmona y Claudio Tognola Ríos.

## Bibliografía

Centro de Documentación y Archivos de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago.

La Experiencia de la Vicaría de la Solidaridad (A. González )

Vida Pasión y Muerte en Pisagua (B. Guerrero)..

Diarios: El Mercurio; La Nación; Las Ultimas Noticias; Fortín Mapocho; La Tercera; La Epoca; La Prensa de Tocopilla.